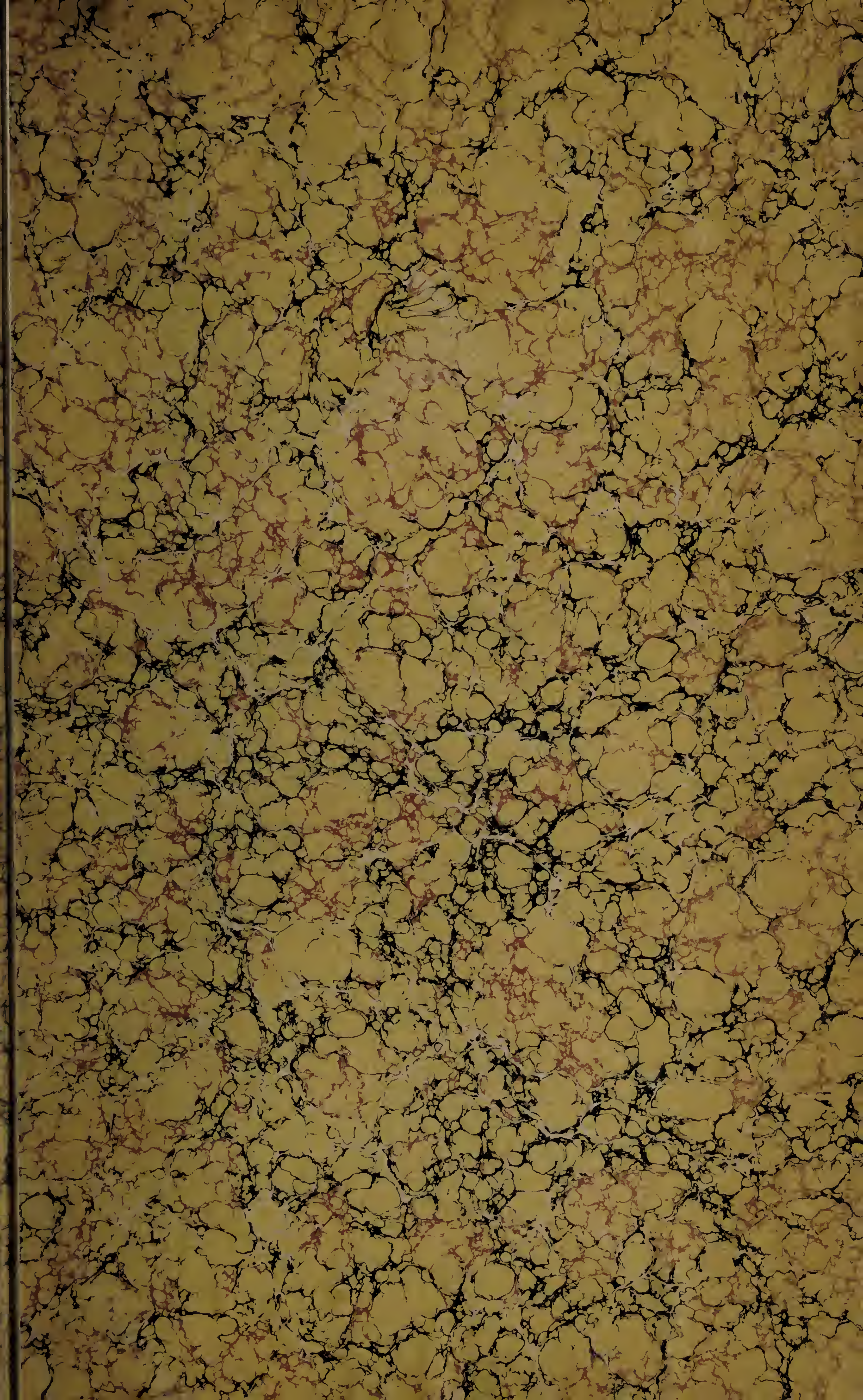


GRANADA

GRANADA

POEMA ORIENTAL

PRECEDIDO DE LA

LEYENDA DE AL-HAMAR

POR

DON JOSÉ ZORRILLA

TOMO PRIMERO

PARIS
IMPRENTA DE PILLET FILS AINE
CALLE DES GRANDS-AUGUSTINS, 5.

1852



AL SEÑOR

DON BARTOLOMÉ MURIEL

EN PRENDA DE AMISTAD.

FANTASIA.

Bruselas, 21 de febrero de 1852.

I

¿Imaginas que son, Muriel amigo,
Barreras para mi tiempo y distancia?
¿Piensas que porque Flandes me dá abrigo
Mientras tu habitas en la inquieta Francia
Mi voz no puede platicar contigo,
Mi pié no puede visitar tu estancia?
¡Error! por tí los imposibles puedo
Y aunque de Francia parto en Francia quedo.

¿No sabes que el poder de los poetas
Es inmenso, Muriel: que cuanto tocan
Hechizan con su mágia : que, sujetas
A su poder, las almas se convocan
A oirles : que con prácticas secretas
Hablan con el ausente, al muerto evocan,
Redifican de un soplo las ciudades
Y hacen retroceder á las edades?

Sus órdenes no sabes que obedecen
Ejércitos de genios que á millares
Amigos por dó quier les favorecen,
Haciendoles los montes y los mares
Trasponer : que dó quiera se aparecen
Sin respetar ni tiempos ni lugares :
Para quienes no hay diques, ni barreras,
Policias, aduanas, ni fronteras?

¡ Mísero amigo mio ! ese medroso
Són que á los pies de tu callado lecho
Percibes con pavor, que tu reposo
Turba agitando tu apenado pecho,
No es del chisporroteo bullicioso
Que alza tu lamparilla, en el estrecho
Circulo ahogada del cubierto vaso :
Es el rumor de mi imprevisto paso.

Soy yo que, los espacios trasponiendo,
De mi secreta mágia con el arte
En alcázar fantástico pretendo
Tu cairelado lecho transformarte.
Soy yo, Muriel, que, ante tu fáz abriendo
Su dorado cancel, voy á guiarte
A través de una esplendida morada
Por misteriosos seres habitada.

Si, yo soy quien asalto tu aposento.
Despierta, pues; la inspiracion ahora
En mis entrañas inflamarse siento
Con fuego creador que las devora.
Incapáz de guardar mi pensamiento
El tropel de delirios que atesora,
Va á romper impetuoso sus barreras
Y á lanzar en la sombra sus quimeras.

Yo, poeta que al mundo fui evocado
Del fondo de una abierta sepultura,
Camino de fantasmas rodeado,
Sueños de mi creencia y mi locura.
Manes que sus sepulcros han dejado
Para seguirme por la tierra oscura,
Conmigo van y con mi aliento aspiran,
Dó quier me cercan y dó quier me inspiran.

Sobre sus alas con errante vuelo
Los antros mas recónditos visito,
De la pasada edad levanto el velo,
En sus viejos alcázares habito,
El sueño de sus héroes desvelo,
Sus caballeros á la lid concito,
Y al éco audaz de mi inspirado acento
Acuden cabalgando sobre el viento.

A veces á la luz de las estrellas,
Por una soledad no conocida
Ni habitada jamás, sigo sus huellas
Escuchando el relato de su vida
En una lengua cuyas frases bellas
Una armonía ecsalan nunca oida,
Y sin ausilio de palabra ó letra
En mi encantado corazon penetra.

En aquellas fantásticas regiones
El tesoro riquísimo se encierra
De aquellas misteriosas tradiciones
Que la historia veráz de sí destierra,
Mas que de sus recónditos rincones
Tenaz la poesía desentierra,
Y que, al amparo de la fé y del arte,
Forman en su region un mundo aparte.

Allí estan las tristísimas bellezas
Que lloraron incógnitos amores:
Los héroes sin préz cuyas proezas
No ensalzaron jamás los trovadores:
Armado el paladin de todas piezas,
Coronadas las vírgenes de flores,
Tendidos los de oriente sobre chales
Ornados con moriscos almaizales,

Allí estan las purísimas mujeres
Que, encerradas en santos monasterios,
Conversaron del cielo con los seres
De la virtud sondando los misterios :
Que oyeron en sus místicos placeres
De los santos Querubes los salterios :
Y cuyo corazon, libre de amores,
Se espigó y se secó como las flores.

En medio de estos seres ideales,
Que no estan amasados con la escoria
De que fuimos formados los mortales,
La vanidad de la mundana gloria
Desprecio y hallo bálsamo à los males
De nuestra frágil vida transitoria,
Tegido espeso de miserias largas,
De dias de pesar y horas amargas.

Allí és donde, á la luz de las creencias
De nuestra infancia, quemo á las memorias
De nuestra hermosa patria las esencias
De la fragante poesía. Historias
Cuyo relato embarga las potencias
Son las de estas visiones ilusorias,
Campañeras alegres de mis cuitas,
De edad mejor imágenes benditas.

Espíritus que entorno de mi lecho
Velan y por mi bien se multiplican,
La pesadilla auyentan de mi pecho,
Mis penosos ensueños dulcifican,
Del corazon en la impureza hecho
Los malignos intentos purifican,
Y trasforman el campo de mi mente
En un florido Eden resplandeciente.

Ellos en mis vigilias solitarias
Me distraen con dulcísimas memorias,
Me hechizan con sus himnos y plegarias
Y á que escriba me incitan sus historias :
Por sus regiones vago imaginarias,
Abrazo sus visiones ilusorias,
Y en otra creacion, con otros seres
Paso mi vida, parto mis placeres.

Por eso elijo las nocturnas horas
Para hacer el relato de mis cuentos,
Labrando en las tinieblas incoloras
Las torres de mis locos pensamientos.
Por eso de sus sombras protectoras,
Asaltando á favor tus aposentos,
Vengo á hacerte, Muriel, la pobre ofrenda
De esta loca y fantástica leyenda.

Tú que, amigo sincero, mis pesares
Cariñoso y leal has consolado :
Tu que del infortunio en los azares
Apoyo generoso me has prestado :
Tú que con honda fé de mis cantares
El poder misterioso has invocado
Del duelo y el afán como anatema,
Escucharás benigno mi poema.

Tú que sabes del mundo retirarte,
Sin que pueda el turbion de sus insanos
Delirios en su vértigo arrastrarte :
Que de una noble sociedad de hermanos
Has sabido en tu cámara cercarte
Para escuchar mis cuentos africanos (1),
Quiero que dés tu nombre á la portada
De mi oriental leyenda de GRANADA.

¡ Y ojalá dure la memoria mia
Cuanto duren los siglos venideros,
Y corra este papel, famoso un dia,
De la tierra los ambitos enteros :
Para que desde norte à mediodia
Vayan nuestros dos nombres compañeros,
Y el tuyo brille en la futura historia
Al resplandor de mi futura gloria !

Oyeme pues, Muriel, antes que vuelen
Las horas de los sueños y visiones :
Antes de que los genios se desvelen
Contrarios de mis vagas creaciones,
Y las parleras áuras les revelen
El oculto poder de mis canciones :
Antes, en fin, que el Sol con rayos puros
Disipe mis poéticos conjuros.

Oyeme lejos del tumulto loco
De la revuelta sociedad, y fía
Que no nos faltará si yo la evoco
Para escuchar mis versos compañía.
Yo, que á mi voz animo cuanto toco,
Voy á poblar la atmósfera vacía
De multitud de espíritus atentos
Que contigo á la par oigan mis cuentos.

Al soplo de mi aliento poderoso,
Vá a circundarnos y á prestarme oido
Ese mundo de sombras vagaroso
Por tus preciosos lienzos repartido.
Ese mundo fantástico en reposo
Mantenido hasta hoy, va desprendido
Del muro à hacer de mi velada parte :
Porque; ¿qué hay imposible para el arte!

Yo amo, Muriel, los lienzos y esculturas
Que tu curiosa cámara guarnecen;
Sus soñadas ó históricas figuras
Amigos de mi infancia me parecen:
De otra vida anterior memorias puras,
Recuerdos que mi sér rejuvenecen,
Genios tal vez de mi ecsistencia guías,
Que la conducen á mejores dias.

La causa ignoro, mi razon no alcanza
Por qué ha unido, Muriel, mi loca idea
A un porvenir de luz y de bonanza
Cuanto el lugar de tu mansion rodea:
Mas cuanto en mis delirios de esperanza
Mi corazon, supersticioso, créa,
Lo veo de tus cuartos y pinturas
Ornado con los muebles y figuras.

Ellos han escuchado los primeros
De mi laüd morisco la armonía,
Y, á crëer en fanáticos agüeros
Padrinos son de la fortuna mia.
En brazos de esas damas y guerreros
Salen mis versos á la luz del dia
Y yo de su presencia no renuncio,
Crédulo en mi favor, al fáusto anuncio.

Yo, en el campo del arte peregrino,
Do quier del arte adorador profundo,
Que presentado á ser voy imagino
En brazos de las artes en el mundo :
Y pues me trajo entre ellas mi destino
A desplegar las hojas en que fundo
Mi esperanza á la gloria que ambiciono,
A ilusion tan dichosa me abandono.

Murillo, Rafaël, Salvator Rosa,
Piombo, Teniers, Tiziano, Stein, Morales,
Cuyas firmas de mano vigorosa
Leo sobre esos lienzos inmortales,
Aunque, viles, no logren otra cosa,
Para mis pobres cantos orientales
Yo de vuestra presencia los auspicios
Acepto con afan como propicios.

Y tú dulce y amante Garcilaso (2),
Cortesano cantor de los pastores,
Que cuenco pastoril el áureo vaso
Hiciste dó libaste tus amores :
Tú que entre miel y ámbar á tu paso
Sembraste versos que brotaron flores,
Vé si á los mios tu dulzura inspiras
Desde ese marco en que tenáz me miras.

Y vosotros bizarros personages,
Seres faltos de sér, á quien del caos
Para adornar sus fondos y paisages
Sacó el génio vivifico, animaos.
A mis Cristianos himnos y salvajes
Sonatas africanas despertaos :
La poesía en las pasadas eras
Movió los montes y domó las fieras.

Vivificaos, pues, y en torno mio
Agrupaos, ¡ oh imágenes hermosas
Del amor, el pesar, la fé y el brio!
Venid ceñidas de fragantes rosas,
O devorado el corazon de hastío.
Visiones del desierto pavorosas,
Diana impura, llorosa Magdalena,
Vigorosa Judit, robada Elena (3).

Alba Severo, incógnitos señores
De plegados buelillos y valonas,
Apáticos flamencos fumadores,
Zagales cuyas cabras juguetonas
Pasto buscan de céspedes mejores,
Del marco desprended vuestras personas,
Formad una callada fantasía
Que auditorio idëal preste á la mia.

Revivid á mi acento, yo os conjuro,
Creaciones que estais en el dominio
De la imaginacion : congreso impuro
De Dioses ya sin cielo (4), del triclinio
Baja á mi voz, y aunque te sea duro
Renunciar del parnaso al patrocinio,
Ven á adorar en mis severos cantos
La gloria de otros númenes mas santos.

Venid lúbrica Vénus, rúbia Céres,
Diosas en otros tiempos inmortales,
Otros genios á ver y otras mugeres
Hollando vuestro altar y pedestales.
Nuevas Divinidades, nuevos seres
De prez y de virtud mas celestiales,
Dan hoy á una mejor mitología
Con mas íntima fé mas poesía.

¡Gracias, bellas quimeras ! ya os percibo
Dejar de mis conjuros al acento
La vil materia en que creó cautivo
Vuestro ficticio sér un pensamiento.
Apréstate, Muriel : al soplo vivo
De mi fecundo é inspirado aliento,
Voy á abrir á tu atónita mirada
El recinto de la Arabe GRANADA.

II

Mas la planta ¡oh Muriel! ten un momento
Antes que huelles su frondosa Vega,
Porque traidor me asalta un pensamiento.
Mal retenida entre tus labios juega
La sonrisa del que oye y, caballero,
Aunque tenáz no crée, cortés no niega.
Que estrañas ¡ay de mi! por ella infiero,
Que con sincera conviccion cristiana,
Hoy en són tan veráz como severo
Mi voz resuene, cuando ayer mundana
Y de la tierra escándalo profano
El vicio y el placer cantó liviana.
¿Quieres saber, Muriel, porqué el mundano
Laüd dejando, en harpa vibradora
Las glorias de la Cruz canto Cristiano?
¿Quieres saber porqué, bebiendo ahora
Mi inspiracion en el venero vivo
De nuestra Fé, mi voz consoladora
Levanto en el tumulto revulsivo
De nuestro siglo turbulento, al duelo

Del corazon buscando lenitivo?
  Pues voy audáz á descorrer el velo
Que tal misterio encubre, en una historia
Que con orgullo y sin temor revelo.
  Reservada y recóndita memoria
Del libro inmaterial del alma mia :
Historia solo para mí : ilusoria,
  Poética y gentil alegoría
Nada mas para el mundo, à cuyo oido
Jamás imaginé que llegaria.
  Aparta, pues, del límite florido
De Granada, que estás casi pisando,
Tu pié, menos feráz y entretenido
  Sendero agreste tras de mí tomando,
Y avancemos, Muriel... pero medita
Que en la region del alma vás entrando.

LAS DOS LUCES.

Es la ecsistencia golfo que se agita
Circundando islas mil, cuyo olëaje
De la *nada* en las playas se limita.
  Naves las almas son en que el pasaje
Hacemos de este golfo, cuyo centro
El punto es de partida en este viage.

Centro es la cuna : una isla mar adentro
En la mitad del golfo colocada,
Dó alma y cuerpo se salen al encuentro.
Al mar cada alma desde allí lanzada
Vá de una en otra isla escala haciendo,
Hasta dar en las playas de la *nada* :
Allí, en la inmensa eternidad cayendo,
Náufrago el cuerpo en la ribera espira
Al criador su nave devolviendo.
Amor, *deleite*, *lujo*, *ambicion, ira,*
Gloria, *amistad*, *honor*, *fama y orgullo*,
Islas con donde reina la mentira.
Desde ellas nos reclama con arullo
Fascinador : de danzas y canciones
Nos envia al pasar manso murmullo :
A ellas con falaces ilusiones
Nos atrae y, viajeros perezosos,
Vamos haciendo escala en las pasiones.
Fé, *ciencia*, *religion*... son luminosos
Faros que por las várias latitudes
Nos guian de estos mares procelosos.
« ¡ Voga! » nos dicen con su luz « no dudes.
¡Voga! » y, pilotos de arte y esperiencia,
Vamos haciendo escala en las virtudes.
Por las pasiones vá nuestra ecsistencia
Sus riquezas gastando, y adquiriendo
Por las virtudes vá nueva opulencia.
Las naves bien lastradas al tremendo

Baiben resisten y olëaje fuerte :
Las vanas ceden al embate horrendo.

Era yo jóven : mi conciencia inerte
Dormia, cuando al mundo audáz y solo
Salí fiado en la voluble suerte.
Lëal, franco, inesperto, estraño al dolo,
Creyendo en cuanto ví con fé sincera
Mio el mundo juzgué de polo á polo.
Mi alma entónces, góndola ligera
En manos de señor jóven y ansioso
De vida mundanal y placentera,
Se dejaba guiar por el undoso
Y turbulento mar de la ecsistencia,
Ya á naufragar vecina, ya en reposo
Vogando de áura mansa á la influencia :
Al sol ardiente y á la tibia luna
Meciéndose en el mar con indolencia
Siguió siempre mi nave y mi fortuna
La dulce poesía, compañera
De mi gozo y mi afan desde la cuna :
Y con voz ora humilde, ora altanera,
Mis placeres canté, mis ilusiones
Hechicé, la ventura pasajera
De la vida fugaz en mis canciones
Celebré; y ora crédulo, ora impio,
Templé mi lira con inciertos sones.
Abordé en mi demente desvario

Del golfo de la vida las riberas
Todas, sin otra ley que mi albedrio.
  Sus islas visité mas hechiceras :
Gloria, *amistad*, *amor*, *deleite*, oyeron
Mis insensatas cántigas primeras :
  Y dó quier por el golfo me aplaudieron,
Y de láuros cargaronme la frente,
Y embriagándome al fin, me embrutecieron.
  Triunfé, amé, disipé, reñí insolente.
¿Qué saqué de esta vida vergonzosa?
Hastiado el corazon, seca la mente.
  Mi alma, nave sin lastre, en peligrosa
Marcha me conducia abandonado
Al olëaje de la mar undosa.
  Entónces recordé mi sosegada
Niñez : cuando mi madre me tenia
Sentado en sus rodillas y posada
  Su mano en mi cabeza, dirigia
Mi atencion al altar donde radiante
Se elevaba una imágen de MARIA.
  Y entónces recordé la voz vibrante
Del monje que en el púlpito esclamaba;
« La ecsistencia mas larga es un instante;
  « Honor, gloria, poder, todo se acaba
« Con ella : solo nuéstras obras viven :
« Y ¡ ay del que con sus obras no se caba
  « Su tumba ! Todos del señor reciben
« Para el bien un talento, y Dios ordena

« Que el suyo todos para el bien cultiven. »
  Recordé que esto oí en la edad serena
De la cándida fé, cuando la mente
Vírgen recibe la impresion ajena
  Que conserva indeleble eternamente.
Hasta entónces jamás mirado habia
Detrás de mi : torneme ansiosamente
  El rastro á ver de la ecsistencia mia :
¿Qué vi? la imensidad del océano
Que trás de mí desierta se estendia.
  La nave de mi alma un solo grano
De lastre no llevaba, ni una sola
Flor de las islas conservó mi mano.
  El rumor de una ola y otra ola
No mas en torno oia, y el profundo
Són de la mar que el corazon desola
  Blando susurre ó muja furibundo.
¿Me comprendes, Muriel? te voy contando
La historia de mi alma : lo que al mundo
  Nadie cuenta jamás : lo que llevando
Vá cada cual consigo, cuidadoso
En el inquieto corazon guardando.
  Lo que el hombre no dice vergonzoso,
Mas lo que á solas piensa en el momento
En que cierra su párpado al reposo.
  Iba yo, pues, al olëaje lento
Del golfo de la vida en la barquilla
De mi alma vogando, el pensamiento

Tornado á mi niñez, de toda orilla
Lejos, el corazon triste y vacío
De lo pasado, viendo que la quilla
Del alma no dejaba entre el brabío
Olëaje señal, y nuevo rumbo
Dar meditando al barquichuelo mio :
Y hé aquí que de las ondas al balumbo
Avanzando al azar ciego y perdido
De olas en olas y de tumbo en tumbo,
Ví una isla á lo lejos; decidido
Torné á ella mi próa y tomé suelo
En pais para mí desconocido;
La *Isla de la Razon* era, que el cielo
Puso en mitad del viaje de la vida.
La rica nave, el débil barquichuelo
Que allí aporta sin rumbo, la perdida
Brújula cobra y desde allí dirige
Su viaje á fácil playa. Guarecida
La *Razon* de esta isla, en ella rige
Como reina, teniendo en su ribera
Dos luces siempre ardiendo y una elije
De las dos el que arriba, su postrera
Travesía al hacer : cada uno enciende
Su antorcha en una y, breve ó duradera,
Con esta luz su travesia emprende,
Cuerdo o desatinado, el navegante
Que á sí no mas en la eleccion atiende.
De saltar en su isla en el instante

« De la fé es esta luz, del siglo es esta »
Me dijo la *Razon:* y, vacilante
En la dificil eleccion funesta
Entre la fé y el siglo, al alma mia
Entre las luces de ambos dejó puesta.
La antorcha de la fé no despedia
Mas que un rayo de luz tranquilo y puro,
Que por la limpia atmósfera subia
Recto á perderse en el azul oscuro
De la pura region, que el ojo humano
No contempló jamás fijo y seguro.
A la *luz de la fé* nada cercano
Sobre elház de la tierra se alcanzaba;
Pero en la altura del zenít lejano
Veiase una estrella y se dudaba
Si la luz de la fé de ella venia,
O la luz de la fé se la prestaba.
Yo entre la tierra y la region del dia
Este rayo comun juzgué, y no en vano,
Que comunicacion establecia.
Circundaba este rayo soberano
Rico enjambre de abejas luminosas
Con alas de oro, cuanto mas cercano
Al resplandor su vuelo mas hermosas:
Y en el centro del rayo refulgente
Labraban sus panales oficiosas.
Quemábalas al fin el foco ardiente
Y en lugar de en cenizas convirtiéndolas

En bellísimas aves, de repente
 La luz del rayo místico impeliéndolas,
Tomaban vuelo hácia el zenít palomas,
Aguilas, cisnes garzas y oropéndolas;
 Y abrasada su miel, suaves aromas
Ecsalaba que en la áura derramandose
Embalsamaban mar valles y lomas.
 La *luz del siglo*, móvil elevándose,
Culebreaba con llamas refulgentes
De su foco en redór desparramándose,
 Formando con sus llamas transparentes
Un bello árbol de luz que reflejaba
Los colores del iris esplendentes.
 Bajo este árbol radiante vejetaba
Innumerable coleccion de flores,
En la que muchedumbre se criaba
 De mariposas, ricas en colores,
Agradables en forma y movimiento,
Y en gala incomparables y en primores.
 Susurro vago y apacible y lento
Con sus alas hacian y en contorno
De aquel árbol de luz giros sin cuento:
 Mas al fin deslumbradas y al bochorno
Del fuego enloquecidas, acercándose
Al foco abrasador, del rico adorno
 De sus puros colores despojándose,
Poco á poco en la luz se iban lanzando
Y unas tras otras en la luz quemándose;

Y un poco de humo fétido ecsalando,
Polvo las mariposas se volvian,
Su sitio ante la luz á otras dejando.
Mas bellas las abejas renacian
En la luz de la Fé, y las mariposas
Polvo en la luz del siglo se volvian.
¿Quien de aquestas dos luces misteriosas
La alegoría mística no advierte?
La miel de las abejas oficiosas,
Que en aroma á su luz la fé convierte,
Son *las obras* del hombre, que embalsaman
Su memoria triunfante de la muerte.
El polvo que de sí cuando se inflaman
Las mariposas sueltan, son *las horas*
Que en el siglo sin fruto se derraman.
Estériles así ó germinadoras
Son, sin fé, mariposas nuestras vidas
Y abejas con la fé trabajadoras;
Las almas naves à la mar partidas,
Ricas, seguras, con la fé vogando,
Con el siglo, sin lastre, sumergidas.
Todas de la *Razon* van arribando
A la isla: en sus luces toman fuego
Y siguen à las costas navegando.
Yo, que há ya siete lustros que navego
Por la ecsistencia, á la *razon* arribo
Y en su luz tomo de mi antorcha el fuego:
Y el escaso talento que recibo

Del señor para el bien, constante abeja
Labrando mi panal, con fé cultivo.

Pienso que de mi fé duda no deja
En ningun corazon mi alegoría,
Pues mi alma en sus luces se refleja.
¿Que és un poeta? Un ave en la sombria
Selva del mundo por su Dios lanzada
Para llenar sus senos de armonía:
Mas no para gorgear desatinada
Dia y noche, la selva ensordeciendo,
Malgastando la voz que le fué dada
Para elevarla audaz sobre el estruendo
Mundanal, y con fé consoladora
La gloria de su Dios enalteciendo.
No al poeta se dió la voz sonora
Como engañosa voz á la sirena
Ni como al cocodrilo voz traidora;
La del poeta el ánimo serena
Del hombre por la tierra peregrino:
Dulce y divina voz que le enagena,
La patria celestial de donde vino
Recordandole siempre y aliviando
La fatiga mortal de su camino.
¡Ay del poeta que, sin fé cantando,
Solo murmullo efimero levanta
Como el agua y el aire susurrando!

¡Ay del poeta que su fé no canta
Y la gloria del pueblo en que ha nacido,
Enronqueciendo en vano su garganta
Mariposa y no abeja! —Tal ha sido
La causa que, tenáz, de esta obra mia
En el asiduo afan me ha sostenido.
Cambia con mi *razon* mi poèsia
Y á *la luz de la fé* recapacito
Que he sido mariposa hasta este dia.
Há siete lustros que la tierra habito,
Ave insensata que en la selva trina
Con inútil gorgear, y necesito
Utilizar la inspiracion divina
Que al poëta dá Dios, el sacrosanto
Sino compliendo á que mi sér destina.
Y hé aquí porque cuando hoy mi voz levanto,
Cristiano y Español, con fé y sin miedo,
Canto mi religion, mi patria canto.
Con mi destino cumplo como puedo;
Y si sucumbo por llenarle, en suma
Con Dios en paz y con mi patria quedo.

Ahora, Muriel, en alas de mi pluma
Volvamos al dintel de mi poema;
(Puesto que es fuerza que de tál presuma.)
En tanto, pues, que en la jornada estrema
Tocamos, ven conmigo hácia GRANADA,
Règio floron de la oriental diadema.

Ven de mi narracion la no trillada
Senda siguiendo : al arabesco estilo
La encontarás de flores alfombrada.
No es un camino real tirado al hilo
Derecho y espacioso, mas conduce
Por medio de un vergel al régio asilo
Del alcázar Muslim, y se introduce
Antes por bib-arrambla dó las flores
Verás mas bellas que el Genil produce.
Fátima la Zegrí, *perla* de amores,
Cual su nombre lo dice : la Azafía
Cándida como el suyo : la en labores
Estremada Jarifa : *albor del dia*,
La dicha así por su beldad, Zoraya :
Zaida, que fuego en el mirar tenia :
La *espejo* de constantes Almeraya :
Zelinda, la orgullosa Alpujarreña :
Borina, préz de la murciana playa :
Zora, la voluptuosa Malagueña :
Zobeika, la rival de Sarracina :
Lindaraja, la ardiente Zahareña,
Y cuantas tubo, de beldad divina
Prodigios humanados, nobles moras
La conquistada corte Granadina.
Hallarás en mi libro encantadoras
Leyendas, orientales fantasías,
Que mas dulces tal vez te haran las horas :
En rimas pobres, pues al fin son mias,

Pero alhagueñas para aquel que aprecia
La Hispana gloria y los pasados dias.
No encontrarás los númenes de Grecia
Invocados en él : genios disintos
Asisten á mis héroes en su récia
Caballeresca lid; bajo sus plintos
Los templos de la Cruz no dan ya paso
A Vénus ni á Pluton, ni en los recintos
De la Alhambra jamás trotó el Pegaso :
Que el rayo vivo de la Fé Cristiana
Cegó á las Musas y quemó el Parnaso.
Hallarás en mi libro, á la Africana
Usanza, algo escesiva galanura,
Pues fiel la lira con la accion se hermana
Y el tono que la dá seguir procura :
Mas no el poema juzgues de la vaga
Leyenda de Al-hamar por la lectura.
Su narracion fantástica divaga
Enfática y difusa á cada punto
Por su argumento celestial, que alhaga
Tal vez, mas tal vez cansa; su conjunto
Ni en forma, ni en estilo dá en efecto
De mi poema idea, aunque su asunto
Se encuentra al del poema tan afecto
Que, á faltar la leyenda, desmembrada
Su accion pareceria é imperfecto
Su plan, como palacio sin portada.
Tal es mi obra.— Ahora penetremos,

Muriel, en el recinto de GRANADA.
¡Y ojalá que á sus términos estremos,
Como á risueño fin de alegre viaje,
Al compás de mi cántico lleguemos!
¡Y plegue á Dios que el bárbaro ropaje
De mi cuento Muslim vuelva con pompa
Manto imperial el albornoz salvage!
¡Y plegue á Dios que, cuando el canto rompa,
Se me torne el laüd que me acompaña
La de Homérico són épica trompa,
Que el éco lleve de mi voz á España.

III

ASPIRACION.

¡Cristiana inspiracion, hija del cielo,
Que diste sér á mi cancion primera,
De mi ecsistencia en el placer y el duelo
Guia siempre lëal y compañera!
Tú que, al vestirme mi mortuorio velo,
Dirás conmigo mi oracion postrera:
Tú que abrirás con el sepulcro al alma
De la tranquila eternidad la calma:

Tú que, al soplo de un áura perfumada,
Con mí espíritu errante has recorrido
Los desiertos del Africa abrasada,
Pensil del palmas, de Serpientes nido:
Y los cármenes frescos de Granada,
Edén para los Arabes perdido:
Y los talleres de Albion oscura:
Y de París la bacanal impura :

Tú que, perenne, con materna mano
Conservaste en mi alma por dó quiera
De la Esperanza el incorrupto arcano
Y de la Fé la inestinguible hoguera :
Tú que, al cruzar el arenal mundano,
Has templado mi sed rabiosa y fiera
Aplicando á mis labios la ambrosía
Del cáliz de la dulce poesía :

No me abandones hoy que necesito
Purificar y esclarecer mi idéa,
Al fuego santo del fanal bendito
Dó inflamó Dios tu inestinguible téa.
Hoy que anhelo una voz de eco infinito,
Que mas que de mortal robusta sea,
Para enviar à la tierra en que ví el dia
En alas de un cantar el alma mia.

¡Inspiracion Católica, mas fuerte
Que los tres elementos destructores
De la envidia, del tiempo y de la muerte!
Ciñe mi sien y mi laüd de flores:
Mágico encanto en mis palabras vierte
Y, en brazos de los vientos voladores,
Del túrbio Sena al pobre Manzanares
Lleva mi corazon en mis cantares.

Vuela y á España dí que todavía
Sin ira y sin pavor mi voz resuena
Sobre el festin de la centuria impía,
Que á sus míseros hijos envenena
Brindándoles las copas de su orgía,
Que la revolucion con sangre llena:
Dila que hasta que espire en mi garganta
Celebrará su gloria y su Fé santa.

CUATRO PALABRAS DEL AUTOR.

« Hace cuatro años que emprendí la obra de un poema, cuyo argumento es la conquista de Granada por los Reyes Católicos. Desde entónces á hoy, los desocupados y los gacetilleros han desperdiciado su tiempo y su tinta en dirigirme anónimos, preguntándome si pienso publicar mi poema el dia del juicio, recordándome la fábula del parto de los montes, y adelantando, con la mas sana intencion del mundo, sus opiniones sobre mi obra, la cual se ha estado hasta hoy en mi cartera, vírgen felizmente de su conocimiento. Yo no acostumbro á ocuparme de estos pobres espíritus, que abandonan caritativamente sus negocios por ocuparse de los agenos; pero á los desocupados como á los gaceteros, les recordaré á mi vez

con Cervantes el cuento de aquel loco de Sevilla, que hinchaba los perros con un cañuto, y dándoles una palmadita en la barriga cuando ya los tenia hinchados, preguntaba á los necios que le miraban : « ¿Pensarán vuestras mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro? » ¿Pensarán Vms, digo yo á mis preguntadores, que así se escriben poemas como se hilvanan los chismográficos cuentecitos de sus gacetillas? Estas mezquinas contrariedades, unidas á las desgrácias que en estos últimos años me han sobrevenido, y entre las cuales cuento la pérdida de mis padres y de mi hacienda, en lugar de acobardarme y héchome abandonar mis proyectos, han doblado mi fuerza y los han robustecido y ensanchado más cada dia; así es que en vez de un poema he emprendido dos : y en lugar de apartar mi pensamiento de Granada, le han hecho abarcar toda su poética historia. A fuerza de pensar en ella, Granada ha venido á ser para mí objeto de una supersticiosa idolatría, la cual ha absorbido todos mis pensamientos : y como el estudio de esta obra ha sido el amuleto místico que ha defendido mi corazon de los golpes del infortunio, he cobrado á cuanto á ella pertenece un profundísimo cariño. Sus recuerdos me han distraido y consolado en las primeras amargas horas de mi horfandad, y han poblado la solitaria mansion de mi casa paterna con las bellas visiones de sus orientales leyendas, las cuales concluyeron por lanzar de sus aposentos los mús-

tios espectros de mis mayores guarecidos bajo su techo.

Voy, pues, á publicar simultaneamente dos obras distintas, aunque intimamente enlazadas una con otra. La primera bajo el título de CUENTO DE CUENTOS : la segunda con el de GRANADA, POEMA ORIENTAL.

La primera abraza la historia poética de los personajes granadinos, desde el Rey Al-hamar su fundador hasta la leyenda diabólica del Tornadizo, padre del Wazir de su penúltimo Rey Muley Hacén : y la segunda, que es el poema, abarca el período histórico de la conquista, desde el reinado de este último hasta la ocupacion de la capital por los Cristianos. »

Cumpliendo con estas ofertas, hechas en mi prospecto de 6 de marzo de 1851, empiezo hoy la publicacion del POEMA DE GRANADA. La LEYENDA DE AL-HAMAR debia lógicamente colocarse al frente del CUENTO DE CUENTOS y no à la cabeza del poema : pero estando tan hondamente ligada con este, no me ha parecido oportuno separarla de él; ademas de que esta leyenda es una introduccion necesaria al POEMA DE GRANADA, pues al emprender el relato de la estincion de la monarquía granadina, era forzoso recordar su origen. El argumento de esta leyenda es una tradicion árabe. Estos cuentan en ella que un Genio descubrio á Al-hamar un tesoro, con el cual pagó las inmensas sumas empleadas por él en edificar el palacio de la Alhambra, los muros de la ciudad y otros monumentos. Su estilo es

puramente oriental; difuso en las descripciones, hinchado en los conceptos, hiperbólico en las comparaciones y afectando siempre inspiracion y orígen divinos. Así cuentan los Arabes sus leyendas, pródigos de las flores de su rica imaginacion, y así he contado yo la de Al-hamar, la cual no es mas que una imitacion de las narraciones y libros árabes.

He añadido á ella una biografía de Mahoma con algunos apuntes sobre sus preceptos y religion, porque he juzgado á propósito dar algunas noticias del legislador y de las creencias de uno de los dos pueblos cuya historia cuento, y porque esta biografía me evita la pesadez de muchas notas sobre Mahoma y el Korán, las cuales entorpecerian la naracion y enfadarian á quien leyere. Este trabajo no es obra mia; traduccion literal en parte y en parte compilacion de la vida del profeta, publicada por Sabary al frente de su traduccion del Korán, llena completamente mi objeto y sobrepuja á cualquiera otra obra de este género que yo hubiera podido producir.

Para evitar confusion, he colocado las notas de cada libro ó canto al fin del tomo al cual pertenecen: y las de la fantasía al Sr. Muriel con las de la Leyenda de Al-hamar á la conclusion de esta. Soy acaso demasiado difuso en las notas de esta leyenda por dos razones: la primera, porque los que no conocen el pais y monumentos árabes de Granada, no tomen mis descripcio-

nes por ecsajeracion de mi fantasía: y la segunda, porque si el público acoje favorablemente mi obra, añadiré á ella un tomo de ilustraciones, el cual contendrá las vistas y planos de la Alhambra y Jeneralife y todas las inscripciones legibles de estos edificios, impresas en caracteres árabes y con la traduccion castellana al frente, las cuales tal vez difieran de las que copio en estas notas; cuyo trabajo, ademas de ser útil á los artistas y curiosos que visiten estos lugares, servirá tal vez de estímulo para propagar el estudio de la lengua árabe en nuestro pais, y para impedir á los gobernadores y alcaides encargados de la custodia de los monumentos moriscos, embadurnar, encalar y destruir aquellas labores que ellos tienen por caprichos insignificantes, y que son las mas de las veces datos históricos utilísimos.

El lector hallará alguna variedad en los nombres de los Moros: pero puede fiarse de su autenticidad. Ademas de que el estudio que he hecho de la lengua Arabe me permite leer estos nombres en la lengua africana, y escribirlos en la castellana con las mismas letras que en aquella, los he consultado con personas mas entendidas que yo, árabes de raza, educadas en Africa, y para quienes el árabe es la lengua materna: escribo sin embargo muchos en la forma incorrecta que les han dado los historiadores cristianos, para no desfigurar á la vista del lector los que ya están confirmados, por decirlo así, por la tradicion. Al fin del poema se hallará un voca-

bulario de las voces de orígen árabe empleadas en él, el cual dará luz sobre el de las muchas que se conservan entre nosotros : aunque en esto no seré muy estenso, pues no me acosa el prurito de hacer ostentacion de saber, sinó el deseo de apoyar las razones que me han impelido á innovar algunas palabras.

Habia pensado anteponer á mi poema un académico y razonado discurso con nombre de prólogo, obra desde luego de algun amigo mio, pero persona de alta reputacion literaria y de grande autoridad, para que le sirviese de escudo y proteccion y preveniera en su favor la opinion pública manifestando abiertamente la parcialidad de la suya; pero he desistido de semejante pensamiento, porque he reflecsionado que, si el poema fuere bueno, no necesitará de proteccion: y si fuere malo, no bastarán para protejerle todas las autoridades reconocidas de la Cristiandad y del Islamisno. El que crea, empero, que con él pretendo realizar la novena maravilla (dado que el Escorial sea la octaba) y asombrar al mundo con un poema épico, está en un error y me honra mucho suponiéndome tan sobrado de alientos. Mi obra, á la cual notará el discreto que llamo *poema oriental*, no es mas que una enorme leyenda, en la cual otro ingenio mas competente hallará reunidos los materiales necesarios para construir el clásico edificio de la magnífica epopeya encerrada en la época de la conquista de Granada. Avergonzado al ver que estrangeros

autores han llamado antes que nosotros á las puertes de la Alhambra, ya con el grosero aldabon de la novela descabellada é insulsa, como Florian : ya con el martillo de oro de la juiciosa y galana historia, como Wasington Irving, héme arrojado á abrir el cancel de su misterioso alcázar al genio feliz á quien sea dado apoderarse de su encantado recinto. Tales son, y no otras, las limitadas pretensiones de mi poema.

A los desocupados escritores de anónimos y á los autores rapsodistas, á quienes apesara desdichadamente la reputacion agena, pero que no pueden labrarse la propia sino royendo los talones de los que van delante de ellos, en su incapacidad de abrirse por sí mismos un camino, les aconsejaré que antes de seguirme á Granada, den una vuelta por Toledo, donde hallaran á mi buen amigo el Señor Don Leon Carbonero y Sol, quien con honra suya y provecho de la juventud, esplica en aquella ciudad la lengua árabe, y el cual, con su rica erudicion oriental y poética y su ecselente método de enseñanza, les pondrá tal vez con el tiempo en estado de caminar conmigo por los senderos montañosos que conducen á la real alcazaba de la Alhambra.

A los literatos que, á pesar de lo espuesto, me supongan mas ambiciosos intentos ó mas vanaglorioso amor propio, dispuestos á no ver de mi obra mas que los defectos, hijos naturales de una temeraria osadia ó de una quijotesca vanidad : y á los sábios críticos que quieran

aprovechar la ocasion de lucir sobre GRANADA sus académicas disertaciones y sus artículos enciclopédicos, les contaré solamente un cuento, que estoy sintiendo correrseme el papel por los puntos de la pluma : el cual, aunque viejo, espero que les ayude á formar su juicio sobre mi poema, si le lëen : que sí le leerán, pues yo procurare darselo despacito para que le rúmien y digieran.

Lidiaba una tarde en la plaza de Sevilla el famoso Pedro Romero, el diestro de mejor trapo y mas certero pulso que pisó jamás arena de redondel. Llegado el caso de estoquear un toro de mal trapío y torcida intencion que, empeorado con la lidia, tomaba el bulto y dejaba el capote, comenzó Romero á trastearle cuidadosa y maestramente, arrastrándole la muleta para encariñarle á ella y traerle despues sin riesgo á una estocada por los altos y á una muerte de buena ley. Un chusco Sevillano, mozo y rico, decidor y zambrero, amigo de los ganaderos y conocedor de las marcas de sus ganaderias, apadrinador de la gente de cuadrilla, acompañador de los encierros y presenciador de los apartados, donde gustaba lucir el potro cartujano, la manta jerezana, la espuela baquera y el castoreño apresillado, y gran partidario en fin de Costillares, hallando sin duda largo el juego de Romero, cuyo riesgo no comprendia, y pareciéndole la ocasion oportuna para zumbarle en presencia de su rival, empezó á decirle con no poco esforzadas voces y dejo no menos provocador : « ¡Bueno,

señor incomparable, bueno: que vá á llevar ese toro mas pasos que las procesiones del viérnes santo! De matar se trata, que no de pasar esa obeja mansa. ¡Que no se diga que por tanto pase se pasa el tiempo y no se pasa la pavura! ¡Vamos: un puntazo por lo que sea!... y que no haya que dar á esa espada una compañera sacada de las costillas como nuestra madre Eva.» La alusion á costillares produjo el efecto que el chusco deseaba, y aplaudieron sus partidarios y rieron los de los tendidos; lo cual oyendo Romero, dejando plantada á la fiera y á los espectadores suspensos, llegose bajo el palco del zumbador mancebo, la muleta recojida en la zurda y el estoque suspendido en el dedo corazon, y dijole con aquella sorna peculiar de la gente de plaza: «Su mercé parece por sus razones profesor del arte, y se vé à la legua lo acostumbrado que está á dar lecciones como maestro: con que no lo deje por poco y tome sin cortedad el lugar que le corresponde, que yo estoy pronto á escucharle. Baje, pues, su mercé y hágame su esplicacion à la cabeza de la rés.»

Y decia bien Pedro Romero: las lecciones de torear se dan á la cabeza del toro.

Paris, 15 abril, 1852.

José Zorrilla.

LEYENDA

DE

MUHAMAD AL-HAMAR EL NAZARITA

REY DE GRANADA

DIVIDIDA EN CINCO LIBROS

ولاغالب الا اللة ،

LIBRO DE LOS SUEÑOS.

INTRODUCCION.

En el nombre de Alâh clemente y sumo
Que dá sombra á la noche, luz al dia,
Voz á las aves y á las yerbas zumo :
Cuya suprema voluntad podria
Tornar de un soplo el universo enhumo,
Y que atesora en mi su poesía,
Escrita os doy para su eterna gloria
Del principe Al-hamar la régia historia.

Bálsamo que disipa la amargura,
Luz del pesar sombrío ahuyentadora,
Es su sabrosa y celestial lectura
Risueña como fuente saltadora,
Grata como del campo la verdura,
Bella como la grana de la aurora,
Tierna cual de la tórtola las quejas,
Dulce como el panal de las abejas.

Destila de sus versos ambrosía
Su dulce narracion maravillosa :
Exhala su fecunda poesía,
Grato como la esencia de la rosa,
Mágico són de incógnita armonía;
Y cual lluvia de abril, que lenta posa
Sus gotas en la flor, vierte en el alma
Su amena relacion plácida calma.

Encierran sus conceptos peregrinos
Misteriosa virtud y fuerza varia :
Aplacan el rigor de los destinos
Elevados á Aláh como plegaria :
Regalan á quien lee sueños divinos
Leidos en la alcoba solitaria,
Cuya influencia y compañía amiga
Calman del cuerpo la mortal fatiga.

No hay sér bajo el imperio de la luna
Que su leccion sagrada no comprenda,
Ni Aláh produjo criatura alguna
Que no sienta placer con su leyenda.
El pez á quien abriga la laguna,
El ave que del árbol hace tienda,
La fiera que entre rocas se sepulta,
El reptil que en los céspedes se oculta :

Y en su colmena el zumbador insecto,
Y en su corteza el röedor gusano,
Y el árbol récio en su vigor perfecto,
Y el aire inquieto en su vagar liviano,
Y el sordo incendio en su humear infecto,
Y en su ciego furor el oceáno,
Prestan oido respetuoso y grato
Al armónico són de su relato.

Esculpido en las hojas de sus flores
Se guarda en el Edén por altos fines :
Y los justos en él habitadores,
Los ángeles que velan sus confines,
Las hurís que alimentan sus amores
Y los genios que pueblan sus jardines,
Gozan en descifrar sus caracteres
En la paz de sus místicos placeres.

Tal es la história peregrina y bella
Que os doy en estas hojas estendida,
Para que el pasto y el deleite de ella
Os alivien las penas de la vida :
Pues la luz que en sus páginas destella
Despierta el alma á la virtud dormida,
Y eleva el corazon y el pensamiento
A la pura region del firmamento.

Y aunque en idioma terrenal y humano
Para la humana comprension la escribo,
De espíritu mas alto y soberano
Su luminosa inspiracion recibo.
Guia mi corazon, guia mi mano
Sér á quien dentro de mi sér percibo,
Y el genio ardiente que en mi pecho habita
La palabra me dá que os doy escrita.

Leedla pues; y el ámbar que perfuma
Del Paraíso la mansion divina,
Y el resplandor que de la esencia suma
Derramado los mundos ilumina,
Y el rumor que levantan con su pluma
Las alas de Gabriel cuando camina,
Embalsame y alumbre y dé contento
A cuantos lean el divino cuento.

Nació Al-hamar y sonrió el destino
Contemplándole amigo : la fortuna
Fijando un punto su inconstancia vino
Amorosa á mecer su blanda cuna :
Y, el curso de su carro diamantino
Parando en el zenít, la casta luna
Tendió desde él con maternal cariño
Tierna mirada sobre el régio niño.

Del ángel que custodia su persona
Bajo las alas de perfume llenas,
Dió sus primeros pasos en Arjona
Sobre el tapiz fragante de azucenas
Que dan al pueblo natural corona,
Sus vegas en redór ciñendo amenas :
Y sin dolencia corporal alguna
Llegó á la juventud desde la cuna.

Animo noble y continente bello,
Porque inspirara afecto y simpatía,
Dióle el Señor. Espléndido destello
Puso en sus ojos de la luz del dia :
La gracia de el del cisne dió á su cuello :
Dió á su voz de las áuras la armonía :
Dió á su talle lo esbelto de la palma,
Y el temple de los genios á su alma.

Dió el carmin de la aurora y de la nieve
La limpieza á su tez ; dió á su cintura
La grave majestad con que se mueve
El leon, y del corzo la soltura :
Del sabio á su palabra dió lo breve,
La paz del niño á su sonrisa pura,
Y al corazon sin miedo y sin codicia
La fé, la lealtad y la justicia.

Diestro en la lid, en el consejo sabio,
Seguro en la virtud, fuerte en la ciencia,
Modesto en la victoria, en el agravio
Perdonador y sóbrio en la opulencia :
En la mano la dádiva, en el labio
El consuelo y la paz, de la violencia
Castigador, y hermoso en la persona,
Nació digno Al-hamar de la corona (1).

Chispa encendida de la fé en la hoguera
Su estrella fué. Su celèstial influjo
En el herial de la vital carrera
Por luminosa senda le condujo.
La ventura tras él fué por dó quiera,
Su presencia dó quier el bien produjo;
Amigos y enemigos le admiraron
Y la historia y el tiempo le afamaron.

Luchas civiles de la gente mora
Le llamaron urgentes á la guerra,
Y lidió con honor desde la aurora
Hasta que en sombra se sumió la tierra.
Llevó al fin su bandera vencedora
Del verde valle á la nevada sierra:
Y de un dia de abril en la alborada
Aclamado por rey entró en Granada.

Pequeña poblacion recien tendida
En el seno amenísimo de un valle,
Por donde Darro en sonorosa huida
Abre á sus hondas perfumada calle,
Era entónces Granada, y parecida
A africana gentil de suelto talle,
Que fatigada en calurosa siesta
A la sombra durmióse en la floresta.

Y cuando digo poblacion pequeña
A la de hoy la imagino comparada :
Pues no era entónces cual despues fué dueña
De dilatados términos Granada.
Bella ciudad de situacion risueña
Y de bizarros Arabes poblada,
Era ciudad no grande, no opulenta,
Mas ya por su valor tenida en cuenta.

A una orilla del Darro que mojaba
De sus labradas puertas los umbrales,
(Por bajo de la *cádima alcazaba* (2)
Ceñida de murallas colosales)
Un barrio se estendia que habitaba
Raza de los egipcios arenales
Oriunda : gente audaz, de miedo agena,
De negros ojos y de tez morena.

Tribu, como nacida en el desierto,
En sus gustos voluble y pareceres,
De este jardin á su escasez abierto
Doblemente apegada á los placeres.
Sus blancas azoteas eran huerto
Cuidado con afan por sus mugeres,
Y sombreaban sus altos miradores
Toldos fragantes de enredadas flores.

Gozaban de sabrosos alimentos,
Ocio oriental y cómodo vestido;
Cercaban sus alegres aposentos
Blandos cojines de sutíl tejido :
Revestia sus limpios pavimentos
Mármol de Macäel blanco y pulido,
Los muros preciosísimo estucado
Y el friso trabajoso alicatado (3).

Sostenian los ricos arquitraves
De sus claros moriscos corredores
Còlumnas ligerísimas. Sus naves
Adornaban arábigas labores,
Sutiles cual la pluma de las aves,
Tan brillantes como ella en sus colores;
Frutales desde el huerto á las ventanas
Alargando limones y manzanas.

Sus patios, que en albercas espaciosas
Reciben unas aguas cristalinas
Al cuerpo gratas y al beber sabrosas,
Pilas eran de baño alabastrinas
Sembrado el borde de arrayan y rosas,
Donde las bellas moras granadinas
El seco ardor de la mitad del año
Ahuyentaban de sí con fresco baño.

Y en las serenas noches del estío,
A la luz misteriosa de la luna,
Al són del agua del plateado rio,
Y al compás de una cántiga moruna,
(Dulce recuerdo del pais natío
Que no se olvida en la mejor fortuna)
Sentábanse á danzar en la ribera
La alegre *Zambra*, y la *Jeíz* ligera.

Tal fué la tribu y las mansiones tales
Que á una márgen del Darro se estendian,
Mirándose en sus líquidos cristales
A cuyo són los dueños se adormian :
Y tan gratas sus casas orientales
Eran, tal el contento en que vivian,
Que con justicia los que en él moraron
El *barrio del deleite* (4) le llamaron.

La otra ribera del sonante rio
Era una verde y desigual colina,
Cuya enramada falda daba umbrío
Y ancho tapiz al agua cristalína,
Y cuyo lomo, seco en el estío,
Fundamento á una torre casi en ruina,
Que sirviendo á dos términos de raya
Era alminar á un tiempo y atalaya.

Domínase en la cumbre de esta altura
La estension de la vega granadina,
Rica alfombra de flores y verdura
Que tendió ante sus plantas la divina
Mano de Alláh : tesoro de frescura,
Manantial de salud y peregrina
Mansion de toda dicha, cuyas suaves
Auras encantan con su voz las aves.

Ven desde allí los ojos embebidos
Cien alegres y blancos lugarejos,
Que de palomas asemejan nidos
Entre las verdes huertas á lo lejos;
Y montes cien que, por el sol heridos,
Descomponen su luz con mil reflejos
Que lanza el agua y el metal que encierra
Pródiga madre su fecunda tierra.

Allí anidan al par todas las aves
Y se abren á la par todas las flores :
Con la rápida alondra águilas graves,
Con la murta el clavel de cien colores;
Se respiran allí cuantos las naves
De oriente traen balsámicos olores,
Y allí da el cielo deliciosas frutas,
Y encierran minas las silvestres grutas.

Allí, bajo aquel cielo transparente
Donde vieron su Edén los Africanos,
Hállase aún en idëal viviente
La muger de contornos sobrehumanos,
De ojos de luz y corazon ardiente,
De enano pié y anacaradas manos,
Cuya generacion guardarán solas
Las árabes provincias españolas.

Moran allí esas célicas huríes,
Que pintan las muslímicas leyendas
Reclinadas en frescos alhamíes (5),
Sobre lechos de azahar, bajo albas tiendas;
Cuyos labios de rosas y alhelíes
Guardan, de ardiente amor sabrosas prendas,
Palabras que embelesan los oidos
Y besos que adormecen los sentidos.

Aquellas celestiales hermosuras
Que coloca el Korán en su divina
Fantástica mansion de las venturas,
Cuya mirada el iris ilumina,
Cuyo aliento desparce esencias puras,
Cuyo seno y espalda alabastrina,
Velando mal sus mágicos hechizos,
Negros circundan y flotantes rizos.

Vénse de el cerro aquel gigantes cimas
Que eternas cubren seculares nieves,
Donde por grietas mil sus hondas simas
Rios destilan en arroyos breves:
Y allí, cosechas para dar opímas,
Refréscanse al pasar las áuras leves,
Que bajan luego á fecundar la Vega
De las fuentes al par con que se riega.

Vése tambien por el siniestro lado
El valle de Genil, cuyos raudales
Bañan la verde amenidad de un prado
Cubierto de avellanos y nopales.
Gózase allí de un aire perfumado
Con el subido olor de los frutales,
Del cantueso, tomillo y mejorana,
Que el áura mueve al revolar liviana.

Y entre este barrio de delicias lleno
Y esta florida y desigual colina,
Se estiende el valle cuyo fértil seno
Fecunda el Darro que por él camina:
Y es el lugar mas grato y mas ameno,
La situacion mas bella y peregrina
De cuantas rio fertiliza y baña
En la estension de nuestra rica España.

Aquí, pues, á la márgen de este rio,
En la aromada falda de esta altura,
En una noche límpida de estío,
Y al són del agua que á sus pies murmura,
Arrobado en estraño desvarío
La alameda cruzaba à la ventura
Al-hamar, que en paseo misterioso
Olvidaba las horas del reposo.

Unico sér con movimiento y vida
En la nocturna soledad errando,
Sin que la tierra por su pié oprimida
Crujir se oyera con el césped blando
De que la tierra inculta está mullida,
Algun insomne le juzgó temblando
Alma que torna á visitar la huesa
Del cuerpo en cuya cárcel vivió presa.

Flotaba suelto el alquicel nevado,
Blanqueaba del turbante el albo lino,
Y relucia en piedras engastado
El puño del alfange damasquino :
Y este blanquear y relucir callado,
A intervalos oculto del camino
Entre los troncos que al pasar cruzaba,
Fáz de vision á su persona daba.

Y tal avanza silenciosa y lenta
Del solitario valle en la espesura,
Y al verla calla el ruiseñor que cuenta
Sus amores al áura, y á la hondura
Del rio se desliza soñolienta
La culebra enroscada en la verdura,
Y el vuelo tiende á la contraria orilla
Espantada la tímida abubilla.

En tanto el noble príncipe, sumido
En el mar de sus propios pensamientos,
Ni atiende al ave que ahuyentó del nido,
Ni al reptil que saltó, ni á los acentos
Que el ruiseñor ahogó : y embebecido
Continúa avanzando á pasos lentos,
Hasta perderse en la arboleda oscura
Que se espesa del valle en la angostura.

Formaba esta recóndita arboleda
Un estendido bosque de avellanos,
Guardador de una espesa moraleda
Donde sus utilísimos gusanos
Daban por fruto delicada seda,
Que labrada despues por diestras manos
Iba en preciosas telas y tejidos
A todos los mercados conocidos.

Brotaba una sonora fuentecilla
En medio de esta fértil enramada,
Vertiendo sus cristales por la orilla
De tilos aromáticos orlada.
Hallábase en redór, con maravilla
De los ojos, la tierra cultivada,
Y (obra admirable de cuidosas manos)
Hechos jardin los céspedes villanos.

Corria allí suavísimo el ambiente
Cargado con la esencia de mil flores,
Y al respirarle huian de la mente
Los pensamientos tristes, sinsabores
Y duelos ahuyentando; y la corriente
Del manantial remedio á los dolores
Era del cuerpo débil, cuyos males
Cedian al beber de sus raudales.

Lugar divino en la region humana
Colocado era aquel: retiro augusto
De algun Genio de estirpe soberana
Que el sacro Edén abandonó por gusto:
Destierro acaso de una hurí que vana
Apreció su beldad mas que fué justo:
Cita acaso de un Silfo en sus amores:
Lecho tal vez del Angel de las flores.

Allí à Al-hamar inspiracion secreta
A hallar condujo solitario asilo,
Y allí al mirarse en soledad completa
Erguió la frente y respiró tranquilo :
Y á la sombra y al són que esparce inquieta
La estensa copa de oloroso tilo,
Sentóse alzando la real mirada
Al cielo azul de su gentil Granada.

Y allí á sus hondos sentimientos dando
Pábulo y campo en la mansion del pecho,
Con la influencia del lugar hallando
A ellos el corazon menos estrecho,
Poco á poco la espalda reclinando
Fué de la yerba en el mullido lecho,
Y poco à poco deleitosa calma
Le aquietó el corazon, le arrobó el alma.

El canto de las aves anidadas
En el ramaje fresco, el campesino
Aroma de las hojas, oreadas
Con manso són por el errante y fino
Aliento de las brisas perfumadas,
Y el suave arullo del raudal vecino,
Daban al sitio en que Al-hamar yacia
Célica paz y mágica armonía.

Ansiaba el rey grandeza venidera,
Gloria, poder, celebridad futura:
Ansiaba que su corte la primera
Fuese en valor, en lustre y en cultura:
Ansiaba darla fama duradera
Con prodigios de rica arquitectura:
Mas via al par escaso su tesoro
Para hacer realidad sus sueños de oro.

Gozaba su exaltada fantasía
Con la bella ilusion de sus intentos:
Sus soberbios alcázares veía
Llenar la tierra y dominar los vientos:
Admiraba la gala y simetría
Que daba á sus labrados aposentos,
Y en sus doradas letras africanas
Leía ya las suras musulmanas.

Pensaba en las mil torres de los muros
Que á su noble ciudad dieran confines,
Fuerza rëal y límites seguros:
Pensaba en la estension de sus jardines,
Asilos del deleite, y en los puros
Baños, y en los ocultos camarines
Del voluptuoso Harén de las mugeres,
Santuario del amor y los placeres.

Y embebecido en pensamientos tales,
Y embrigado tal vez con la esperanza
De hacer un dia sus proyectos reales,
Si la fortuna amiga en la balanza
Su ambicion y poder ponia iguales
Guiando el porvenir siempre en bonanza,
No percibió el dulcísimo beleño
Que iba en sus miembros derramando el sueño.

Poco á poco sus párpados cedieron
A lenta pesadez, y sus pupilas
La claridad y la vision perdieron;
De los árboles mil las verdes filas,
De las aves y fuentes se le fueron
Borrando las imágenes tranquilas :
Y su imaginacion quedando en calma,
De la vigilia al sueño pasó el alma.

Dos veces intentó los ojos vagos
Echar en rededor y á los sonidos
Atender, para alzarse haciendo amagos;
Pero cedieron otra vez rendidos
Sus párpados y miembros : anchos lagos
De sombra cada vez mas estendidos
Envolvieron su inquieta fantasía,
Y un instante despues... el rey dormia.

En calma universal, en paz completa
Quedó el frondoso valle, y la vecina
Corriente del arroyo y la áura inquieta
Le arrullaron con suave y campesina
Música. — Y en tal cláusula el poeta
Interrumpe su historia peregrina,
De agua y aire los sones halagüeños
Poniendo fin al LIBRO DE LOS SUEÑOS.

LIBRO DE LAS PERLAS.

En el sagrado nombre del que en el orbe impera
Oculto del espacio trás la cortina azul,
Que arregla de los astros la incógnita carrera,
Señor de las tinieblas, orígen de la luz,
Del Libro de las Perlas comienzo la escritura
En verso claro y fácil á comprension comun.
Leed; ¡y plegue al cielo que os sea su lectura
Raudal de fé sincera, venero de salud!

¡Oh genios invisibles, que errais en las tinieblas (1)
En grupos impalpables, sobre alas sin color!
Vosotros, leves hijos del aire y de las nieblas,
Que amigos de las sombras aborreceis al sol:
Vosotros, cuya ciencia comprende los mil ruidos
Que pueblan el espacio con misterioso són,
Y comprendeis los cantos, murmullos y gemidos,
Con que susurra el árbol y canta el ruiseñor:

Vosotros, que asaltando con silencioso vuelo
Los áureos miradores del desvelado rey,
Llenais de miedos vagos sus horas de desvelo
Con los siniestros ruidos que á su cristal haceis,
Vosotros, que á la reja del camarin estrecho
Do la cautiva sueña con su perdido bien,
Con vuestro aliento puro enviais hasta su lecho
Mil bellas ilusiones de amor y de placer :

Vosotros, favoritos del genio y la armonía,
Que á par de las abejas saltais de flor en flor,
La gota estremeciendo titiladora y fria
Con que el rocío baña su virginal boton :
De vuestra poesía verted en mí el tesoro :
Lo armónico prestadme de vuestra vaga voz,
Porque mi mano pueda sacar del arpa de oro
Las cláusulas que dignas de mi relato son.

Cercadme, sostenedme con vuestro influjo santo
En la divina empresa que audaz acometí.
¡ Oh genios de la noche! divinizad mi canto,
Y EL LIBRO DE LAS PERLAS guiad hasta su fin.

Guiad en él mi pluma,
Iluminad mi mente,
Y á la belleza suma
De asunto tan gentil

Haced que el pensamiento
Se eleve noblemente,
Y llegue al firmamento
Mi acento varonil.

Yo trazo aquí el relato
De tan divina historia,
Yo pinto aquí el retrato
De tan divino sér,
Que la palabra humana,
Ni la mortal memoria
Querrán con ánsia vana
Contar y comprender.

Mi historia es tanto bella
Cuanto la lumbre vaga
De solitaria estrella
En recio temporal:
Cual la cancion doliente
Que caprichosa maga
Murmura de una fuente
Bajo el fugaz cristal.

No hay lengua que la cuente
Ni mano que la trace.
El cuadro en vuestra mente
Fingid mas ideal,

El tono que á vuestra alma
Mas predilecto place
Dadle, y la luz, la calma
Que falta al mundo real.

Encima figuraos
De secular colina,
Cuando el nocturno caos
Platéa el resplandor
De la modesta luna,
Que, amante sin fortuna,
Eterna peregrina
Del sol trás el amor.

Fingios una estensa
Riquísima llanura
Cubierta de verdura,
Y de caprichos mil
Llenadla : figuráosla
En la estacion viciosa
Que abrir hace á la rosa
Su pétalo gentil.

El céfiro de aromas
Cargado nos oréa
La fáz : brotan las lomas
Con juvenil vigor

Mil yerbas, con que el viento
Inquieto juguetéa
Con manso movimiento
Y lánguido rumor.

Fingíos una vega,
Que parte en cien pedazos
De un rio que la riega
El líquido cristal,
Que caprichoso estiende
Los transparentes brazos
Dó quier que el cáuce tiende
Su lecho desigual.

Fingíos esta vega,
Cuya cubierta verde
Al horizonte llega
Y en su estension se pierde,
Poblada de castillos,
De caprichosas ruinas,
De alegres lugarcillos,
De chozas campesinas;

De huertos pintorescos,
De arroyos cristalinos,
De bosquecillos frescos,
De móviles molinos,

De blancos palomares,
Rebaños, y yeguadas,
Bodegas, colmenares,
Establos y toradas :

Fingid que en ella alcanza
La vista por do quiera
La campesina danza,
A que en tranquila holganza
Y en amistad sincera,
Tras del trabajo ociosa
Se entrega bulliciosa
La alegre multitud :

Fingid este relato
Oido al són sencillo
(Mas cual ninguno grato)
Del tosco caramillo,
Y al trémulo y quejoso
Balar del cabritillo,
Y al canto trabajoso
Del soterrado grillo :

Fingios que, lejana,
Del monasterio antiguo
Doblando la campana
Con su clamor despierta

Al perro, que está alerta
En el redil contiguo
Y en demostrar se afana
Ladrando su inquietud :

Y atento el ojo tiende
Al campanario viejo
De donde el són se estiende ;
Y vé el móvil reflejo
Del esquilon, que gira,
Y el resplandor le admira
Del bronce que repele
Los rayos de la luz :

Fingíos este suelo
Tan bello coronado
Con un hermoso cielo
De transparente azul,
En cuyo fondo puro,
Quebrando el horizonte,
Sobre el perfil oscuro
Del apartado monte,
Por cima del convento
Mansion de la virtud,
Pomposas, salutíferas, inmarcesibles ramas
Del árbol sacrosanto de la eternal salud,
Destácanse en el campo del limpio firmamento
Los dos abiertos brazos de la cristiana Cruz.

¿Teneis en la memoria
Tan mágica pintura?
¿Mirais esta llanura
Tan bella cual mi pluma pintárosla intentó?
Pues es mas halagüeña,
Mas plácida y risueña
La celestial historia
Que en este libro frágil os voy á contar yo.

El Libro de las Perlas
Encierra en sus concetos
La historia y los secretos
De un Angel favorito de su inmortal Señor.
Venid á recogerlas:
Que Dios, que el Paraíso
Por cuna darle quiso,
Dió á par á sus palabras de perlas el valor.

De perlas elegidas
En las de mas pureza,
Mas precio y mas belleza:
Las *perlas de la Gracia*, las *perlas de la Fé*:
Las perlas que, vertidas
Por su divina mano,
Harán del sér humano
Que recogerlas sepa un ángel como él fué.

Todo en silencio duerme
En la arboleda umbrosa
Donde Al-hamar reposa:
En calma universal
Yacer parece inerme
Naturaleza entera,
Cual si á sopor cediera
De atmósfera letal.

La cuádriga argentina
Del carro de la luna
Su curso al mar declina:
Y de su carro en pós,
Sombría, taciturna,
Su negro velo tiende
La lobreguéz nocturna
Ante la luz de Dios.

La escasa y vacilante
Que rádian las estrellas
Dá apenas espirante
Su postrimer fulgor:
Reflejo moribundo,
Que cuando espire en ellas
Hará del ciego mundo
Un bulto sin color.

Ya lo es. Do quier se carga
De espesa sombra, y queda
Sumida la arboleda
En densa oscuridad.
Indefinible encanto
Do quier la vida embarga;
Exhala pavor santo
La muda soledad.

Y hé aquí que en este punto,
Del fondo de la fuente
Que arrulla mansamente
El sueño de Al-hamar,
La faz resplandeciente
De un Genio, que ilumina
La linfa cristalina,
Se comenzó á elevar.

Tocó en el ház del agua
Su cabellera blonda:
Quebró la frágil onda
Su frente virginal:
Dejó el agua mil hebras
Entre sus rizos rotas,
Y á unirse volvió en gotas
Al limpio manantial.

Como vapor ligero
Del lago se levanta :
Cual de aromosa planta
Exhálase el olor:
Cual del albor primero
Del dia que amanece
Fantástico aparece
El vago resplandor :

Del agua cristalina
Así elevó serena
Su aparicion divina
El Genio celestial,
Cuyo contorno aéreo
Rodea alba aureola
Que el valle tornasola
Con luz matutinal.

Al fuego repentino
Que en torno á sí derrama,
Soltó su alegre trino
Despierto el ruiseñor :
Su voz de rama en rama
Las áuras estendieron,
Y en cánticos rompieron
Mil aves en redor.

Dió un paso en la pradera,
Y al agitar el viento
Su rica cabellera,
El aire se aromó;
Dejó escapar su aliento,
Y cuanto allí vivia
Su aliento de ambrosía
Con ánsia respiró.

Y entónces la callada
Blanca vision llegando
Donde por sueño blando
Vencido está Al-hamar,
Los céspedes por lecho,
La mano perfumada
Le puso sobre el pecho,
Y así le empezó á hablar :

« Ilustre y venturoso
Caudillo Nazarita (2),
Tu místico reposo
Bendice al despertar.
Tu espíritu, que lucha
Con mi vision, se agita
Medroso en vano : escucha
Mi voz, rey Al-hamar.

« Mi voz es la armonía
Cuando habla á un sér amigo
De Dios, y es lo que digo
Mas dulce que la miel:
Mi orígen es el cielo,
Mi edad es la del dia,
Mi esencia es el consuelo,
Mi nombre es Azäel.

« Yo soy un ángel y era
El ángel mas perfecto,
El sér mas predilecto
Del sábio Criador.
Moraba yo en la esfera
Mas alta y mas vecina
A la mansion divina
De mi inmortal Señor.

« Un dia... ¡ dia aciago!
Cruzóme fugitivo
La mente loca un vago
Delirio criminal:
Pensé, mirando altivo
Mi esencia y mi hermosura,
Que no era criatura
A las demás igual.

« Imaginé que orígen
Mas puro y soberano
Me pudo dar la mano
Del Hacedor tal vez :
Mas, ¡ ay ! los que su mente
Por su altivez dirigen
Verán cuán torpemente
Soñó su insensatez.

« Apenas un momento
Tan orgullosa idea
Brotó en mi pensamiento
Y en él lugar la dí,
Tiniebla inesperada
Cegó mi mente réa,
Y ante la faz airada
Del Criador me ví.

« Desnudo ante la vista
Del Dios que le llamaba,
Como arrancada arista
Mi sér se estremeció ;
La luz de su presencia
Mi nada iluminaba :
Juzgóme, y su sentencia
Así me fulminó.

« Tres siglos es preciso
« Que llores por tu yerro :
« Sal, pues, del Paraíso :
« El globo terrenal
« Te doy para destierro :
« Tus nobles atributos
« Te dejo : nobles frutos
« Dé tu álito inmortal.

« Que broten de tus lágrimas
« En el lugar que mores
« El gérmen de las flores
« Y el manantial del bien.
« Sé allí su luz vivifica,
« Sé tú su astro benigno,
« Y vuelve al cielo digno
« Del celestial Edén. »

Dijo : y tendí mi vuelo
Llorando hácia la tierra :
Caí sobre este suelo,
Y en este manantial
Do tengo mi retiro
Mi espíritu se encierra;
Yo soy el que suspiro
De noche en su raudal.

« Yo soy el que velando
En esta márgen bella
Pródigo vierto en ella
La vida y la salud.
Tú en ella sin respiro
Me vienes estrechando,
Y yo la fé te inspiro,
La ciencia y la virtud.

« Tú luchas por la gloria
De tu faláz crëencia,
Y espléndida ecsistencia
Preparas á tu grey :
Y yo que sé tu historia,
Tu orígen y tu sino,
Arreglo tu destino
Por misteriosa ley.

Sí, tu eres una espada
Que blande agena mano:
Tú á impulso soberano
Obedeciendo vás :
Tú siembras la simiente
Que encuentras apilada :
Mas siembras diligente
Para quien va detrás.

« De aquí me desalojas
Cuando estos sitios pueblas,
De aquí conmigo arrojas
La gracia y el pudor:
Mas yo ví en las tinieblas
Resplandecer tus ojos,
Te conocí, y de hinojos
Dí gracias al Señor.

« Su vista rutilante,
Que el universo abarca,
Posada en tu semblante
Desde tu cuna está:
Y el dedo omnipotente
Sobre tu noble frente
Grabó la régia marca
Que á conocer te dá.

« Naciste favorito
Del genio y de la gloria;
Tu nombre és la victoria,
Tu voluntad ley és.
Tu tiempo és infinito,
Tus huellas indelebles,
Los montes son endebles
Debajo de tus piés.

« ¿ Tú anhelas un tesoro ?
Mis lágrimas son perlas :
El Darro te trae oro :
Plata te dá el Genil (3) :
Cien minas en tu suelo
Posées : despierta á verlas,
Y haz de este valle un cielo
Para tu grey gentil.

« Encumbra este hemisferio
Con el poder de oriente...
Yo en él haré á otra gente
Plantar su pabellon.
Yo te daré un imperio,
Mas tú para pagarme
Tendrás al fin que darme
Tu fé y tu corazon.

« A Dios ¡ oh Nazarita !
Mi aparicion recuerda
Cuando el pesar te muerda
Con aguijon de hiel :
No olvides en tu cuita
Que abrió sobre este suelo
La fuente del consuelo
El ángel Azäel. »

Tal dijo: y el divino
Sér misterioso alzando
La mano que posando
Tenia en Al-hamar,
Al fondo cristalino
Volvióse de la fuente,
Que su cristal bullente
Sobre él volvió á cerrar.

El ámbar que exhalaba
Su aliento de ambrosía,
La luz que derramaba
Su forma, la armonía
De que su voz llenaba
La selva, y el encanto
Con que su influjo santo
Divinizó el vergel,

Como neblina leve
Que desvanece el áura
Al punto que se mueve,
Se disipó con él:
Dudar pudiendo en suma
La mente deslumbrada
Si fué vision soñada
El ángel Azäel.

Tornó á la antigua calma
Y soledad primera
El bosque y la pradera:
Y el príncipe Al-hamar,
Sentiendo libre el alma
Del fatigoso ensueño,
De su tenáz beleño
Se comenzó á librar.

Su mente oscurecida
Se iluminó : la historia
Del sueño en su memoria
Se comenzó á aclarar ;
Y al fin, el cuerpo suelto
De su sopor y vuelto
A la razon y vida,
Se despertó Al-hamar.

La vista echando en torno
Del sitio solitario,
Reconoció el contorno,
Mas como al ángel no,
Sonrisa de desdeño
Mostrando el juicio vario
Que forma de su sueño,
En la ciudad pensó.

Pensó que de ella ausente
Pasó lo noche entera :
Pensó en su inquieta gente
Y se aprestó á partir,
Mirando trás el monte
Rayar la luz primera
Del sol que al horizonte
Comienza ya á subir.

Compuso en la cintura
La faja tunecina;
La suelta capellina
Sobre la espalda echó,
Y el áura respirando
Del bosque y la frescura
Del alba, el césped blando
Con leve planta holló.

Dió un paso en la pradera,
Y alzando repentina
La brisa matutina
Su vuelo en el vergel,
Como una miés ligera
Dobló el ramage umbrío,
Y sacudió el rocío
Depositado en él.

Surcaron desprendidas
Sus gotas el ambiente,
Cual lluvia transparente,
Espesa, universal:
El aire deshacerlas
No pudo, y esparcidas
Quedaron como perlas
Sobre la yerba igual.

Ráfaga empero errante
La brisa fué : su impulso,
Durando un solo instante,
Sin fuerzas espiró.
Hirguióse la arboleda
Con rápido repulso,
Y todo al punto á leda
Tranquilidad volvió.

Vertió desde la cumbre
Del monte al hora misma
El sol su nueva lumbre :
Deshizo su arrebol
La atmósfera en su prisma
De múltiples colores,
Y abriéronse las flores
A recibir al sol.

Debajo de la tienda
De sus plegadas hojas,
Las clavellinas rojas,
Los rojos alhelís
Mostráronle con franca
Exposicion su ofrenda
En otra perla blanca
Cercada de rubís.

Detuvo la indecisa
Planta Al-hamar : su labio
Bañó dulce sonrisa
Su sueño al recordar,
É incrédulo, si sabio,
Juzgándolo quimera,
Tornó por la ladera
El paso á enderezar.

Y por mostrar desprecio
De sueños infundados,
Los céspedes mojados
Pisaba sin temor,
Con indignado y recio
Paso truncando altivo
El tallo inofensivo
De una y otra flor.

Mas pronto pertubado
Su corazon de nuevo
Latió desconcertado,
Y comenzó á crëer
La aparicion soñada
Del celestial mancebo
Inspiracion enviada
Por celestial poder.

De cada flor que rota
Derriba, ve que intacta
La desprendida gota
Resbala, y sin perder
Su redondez compacta,
En la mullida yerba
Entera se conserva,
Maciza al parecer.

Tendió la régia mano
A la que mas vecina
Halló; mas al cogerla
Reconoció Al-hamar
Su sino sobrehumano:
La gota cristalina
Era una gruesa perla,
Cual nunca las dió el mar.

Su limpia transparencia,
Su peso, su tamaño,
Su origen, tan estraño
A cuanto oido fué,
Aclaman infinita
En número, inaudita
En precio la opulencia
Del rey que las posée.

No tiene en las ignotas
Minas que avara encierra
Tesoro igual la tierra
Ni en piedra, ni en metal:
Cada una de las gotas
Del celestial rocío
De plata vale un rio
En precio á un reino igual.

¡Bendito al que tesoro
Tal posëer le cabe!
¡Bendito el que le sabe
Empleo digno dar!
¡Dichoso el Nazarita
Amir (4) del pueblo moro,
En quien está bendita
La estirpe de Nazár!

Cayó Al-hamar de hinojos,
Y alzando al firmamento
Las manos y los ojos
Con exaltada fé,
« Señor, dijo, yo admito
Un dón tan opulento,
Y á dón tan infinito
Corresponder sabré. »

Y así Al-hamar diciendo,
Y el dón agradeciendo
Que liberal le envia
La mano del señor,
Las perlas recogia..,
Y acaba al recogerlas
EL LIBRO DE LAS PERLAS.
¡ De Aláh sea en loor !

LIBRO DE LOS ALCAZARES.

¡Granada! Ciudad bendita
Reclinada sobre flores,
Quien no ha visto tus primores
Ni vió luz, ni gozó bien.
Quien ha orado en tu mezquita
Y habitado tus palacios,
Visitado há los espacios
Encantados del Edén.

Paraíso de la tierra,
Cuyos mágicos jardines
Con sus manos de jazmines
Cultivó celeste hurí,
La salud en tí se encierra,
En tí mora la alegría,
En tus sierras nace el dia,
Y arde el sol de amor por tí.

Tus fructíferas colinas,
Que son nidos de palomas,
Embalsaman los aromas
De un florido eterno Abril :
De tus fuentes cristalinas
Sulcan cisnes los raudales :
Bajan águilas rëales
A bañarse en tu Genil.

Gayas aves entretienen
Con sus trinos y sus quejas
El afan de las abejas
Que en tus troncos labran miel :
Y en tus sauces se detienen
Las cansadas golondrinas
A las playas argelinas
Cuando emigran en tropel.

En tí como en un espejo
Se mira el prófeta santo :
La luna envidia el encanto
Que hay en tu dormida faz :
Y al mirarte á su reflejo
El arcángel que la guia
Un casto beso te envia
Diciéndote : — « Duerme en paz. »

El albor de la mañana
Se esclarece en tu sonrisa,
Y en tus valles va la brisa
De la aurora á reposar.
¡ Oh Granada, la sultana
Del deleite y la ventura !
Quien no ha visto tu hermosura
Al nacer debió cegar.

¡ Aláh salve al Nazarita,
Que derrama sus tesoros
Para hacerte de los Moros
El alcázar imperial !
¡ Aláh salve al rey que habita
Los palacios que en tí eleva !
¡ Aláh salve al rey que lleva
Tu destino á gloria tal !

Las entrañas de tu sierra
Se socavan noche y dia ;
Dan su mármol á porfía
Geb-Elvira y Macäel (1) ;
Ensordécese la tierra
Con el són de los martillos,
Y aparecen tus castillos,
Maravillas del cincel.

Ni un momento de reposo
Se concede : palmo á palmo,
Como á impulso de un ensalmo,
Se levanta por do quier
El alcázar portentoso
Que, mofándose del viento,
Será eterno monumento
De tu ciencia y tu poder.

Reverbera su techumbre
Por las noches, á lo lejos,
De las teas á la lumbre (2)
Que iluminan sin cesar
Los trabajos misteriosos,
Y á sus cárdenos reflejos
Van los genios sus preciosos
Aposentos á labrar.

¿De quién es ese palacio
Sostenido en mil pilares,
Cuyas torres y alminares
De inmortales obra son?
¿Quién habita el régio espacio
De sus cámaras abiertas?
¿Quien grabó sobre sus puertas
Atrevido su blason?

¿De quién es aquella corte
De galanes Africanos
Que le cruzan tan ufanos
De su noble Amir en pós?
En su alcázar y en su porte
Bien se lée su nombre escrito :
Al-hamar. — ¡ Aláh bendito,
Es la ALHAMBRA! — ¡ Gloria á Dios !

AL-HAMBRA.

¡Salud, favorita bella
Del Amir mas poderoso!
¡Salud, tienda de reposo
De la gloria y el placer!
¡Vele Dios tu buena estrella,
Dichosísima señora!
¿Quién de tí no se enamora
Si una vez te llega á ver?

Al-hamar vertió en tu seno
De sus perlas los tesoros,
Te hizo perla de los Moros,
Puso reinos á tus piés.
Noble Reina, de labores
Tu real manto arrastras lleno,
Y cada una de sus flores
Un soberbio alcázar es.

Hermosísima Africana,
Rie y danza voluptuosa :
Tu albo seno es una rosa
En lo fresco y lo gentil.
Regocíjate, Sultana,
Rie y danza sin pesares,
Que el compás de tus danzares
Llevarán Darro y Genil.

Rie y danza : ¿quién descuella
Como tú en poder y gala?
¿Quién compite, quién iguala
Tu opulenta magestad?
Donde tú sientas la huella
Ván sembrando los amores
La semilla de las flores
Que perfuman tu beldad.

¿Dónde está la altiva reina
Que á la par de tí se ostente?
¿Dónde está la que su frente
Se corone como tú?
Son jardines tus cabellos,
Que aromado el viento peina
Cuando mayo prende en ellos
Tocas de verde tisú.

Diadema con que se ciñe
Tu Granada, son tus brillos
Del color en que se tiñe
Roja el alba al purpurar;
Tus diamantes son palacios
Engastados en cintillos
De murallas de topacios,
Que deslumbran el mirar.

Y esas bóvedas ligeras
Cual prendidos cortinages,
Y esos muros como encages
Delicados en labor,
De las manos hechiceras
De los Genios han salido,
Que en secreto ha sometido
A su dueño el Criador.

¡Régia Alhambra! ¡Aureo pebete,
Perfumero de Sultanas!
Tus aràbigas ventanas
Son las puertas de la luz.
El Oriente se somete
A tus piés como un cautivo,
Y hace bien de estar altivo
De tenerte el Andaluz.

JENERALIFE (3)

Y GRANADA A VISTA DE PAJARO.

Entre lirios mal velado
El galan Jeneralife
Da al ambiente enamorado
Dulces besos para tí;
Como Ondina que ligera
Huyendo desde su esquife,
Vuelto el rostro á la ribera,
Se los da á quien queda allí.

¿Qué Sultan su alcázar tiene
De jardines enramado,
De una peña así colgado
En mitad del aire azúl?
Con los siervos que mantiene
El del Bósforo sonoro
No hará nunca á fuerza de oro
Otro igual en Estambul.

Del peñon en la alta loma
Semejando está que vuela,
Como rápida paloma
Que se lanza de un ciprés :
Mas sí el ojo se asegura
De que inmoble está en la altura,
Le parece una gazela
Recostada entre una miés.

Sus calados peristilos,
Sus dorados camarines,
Sus balsámicos jardines
De salubre aire vital,
De los Silfos son asilos,
Que, meciéndose en sus flores,
Cantan libres sus amores
En su lengua celestial.

Y en las noches azuladas
Del verano, oculta cita
Trae amantes á las Hadas
Sus caricias á gozar :
Y al rayar el alba hermosa
Que interrumpe su visita,
En sus alas de oro y rosa
Tornan vuelo á levantar.

Atalaya de Granada,
Alminar de escelsa altura
De la atmósfera mas pura
Colocado en la region
¿ Qué no ven de cuanto agrada
Tus ventanas por sus ojos?
¿ Qué se niega á los antojos
Del que asoma á tu balcon?

Junto á tí los Alijares (4)
Ataviados á lo moro
En el rio de aguas de oro
Ven su gala y brillantez;
Mas allá, sobre pilares
De alabastro, *Darlaroca* (5)
Con su frente al cielo toca,
Que la sufre su altivez.

A su par los frescos baños
De las Reinas granadinas,
Cuyas aguas cristalinas
Se perfuman con azahar
Y se entoldan con las plumas
De mil pájaros estraños,
Que se ván con grandes sumas
A las Indias á comprar.

A tu izquierda el montecillo
Cuyo pié Genil evita,
Reflejando en sí la Ermita
De los siervos de la Crúz (6) :
A tu diestra el real castillo
Sobre el cual voltéa inquieta
La simbólica veleta
Del bizarro Aben-Abúz (7).

Mas allá los cerros altos
(Cuyo nombre y cuya historia
Dejarán dulce memoria)
Del Padúl y de Alhendin:
Y allá más los grandes saltos
De las aguas de la sierra,
Cuya eterna nieve cierra
De tus reinos el confin.

A tus piés Torres-Bermejas (8)
Con sus cubos pintorescos,
Que avanzadas y parejas
Aseguran tu quietud:
Y bajo ellas, el espacio
Respetando del palacio
De su rey, los valles frescos (9)
Donde habita la salud.

¡Oh pensil de los hechizos,
Bien amado de la luna!
¿Qué echa menos tu fortuna
En la gloria en que te ves?
Abre, avaro, antojadizos
Tus moriscos agimeces,
Y ve qué es lo que apeteces
Con Granada ante tus piés.

¿De tu vista caprichosa
Qué no alcanzan los deseos?
Sus mezquitas, sus paseos,
Su opulento zacatin (10),
Su Bib-rambla bulliciosa
Con sus cañas y sus toros:
De valor y amor tesoros
Albunést y el Albaycin (11):

Sus colmados alhoriles,
Sus alhóndigas rëales,
Sus sagrados hospitales,
Régias obras de Al-hamar,
Todo está bajo tu sombra
¡Oh floron de los pensiles!
De tus plantas siendo alfombra
Y encantándote el mirar.

¡Oh palacio de la zambra,
Camarin de los festines,
Alto rey de los jardines,
De aguas vivas saltador,
Real hermano de la Alhambra,
Pabellon de áuras süaves,
Favorito de las aves,
Y del alba mirador :

De los pájaros el trino,
De las áuras el arrullo,
De las fiestas el murmullo
Y del agua el manso són,
Dan al ámbito divino
De tu alcázar noche y dia
Una incógnita armonía
Que embelesa el corazon!

Encantado laberinto
Consagrado á los placeres,
Tú escalon del cielo eres,
Tú portada del Edén.
En tu mágico recinto
Escribió el amor su historia,
Y á los justos en la gloria
Las Huríes se la léen.

AL-HAMAR EN SUS ALCAZARES.

Liberal de sus erarios,
Protector del desvalido,
Fiel, lëal para el vencido
Y del sabio amparador :
Por amigos y contrarios
Estimado en paz y en guerra,
Es la egida de su tierra
Al-hamar el vencedor.

En la paz, rey justiciero,
Oye atento en sus audiencias
Y dá recto sus sentencias
Por las leyes del Korán.
En la guerra, compañero
Del soldado, buen guerrero,
Por valiente va el primero
Como va por capitan.

Ostentosa en aparato,
Costosísima en su porte,
A los ojos de su corte
Muestra su alta dignidad :
Pero al dar con tal boato
Real decoro á la corona,
Niega sóbrio á su persona
Lo que da á su magestad.

No dejado, mas modesto
En su gala y vestidura,
Da á su cuerpo limpia holgura
Y elegante sencillez :
Y recibe á su presencia,
Donde quiera al bien dispuesto,
Con cordial benevolencia
Al dolor y á la honradez.

Franco, afable, igual, sencillo
En su vida y ley privada,
En su pecho está hospedada
La leal cordialidad;
Y depuesto el régio brillo,
Los amigos de su infancia
En el fondo de su estancia
Hallan siempre su amistad.

Sus mas fieros enemigos
Los Amires castellanos
Le visitan cortesanos
Y le piden proteccion :
Y él les trata como á amigos,
Con sus nobles les iguala,
Les festeja y les regala
Sin doblez de corazon.

Moderado en sus placeres
Cual frugal en sus festines,
Da opulento á sus mugeres
Mesa opípara en su harén (12);
Pero no entra en sus jardines
Tierno amante ó fiel esposo
Hasta la hora del reposo,
Como á un príncipe está bien.

El Korán cuatro sultanas
Le permite, y como tales
En sus cámaras rëales
Alojadas cuatro están.
A las cuatro tiene vanas
El amor del Nazarita,
Mas ninguna es favorita
En el alma del Sultan.

Las almées y los juglares (13)
De mas gracia y mas destreza
Tiene á sueldo, con largueza
Atendiendo á su placer:
Y en sus fiestas familiares
Las prodiga el noble Moro
Cuanto pueden amor y oro
Por espléndido ofrecer.

Es su harén del gozo fuente
Y de fiestas laberinto:
Estremece su recinto
Siempre alegre conmocion,
Y resuena eternamente
Por los bosques de la Alhambra
El compás de libre zambra,
De las músicas el són.

Al-hamar en tanto, á solas
Con sus íntimos cuidados,
En el bien de sus estados
Piensa inquieto sin cesar;
Y sobre las mansas olas
De aquel mar de dicha y calma
Brilla el faro de su alma,
Vela el ojo de Al-hamar.

Afanoso, inquieto, activo
Mientras dura el dia claro,
De los débiles amparo,
Peso fiel de la igualdad,
Sin quitar pié del estribo.
Sin dejar puerta, ni torre,
Mi mercado, ve y recorre
Por sí mismo la ciudad.

Por do quier con recta mano
La justicia distribuye,
Por do quier sagáz se instruye
De las faltas de su ley,
Y la enmienda soberano
Del bien de su pueblo amigo,
Porque sirva de castigo
Y de amparo de su grey.

Así el noble Nazarita,
Rey y luz del huerto ameno
De Granada, Edén terreno
Modelado en el Korán,
Sus alcázares habita
De virtud siendo rocío,
Siendo rayo del impío,
Y decoro del Islám.

Vencedor, nunca vencido,
Rey piadoso, juez severo,
En la lid buen caballero,
Y en la paz sol de su fé:
De sus pueblos bendecido,
De enemigos respetado,
Y de fieles rodeado,
El escelso Amir se ve.

Y así mora el Nazarita
Sus alcázares dorados,
Misteriosamente alzados
Del placer para mansion.
Mas ¿quién sabe si él habita
Su morada encantadora,
Y el pesar oculto mora
En su régio corazon?

Triste, insomne, solitario,
Como sombra taciturna
Que á su nicho funerario
Un conjuro hace asomar,
A las brechas angulares
De su torre de Comares
En la lobreguez nocturna
Tal vez asoma Al-hamar.

Apoyado en una almena
De la gigantesca torre,
Del rio que á sus piés corre
Oye distraido el són,
Y contempla en los espacios,
Que la espesa sombra llena,
De su corte y sus palacios
El fantástico monton.

Pertináz á veces mira
Del fresco valle á la hondura,
Sombra, espacio y espesura
Anhelando penetrar :
Muévese allí el áura mansa
No más : de mirar se cansa,
Y el rostro vuelve y suspira
Melancólico Al-hamar.

¡Cuántas veces en la almena
Le sorprende la mañana,
Y al afan que le enagena
Treguas da su resplandor:
Y sin dar un hora al sueño
De Granada vuelve el dueño
De sí á echar lo que le afana,
De sí mismo vencedor!

Mas ¿quién lée sobre su frente
El oculto pensamiento
Que tras ella turbulento
Lleva al alma de él en pós?
Solo aquel que da igualmente
Las venturas y los males,
Y las dichas terrenales
Con el duelo acota. —Dios.

Dios, que tierra y mar divide,
La eternidad sonda y mide,
Del espacio sabe el límite,
Y del mundo ve el confin.
Dios, cuya grandeza canto,
Y con cuyo nombre santo
Al LIBRO DE LOS ALCAZARES
Reverente pongo fin.

LIBRO DE LOS ESPIRITUS

RECUERDOS.

¿Que flor no se marchita?
¿Cuál es el fuerte roble
Que el huracan no troncha
O el tiempo no carcome?
¿Que dicha no se acaba?
¿Que hora veloz no corre?
¿Que estrella no se eclipsa?
¿Que sol nunca se pone?

¿Adonde está el alcázar
En cuyas altas torres
La tempestad no ruge
Cuando el nublado rompe?
¿Quién es el que ha cruzado
El piélago salobre
Sin que su nave un punto
La tempestad azote?

¿Quién fué por el desierto
Pisando siempre flores?
¿Ni quién paso la vida
Sin duelos ni pasiones?
¿Ni quién es el que en calma
Durmió todas las noches
Sin que el pesar un punto
Tenido le haya insomne?

Ninguno. El rey altivo
Como el esclavo pobre,
Al reclinar cansados
Su frente por la noche,
Ya en mendigada paja,
Ya en ricos almohadones,
Perciben que un gusano
El corazon les röe.

Es el afan secreto
Que agita eterno, indócil
Al corazon, y gira
Con la veleta móvil
Del pensamiento vano.
¡Dichoso el que conoce
Que Dios tan solo llena
El corazon del hombre!

Por eso el Nazarita,
Que aunque de Dios favores
Sin tregua ha recibido,
A humanas condiciones
Sujeto está, va presa
De afanes interiores
Rumiando pensamientos
Que su atencion absorben.

Va solo, atravesando
El enramado bosque
Que cubre el fresco valle,
Donde al mullido borde
De fuente cristalina
Que mana entre las flores,
Un sueño misterioso
Le embelesó una noche.

Va solo, meditando
Los ágrios sinsabores,
Que dánle de su reino
Civiles disensiones.
De Dios pesa la mano
Sobre su pueblo: y torpe
Tal vez contra sí mismo
Va á dirigir sus golpes.

¿Qué han hecho al fin sus sábios
Proyectos creadores?
¿Qué al fin han producido
Tesoros tan enormes
Como él ha dispendiado
Para elevar el nombre
De su gentil Granada
Sobre el de cien naciones?

Cubrió los verdes cerros
De gigantescas moles:
Tornó en frondosos cármenes
Sus valles y sus montes:
Mas la soñada dicha
De sus intentos nobles
¿Dó está, si á los humanos
No pudo hacer mejores?

Riqueza dió á los Moros,
Con la riqueza dióles
Poder, victoria, fama...
Mas dió á sus corazones
Con ella mas deseos
Y orgullo y vicio dobles:
Y al fin ¿qué es lo que logra?
Doblar sus ambiciones.

Con ellas la discordia
Germina al par : mayores
Triunfos tal vez alcancen
Sus armas : tal vez logren
A empresas mas gloriosas
Dar cima, y sus pendones
Clavar sobre los muros
Que á los contrarios tomen.

Mas ¡ ay cuando su fuerza
Contra ellos mismos tornen!
Mas ¡ ay cuando su ciencia
Se emplee en invenciones
De pérfida política,
De códigos traidores
Que, leyes pregonando,
Su destruccion pregonen :

Y el reino que él fundara
De tanto afan á coste,
Por él seguro acaso
De estrañas invasiones,
Tal vez consigo mismo
Luchando se destroce,
Y abra á un sangriento circo
Su alcázar sus balcones!

Tal vez un rey cristiano,
Sagaz y fuerte entónces,
Desde Castilla viendo
Los Arabes discordes,
La hoguera de sus iras
Certeramente sople
Y al frente de Granada
Presente sus legiones.

Así Al-hamar discurre,
Con cálculos precoces
Llorando por Granada,
La flor de sus amores.
Así Al-hamar se aflige,
Y á solas por el bosque
Se mete, absorto y triste
Con sus cavilaciones.

Era una hermosa tarde
De Abril : los resplandores
Del sol, que á ocaso baja
Manchando el horizonte
Con tintas de oro y púrpura,
Los pardos torreones
Alumbra de la Alhambra
Con rayos tembladores.

Ya la última montaña
A largo andar traspone
El sol : ya dora solo
Los altos miradores
De los palacios árabes :
Cayendo al fin se esconde
Tras la montaña entero,
Y allá la mar le sorbe.

El pálido crepúsculo,
Que va tras él, recoge
La luz que al dia resta :
Da un paso mas, y el orbe
Con cuanto bello abarca
En lúgubres crespones
Emboza poco á poco
La silenciosa noche.

Nubló su espesa sombra
Los ojos brilladores
Del distraido príncipe,
Y al mundo real volvióle;
Volver quiso él las bridas
De su caballo, dócil
A su llamada siempre,
Pero rebelde hallóle.

Era el caballo de árabe
Raza, leal y noble;
Mas por la vez mi primera
Su orígen desmintióse.
La voz de su ginete
Desconoció: aplicóle
La espuela y, al sentirla,
Feróz encabritóse.

Mira Al-hamar en torno
Si hay algo que le asombre,
Y al estender la vista
El sitio reconoce;
Junto á la fuente se halla
A cuyo són durmióse
Años atrás soñando
Con célicas visiones.

La idea mas recóndita
De su cerebro entónces
Se levantó espantando
Su corazon. Las dotes
Divinas del espíritu
Que allí le habló: los dones
Que recibió del cielo
Desque á él aparecióse:

Su celestial historia,
Sus celestiales órdenes
Que obedeció arrastrado
De impulsos superiores:
De gloria y de opulencia
Las altas predicciones,
En todo con sus místicos
Oráculos conformes,

Todo fué cierto; todo
Cual lo soñó cumplióse.
¿No será, pues, su raza
Quien sus afanes logre?
¿No es, pues, el Dios que adora
El Dios de sus mayores,
Y él hizo una diadema
Con que otro se corone?

Su mente oscurecieron
Densísimos vapores:
Dudó: tembló dudando:
El corazon turbósele,
Y así esclamó en la sombra
Con temorosas voces,
Que ahogó el murmullo manso
Del manantial y el bosque:

« Espíritu, que el fondo
« De ese raudal esconde,
« Yo obedecí sumiso
« Tus misteriosas órdenes
« Y soy la sola víctima
« De tu presencia; tórname,
« Pues, á la fé primera,
« O con tu ley abóname. »

Dijo : y, como acosado
Por invisible golpe,
Saltó el caballo fiero
Con repentino bote,
Por medio de las sombras
Lanzándose á galope :
Y el rey arrebatado
A su pesar sintióse.

LA CARRERA.

I

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvage
Ganando á saltos locos la tierra desigual,
Salvando de los brezos el áspero ramage
A riesgo de la vida de su ginete real.
El con entrambas manos le recogió el rendage
Hasta que el rudo belfo tocó con el pretal;
Mas todo en vano: ciego, gimiendo de corage,
Indómito al escape tendióse el animal.

Las matas, los vallados, las peñas, los arroyos,
Las zarzas y los troncos que el viento descuajó,
Los calvos pedregales, los cenagosos hoyos
Que el paso de las aguas del temporal formó,
Sin aflojar un punto ni tropezar incierto,
Cual si escapara en circo à la carrera abierto,
Cual hoja que arrebatan los vientos del desierto,
El desbocado potro veloz atravesó.

Y matas y peñas, vallados y troncos
En rápida, loca, confusa ilusion
Del viento á los silbos, ya agudos, ya roncos,
Pasaban al lado del suelto bridon.
Pasaban huyendo cual vagas quimeras
Que forja el delirio, febriles, ligeras,
Risueñas ó torvas, mohinas ó fieras,
Girando, bullendo, rodando en monton.

Del álamo blanco las ramas tendidas,
Las copas ligeras de palmas y pinos,
Las varas revueltas de zarzas y espinos,
Las yedras colgadas del brusco peñon,
Medrosas fingiendo visiones perdidas,
Gigantes y mónstruos de colas torcidas,
De crespas melenas al viento tendidas,
Pasaban en larga fatal procesion.

Pasaban, sueños pálidos, antojos
De la ilusion: fantásticos é informes
Abortos del pavor: mudas y enormes
Masas de sombra sin color ni faz.
Pasaban de Al-hamar ante los ojos,
Pasaban aturdiendo su cabeza
Con diabólico impulso y ligereza,
En fatigosa hilera pertinaz.

Pasaban y Al-hamar las percibia
Pasar, sin concebir su rapidez,
En mas vertiginosa fantasía,
En mas confusa y tumultuosa orgía,
Mas juntas, mas veloces cada vez :
Y atronado su espíritu cedia
A la impresion fatídica, y corria
Frio sudor por su morena tez.

Y en su faz estrellándose el viento,
La ponia en nerviosa tension,
Y cortaba el camino al aliento,
Y prensaba el cansado pulmon;
Y, golpeando en sus sienes sin tiento
De su sangre el latido violento,
Sus oidos zumbaban con lento
Y profundo y monótono són.

Ya creía que, huyendo el camino
Del corcel bajo el cóncavo callo,
Galopaba sobre un torbellino,
Mantenido en su impulso no mas;
Ya creía que el negro caballo,
Por la ardiente nariz y los ojos
Despidiendo metéoros rojos,
Rastro impuro dejaba detrás.

Ya sorbido por denso nublado,
Con la lluvia, el granizo y centellas
De que lleva su vientre preñado,
Cree que va fermentando á la par;
Nubes cruza tras nubes, y en ellas,
Del turbion al impulso sujetos,
Mira mil nunca vistos objetos
Remolinos eternos formar.

De este vértigo horrible transido
Caminaba á las riendas asido,
En los corvos estribos seguro
Y entre el uno y el otro borrén
Empotrado, dejando abatido
Por el bruto llevarse en lo oscuro;
Y empezaba á perder el sentido
Del escape mareado al vaiven.

Rendido y las fuerzas perdiendo
Al vértigo intenso cedió;
Y loco el cerebro sintiendo,
Los ojos cerrar no pudiendo
La ciega mirada fijó,
Tenaz contraccion manteniendo
No mas su equilibrio, y corriendo
Cual otro fantasma siguió.

Y espacios inmensos cruzando,
Y atrás á la tierra dejando,
Las vallas de sombra saltando
Que cercan el mundo mortal,
Creyóse su mente perdida
En tierra jamas conocida,
Region de otra luz y otra vida,
De atmósfera limpia é igual.

Y vió que un alba serena
Con blanquísimos reflejos
Amanecia á lo lejos
En esta nueva region:
Y el alma, exenta de pena
Cruzando el éter tranquilo,
Volaba á un eterno asilo
En otra inmortal mansion.

Suavísimo arrobamiento,
Deliquio dulce invadióle,
Y encima del firmamento
En el Edén se creyó.
Luz vaga alumbró su mente
Y ante los ojos pasóle
El Paraíso esplendente
Que Mahomad visitó.

El místico y nocturno
Vïaje del Profeta
Juzgó que iba á su turno
Sobre el Borak á hacer (1):
Y la ilusion sujeta
A lo que de él relata
La bóveda de plata
De un cielo empezó á ver.

Los astros vió suspensos
De auríferas cadenas
Y sus lumbreras llenas
De espíritus de luz:
Espíritus inmensos (2)
En formas de caballos,
De corzos y de gallos
De enorme magnitud.

Vió islas encantadas
Flotando en los espacios,
Con templos de topacios
Y muros de marfil:
Y casas fabricadas
De nácar, cuyas puertas
De ébano dan abiertas
Sobre jardines mil.

Allí sobre alhamíes
De cedro y palo-rosa,
Bajo la sombra undosa
Del tilo y del moral,
Yacer vió á las huríes
Que, á mil amores tiernas,
Conservarán eternas
Su gracia virginal.

Y atravesó campiñas
Fresquísimas y amenas,
De bosques de ámbar llenas
Y cerros de cristal,
Y prodigiosas viñas,
Que en frutos dán opimos
Las perlas en racimos
En tallos de coral.

Vió grutas pintorescas
Por Sílfides moradas,
Cubiertas sus portadas
Bajo el flotante tul
De mil cascadas frescas
Que, atravesando prados
De hermoso añil sembrados,
Van tintas en su azúl.

Caer las vió en riberas
Donde reposan mansos
Los mónstruos y las fieras
De tierra, viento y mar :
Y en plácidos remansos,
El sueño entreteniéndolas,
Vió cisnes y oropéndolas
Bañarse y juguetear.

Y vió dorados peces
En tumultuoso bando
A flor de el agua á veces
Pacíficos nadar,
Y á veces elevando
Por cima de las olas
Los lomos y las colas
La orilla salpicar.

Vió luego estos rios
Crecer sin vallares,
Perdiéndose en mares
De leche y de miel :
Y en ellos navíos
Do van los amores
Meciéndose en flores
De uno á otro bagel.

Murmullo tras ellos
Levantan sonoro
Mil góndolas de oro
De concha y marfil,
Do van Silfos bellos
Vogando con velas
De chales y telas
De seda sutil.

Espuma levantan
Inquietos remando
Los mil gondoleros
Que van tripulando
Los barcos veleros;
Y danzan ligeros
Y armónicos cantan
Alegre cancion:

Y mil gayas aves,
Que siguen las naves,
Al sol esponjando
Sus plumas distintas
De mil varias tintas
De azúl, gualda y oro,
Imitan en coro
Del cántico el són.

Al lejos el viento
Responde á su acento
Allá en la arboleda
Moviendo rumor :
Y el éco, que atento
En lo alto se queda,
Burlon le remeda
Cual sabe mejor.

El cuadro divino,
La paz, la ventura,
Perfume, frescura
Y luz celestial
De aquel peregrino
Pais, torna pura
Al rey granadino
La calma vital.

Y en rápido vuelo
Pacífico y blando
Los aires surcando
Se siente llevar :
Y ve que, sin suelo
Do fije el caballo
El áspero callo,
Cruzando va el mar.

Del líquido el fondo
Contempla pasando,
Y alcanza mirando
Del agua al trasluz
El álveo redondo,
Que puebla radiante
Cohorte flotante
De peces de luz.

Sutiles vapores
Le impelen süaves
Y costas y naves
Se deja detrás:
Y espacios mayores
Cruzando en su vuelo
Aborda del cielo
Las costas quizás.

Avanza y niebla
Pálida ve
Que el aire puebla,
Segun pié á pié
Ganando va
Aquel estenso
Espacio inmenso
Do errando está:

Y le parece
Que se ennegrece
Mar, niebla y viento
En torno de él,
Y que se acrece
Cada momento
El movimiento
De su corcel.
Anocheche,
Y oscurece
Mas apriesa
Cada vez
El ambiente,
Que se espesa
Con creciente
Lobreguéz.
El camino
Desparece :
Y, sin tino
Ni destino
Que comprenda,
Sobre senda
Audazmente
Carrilada
Por un puente
De movible
Tirantéz
Tan delgada

Como el hilo
En que se echa
Descolgada
Una oruga ,
Como arruga
Que en tranquilo
Lago tiende
Cuando hiende
Su agua el pez ,
Tan estrecha
Como el filo
De una espada,
Como flecha
Disparada,
Cual centella
Desatada,
Va sin huella
Perceptible
El perdido
Nazarita,
Con horrible
E infinita
Rapidéz.

Es el puente
De la vida (3),
Que la gente

A luz venida
Há por fuerza
De pasar.
El que intente
Y haga entera
Su carrera,
Y de frente
Sin caida
La salida
Logre hallar,
Por las puertas
Celestiales
A las huertas
Inmortales
Como un ángel
Ha de entrar,
Las delicias
Eternales
Y los gustos
Perenales
De los justos
A gozar.

A este paso
Tan estrecho,
(Cuyo escaso
Corto trecho

Es camino
Tan dudoso
De cruzar,
Pero fallo
Riguroso
Del destino
Y ley santa
Que acatar),
Se adelanta
Vigoroso
El caballo
Misterioso
De Al-hamar.

Temeroso
De mirar,
Espumoso,
Siempre hirviente,
Rebramando
Eternamente
Y azotando
Siempre el puente
Con horrísono
Bramar,
Bajo de él
Hierve el mar.

Israfel
Allí está
Para ver
El que va
Sin caer,
Y pasar
No dejar
Al infiel :
Y hé aquí
Que por él
Va á pasar
El corcel
De Al-hamar :

Llega, avanza :
Ya se lanza,
Ya en él entra,
Ya se encuentra
Suspendido
Sobre el puente
Sacudido
Por el piélago
Bullente,
Cuyo cóncavo
Rugido
Se levanta
Sin cesar.

Aturdido,
Sin mirar
A la indómita
Corriente
Que le espanta,
Sin osar
Aspirar
El ambiente
Que le anuda
La garganta,
Sin que acuda
Tierra ó cielo
En su ayuda,
Vuela y pasa,
Justiciero
Rey prudente,
Juez severo
Y valiente
Caballero,
El primero
De la casa
De Nazar.

El puente
Vacila :
El príncipe
Oscila,

Perdido
El sentido,
Demente,
Transido
De horror.

Ya toca
La opuesta
Ribera :
Ya poca
Carrera
Le cuesta.
¡Valor!
Ya llega :
Le ciega
El pavor.
¡Ah! ¡Dadle
Favor!
¡Salvadle,
Señor!

Saltó.
Pasó
Con bien
Y allá
Cayó

De pié.

Salvo

Fué.

¡Oh!

Ya

¿Quién

Ve

Do

Va?

LIBRO DE LAS NIEVES.

INSPIRACION.

No hay mas que un solo Dios (1). El solo es grande,
Solo infinito, omnipotente solo.
Nada hay que para ser no le demande
Licencia: él pesa la virtud y el dolo,
Y el premio envia ó el azote blande.
Todo lo oye y lo vé de uno á otro polo,
Y cosa no hay por elevada ú honda
Que á su mirada universal se esconda.

No hay mas que un solo Dios, cuya crëencia
Luz es y salvacion: do quier la marca
Brilla de su poder y de su ciencia.
Dios solo es triunfador (2); solo monarca
Del universo es El: su omnipotencia
Con ley universal todo lo abarca:
Su presencia inmortal todo lo inunda,
Todo lo vivifica y lo fecunda.

Él los mundos arregla ó desordena
Segun su escelsa voluntad divina:
Él al tiempo dirige: él encadena
Los elementos á sus piés: domina
El huracán: tras el nublado truena:
Luce á través del alba purpurina:
Entapiza con nieve las montañas,
Y abrasa con volcanes sus entrañas.

El murmullo del agua, el són del viento,
El susurro del bosque estremecido
Por sus inquietas ráfagas, el lento
Arullo de la tórtola, el graznido
Del cuervo vagabundo, todo acento
Por ave, fiera ó éco producido,
El nombre santo de su Dios pronuncia,
Su gloria canta, su poder anuncia.

Él los errantes astros encamina:
Él azula la atmósfera serena:
Él crea y él destruye, alza y arruina:
Él, infalible juez, salva y condena:
Él solo ni envejece, ni declina:
Él solo el hueco de los mundos llena:
El orbe encima de su palma cabe:
Solo él no yerra nunca: solo él sabe.

No hay mas que un solo Dios. Los que le niegan
Con altivez blasfema, palidecen
Cuando al umbral de su sepulcro llegan:
Los que en su ciencia ruin se ensoberbecen
Y de ÉL se mofan, al morir le ruegan.
Por ÉL existen y por ÉL perecen
Todos. No hay mas que un Dios. Ante su nombre
¿Qué es el orgullo y el saber del hombre?

Siglo, que audáz el de la luz te llamas
Y por miles de plumas y de bocas
El manantial de tu saber derramas:
Siglo de ciencia, que el error derrocas,
La virtud premias y el ingenio inflamas:
Siglo, que dices que à la cumbre tocas
De la dicha, que el mundo civilizas
Y tu raza de sabios divinizas:

Siglo de prensas y de bolsa y ágio,
Que, en carros de vapor, hasta la luna
Intentas difundir el gran contágio
De la ciencia, y parar á la fortuna
Con tus empresas mil... ¡siglo de plágio
Que, en solos nueve lustros, en sí aduna
Mas *maestros, artistas* y *doctores*
Que hubo en ciento estudiantes y lectores!...

¿De dónde vienen los que nacen? ¿Dónde
Ván los que mueren? ¿Dónde, en qué lejano
Lugar se acuesta el sol? ¿En cuál se esconde
La luna de su luz? ¿Cuál es la mano
Que les guia á los dos? Habla, responde,
Orgullo necio del saber humano,
Hojéa el libro de tu ciencia osada:
¿Qué es lo que sabes de tu orígen? — NADA.

No hay mas que un solo Dios, que nada ignora:
EL conoce las puertas de la tierra;
Abre las de la cuna y de la aurora:
Las de la noche y de la tumba cierra.
Más allá de las dos ÉL solo mora,
EL solo sabe lo que allá se encierra;
De allá viene, allá va quien nace y muere.
¿Porqué? Su voluntad así lo quiere.

Mas detente ¡oh Espíritu divino!
¡Oh Arcángel de la Fé! Tú, cuyo paso
Buscando un dia al corazon camino
Ahogó á las Musas y aplanó el Parnaso:
Unico fuego que del cielo vino,
Calma tu inspiracion en que me abraso:
No ensayes en el arpa del poeta
Los cantos del salterio del Profeta.

Mi limitada comprension humana,
Mi ruda voz y tosca poesía
Eleve, sí, tu inspiracion cristiana
Y dignas sean de la patria mia.
Enaltece mi ingénio, porque ufana
Pueda hijo suyo apellidarme un dia,
Y de mi nombre, si al olvido vence,
La tierra en que nací no se avergüence.

Mas dejemos al siglo ir desbocado
De los pasados siglos tras la herencia,
En el carro del oro arrellanado,
O suspendido en alas de la ciencia.
Dejémosle seguir la ley del hado
Segun su voluntad ó su conciencia,
Sin que perturbe su insensata orgía
El himno audáz de la crëencia mia.

Tiéndeme, pues, tus alas de zafiros,
Y lejos de él transpórteme tu vuelo
Donde sus carcajadas y suspiros
No desgarren del aire el puro velo.
De él á través con luminosos giros
Alzame adonde, con eterno hielo
Cubriendo su cerviz, Sierra-Nevada
Salutíferas áuras da á Granada.

Llévame á los recónditos asilos
De aquellas misteriosas soledades,
Cuyos mónstruos de nieve ven tranquilos
Nacer y perecer razas y edades.
Muéstrame las cavernas y los silos
Donde ván á dormir las tempestades,
Por cima del peñon desconocido
En que suspende el águila su nido.

Del Supremo Hacedor la sábia mano
No creó sin destino esos lugares
Inaccesibles al orgullo humano :
Ni, envueltos en sus mantos seculares
De nieve espían sin cesar en vano
Esos gigantes blancos tierra y mares.
Subamos, pues, sobre las áuras leves
Al misterioso alcázar de las nieves.

LA CARRERA.

II

En las desiertas cumbres que la sierra
A las legiones de la luz levanta,
Paso al cielo tal vez desde la tierra :
Allí, donde árbol, animal, ni planta,
Ni vegeta, ni vaga, ni se encierra
Bajo la eterna nieve, y se quebranta
Cuanto vida ó calor toma del suelo
Al peso de una atmósfera de hielo,

Se abre por las montañas un camino,
Mas bien un tajo, que sus breñas parte
Como una faja de planchado lino,
El cual dirige al colosal baluarte
De la nieve. Jamás tan peregrino
Sendero supo fabricar el arte,
Ni inspirarle á la mente mas risueño
Maga oriental en hechizado sueño.

A ambas orillas de su senda blanca
Labra caprichos mil el aire helado,
Que el ámpo trae que el remolino arranca,
Dejándole do quier cristalizado.
La agua congela y el vapor estanca
Y cincela sutil filigranado
Del hielo en el cristal, cuyas labores
Descomponen la luz en mil colores.

Mas como sus espléndidos reflejos
De la nieve se estrellan en la alfombra,
Y en el mate cristal de sus espejos
Mata al color la blanquecina sombra,
Todo es blanco do quiera, cerca y lejos :
Todo el pais descolorido asombra
Con su igualdad la vista : blanco el suelo,
Blanco el espacio puro, blanco el cielo.

Y allá del peñascal en la estrechura,
Por el lugar do empieza este sendero
A blanquear en el fin de la llanura,
Comienza á negrëar bulto ligero.
Crece... se aclara como va la altura
Ganando. Es un mortal : un caballero
Moro : y, conforme lo velóz que sube,
Parto fué su corcel de alguna nube.

El ámpo de la nieve no desflora
Con el herrado casco en su carrera,
Y, al ver la forma aérea y voladora
De ginete y corcel, se les tuviera
Mejor por ilusion fascinadora
Que por seres de vida verdadera:
Pues ¿quién sino fantásticas visiones
Osaran aribar á estas regiones?

Mas ¿quién bajo los pliegues ve espumosos
Del mullido tapiz de copos leves?
¿Quién conoce los seres vaporosos,
Que la region habitan de las nieves?
¿Quién sabe qué destinos misteriosos
Les dió aquel que, con dos palabras breves
Cuando hizo el orbe, al hielo cristalino
Del sol su destructor puso vecino?

El solo, Dios. Recóndito misterio
Envuelve los contornos liminares
De aquel helado y silencioso imperio
Escondido entre rocas seculares.
Solo él ve lo que encierra este emisferio,
Por entre cuyos blancos valladares
La árdua ascension al último acomete,
Cual suelta nube, el Arabe ginete.

De peñon en peñon, de risco en risco,
El tortuoso camino va siguiendo
Sobre su negro potro berberisco,
Y á los nublados bajo sí va viendo
Fermentar en sus vientres el pedrisco
De invisibles torrentes al estruendo,
Y segun sube hácia la azúl esfera
Va aflojando el caballo su carrera.

¿Quién es? — Vuela perdido en la distancia :
Su forma es vaga sombra todavía.
¿Dó va? — ¿Y quién su poder ó su arrogancia
Sabe? Tal vez á la mansion del dia.
Genio, tal vez allí tiene su estancia :
Mortal, de un filtro acaso se valdria;
Mas yá trepa al confin: ya poco á poco
Modera su corcel su ímpetu loco.

Ya
Se
Ve
Que
Dando
Se va,
Mas blando
Al freno.

Ya no bota
De ira lleno,
Ni va ageno
De derrota
Desbocado,
Como mata
Que arrebata
Desbordado
Rapidísimo
Turbion.

Ya se dilata
Su fáuce henchida
De comprimida
Respiracion,
Y, violento,
Lanza el aliento
Que le sofoca
De su pulmon,
Con resoplido
De dolorido
Cóncavo són.

Doble columna gruesa
De fatigoso aliento,
Que hace vapor el viento

Sutil de esta region,
Cual humareda espesa,
Por la nariz opresa
Vierte tras sí en la atmósfera
El árabe bridon.

Ya deja la boca herida
Mas libre al bocado obrar,
Y más siente ya la brida
Que pudo el señor cobrar.

Ya el vértigo loco cediendo
Que ciego siguió á su pesar,
Va su ímpetu fiero perdiendo
Y empieza cansancio á mostrar.

Ya su rápido escape acortando
Detenerse pretende quizá :
Ya se templa, é igual galopando
Va en un aire pacífico ya.

Y aunque de espuma y de sudor blanquea,
Relincha audáz é inquieto cabecea ;
Y aunque jadeando de fatiga está,

Aun piafa y se encabrita y escarcea,
Y los hijares con la cola airea,
Y corvos saltos de costado da.

Ya cambia: ya el trote medido levanta,
Y, el cuello engallado, segura la planta,
Altivo en la sombra mirándose va.

Ya lenta y suavemente su dueño le refrena:
Se acorta: ya en el paso su marcha va serena,
Recógele: obedece: paró. ¡Loado Aláh!

¡Vertiginoso vuelo! ¡fantástica carrera!
Más rápido su impulso que el de las nubes era:
Caballo y caballero volaban á la par
En alas de un nublado. La alondra mas ligera,
Ni el águila mas ráuda, pujante y altanera,
Pudieron un instante su rapidez tomar.

Al fin cesó. — Las bridas en el arzon dejando,
Los miembros estendiendo, con ánsia respirando,
Repúsose el ginete sobre la silla al fin:
Y absorto las miradas en derredor tendiendo,
Se halló de estensas nieves en un desierto horrendo,
Océano de hielo sin costa, ni confin.

¡Ni flor, ni fiera, ni ave por la region estraña
Do se contempla aislado! — Solo hay una montaña
Que gruta cristalina taladra por el pié.
¿Y un mar y un paraíso, que ha visto el caballero,
De espíritus y genios poblados? ¿Y el sendero
Por do hasta allí ha subido? — Delirio, sueño fué.

Sobre la nieve intacta ni rastro ve ni huella,
Ni marca de camino en rededor sobre ella;
Todo es una esplanada inmensa, sola, igual.
No hay mas que nieve. Es blanca la claridad del cielo:
Blanco el espacio: blanca la inmensidad del suelo:
Los horizontes blancos. ¿Qué busca allí un mortal?

¿Adónde esta comarca estéril y desierta
Da paso? ¿De qué silos recónditos es puerta
Su misteriosa gruta? ¿qué mano la labró?
Tal vez en ella moran espíritus dañinos
Que á los mortales odian, y los fatales sinos
En dirigir se ocupan del que mortal nació.

Tal vez es la risueña y espléndida morada
De algùna dolorida y encantadora fada,
Que el vano amor lamenta que puso en un mortal.
Tal vez es la bajada del reino del olvido,

Adonde caen las almas despues de haber salido
De la penosa cárcel del cuerpo terrenal.

¿Quién sabe? El caballero al pié de la montaña
Ante esta gruta, que ornan de arquitectura estraña
Labores y arabescos de nácar y cristal,
Permanecia inmóvil: cuando hé aquí que el éco,
Hendiendo sonoroso su embovedado hueco,
Le trajo estas palabras en canto celestial.

« Ilustre y venturoso
Caudillo Nazarita,
La gloria y el reposo
Te aguardan á la par.
Tu mente, que no alcanza
Misterio tal, se agita
Dudosa en vano. —Avanza,
Avanza, ¡oh Al-hamar! »

Es Al-hamar: el noble monarca granadino.
Es él, que arrebatado sobre las áuras vino
A dar en esta helado é incógnita region.
Es Al-hamar: su nombre retumba por el hondo
Cóncavo de la gruta, cuyo vacío fondo
Repite de su canto el fugitivo són.

A este éco, en la sonora profundidad perdido,
Cual de invisible fuerza magnética impelido
El árabe caballo feróz se encabritó.
Asir quiso el ginete las bridas, mas fué tarde :
Piafando y relinchando con orgulloso alarde
Por la sonora gruta el palafren entró.

ALCAZAR DE AZAEL.

Lanzóse el bruto indómito,
Con arrogante empeño
Luchando con su dueño,
Que cede á su vigor,
Por bajo de una bóveda
De fàbrica divina,
Tan pura y cristalina,
De tan sutil labor,

Que su techumbre cóncava
De transparente hielo
La claridad del cielo
Deja a través gozar,
Y, en un inmenso pórtico
De regia arquitectura,
Mas diáfana y mas pura
La viene á derramar.

Mas ¿qué mirada humana
Á penetrar se atreve
En esta soberana
Morada celestial?
¿Qué mano alza profana
Él pabellon de nieve,
Que los misterios debe
Velar de un inmortal?

El techo, almohadillado
Con planchas de diamantes,
La lumbre en mil cambiantes
Del sol vierte á trasluz,
Y el suelo, trabajado
Sobre cristal de roca,
Su brillantez provoca
Volviéndole su luz.

Los límpidos pilares,
Do asienta la segura
Soberbia arquitectura
Su peso colosal,
En torno, transparentes,
Reflejan á millares
Los círculos lucientes
Del Iris celestial.

Y de este centelleante
Alcázar encantado,
Que en hielo está labrado
Y entre la nieve está,
Al interior radiante,
Do alguna maga habita,
El noble Nazarita
Adelantando va.

Del luminoso pórtico
Del diáfano edificio
Apena el frontispicio
Magnífico pasó,
Entró bajo una espléndida
Colgada galería,
Que á un patio conducia
Que á su remate vió.

El firme pavimento
Retiembla estremecido
Bajo el galope unido
De su véloz corcel,
Su paso y movimiento
El éco prolongado
Del huéco artesonado
Marcando detrás de él.

De aquella galería
Cruzó la luenga arcada:
Pasó de otra portada
Por bajo el arco: entró
Al patio, que véia
De lejos, y el ardiente
Caballo de repente
Plantóse y relinchó.

Cual la espiral flotante
Del humo que despide
Pebete en que fragante
Perfume ardiendo está,
Y ráfaga perdida
Por bajo la divide,
Y la mitad partida
Leve á la altura va:

Poder así invisible
En paso imperceptible
Caballo y caballero,
Sin fuerza separó;
Y el bruto cual ligero
Vapor desvanecido,
De él libre y dividido
El príncipe se vió.

Miró Al-hamar en torno
Y, al contemplar de cerca
La fábrica y adorno
Del patio de cristal
Hecho, ó tallado en hielo,
Halló que era un modelo
Del patio de la alberca
De su palacio real.

Aquel es el arranque
De su alta torre : aquellos
Los ajimeces bellos (3)
Que sobre el patio dan :
Aquel es el estanque :
Los arrayanes estos
Que, por su mano puestos,
En su redor estan.

Aquellos los pilares
Del corredor : aquellas
Las bóvedas de estrellas
De cedro y de marfil ;
La estancia de Comares
Aquella, do su mágia
Dejó la *comarájia* (4)
En su labor sutil.

12

Los ricos tiene en frente
Calados pabellones
Del patio de leones,
Con su oriental jardin:
Y allí está el mar bullente,
Que al Hierosolimita (5)
De Salomon imita;
Es otra Alhambra en fin.

Es otra Alhambra, pero
Mas que la Granadina
Hermosa; una divina
Alhambra celestial.
Alcázar hechicero,
Labrado con vivientes
Materias transparentes
De gérmen inmortal.

Los muros trabajados
Con ricos arabescos
Y flores y estucados
Prodigios del cincel,
Los gabinetes frescos
Que adornan escrituras
Divinas, miniaturas
Del oriental pincel,

Son obra misteriosa
De soberano artista,
Que ni en humana vista
Cabrá, ni en comprension :
Y aquellos tan macizos
Muros, y quebradizos
Calados de su hermosa
Y aréa mansion,

En su materia mística
Encierran una esencia,
Que infunde una ecsistencia
A su insondable sér :
Y toda aquella fábrica
Tan pura y transparente
Es creacion viviente
De incógnito poder.

Mirábala embebido
El Nazarita príncipe
Cuando llegó á su oido
La deliciosa vóz,
Que oyó de la caverna
En la estension interna
Sonar, cuando detúvose
Su palafren velóz.

Y la escondida música,
Que en torno de él resuena
De júbilo le llena,
Le embriaga el corazon,
Y la palabra mística
De aquel cantar de gloria
Le trae á la memoria
Antigua aparicion.

Dibújase en su mente
Un valle de Granada
Con una fresca fuente
De lánguido rumor,
En una perfumada
Noche, sin nube alguna
El cielo, de la luna
Plateada al resplandor.

Y cuanto mas escucha
Su armónico concierto,
Un rumbo va mas cierto
Tomando el corazon,
Triunfante de la lucha
Con la ilusion pasada
Del valle de Granada,
Al comprender su són.

— « Salud ¡oh Nazarita!
Bien llegues á las nieblas
Cuya region habita
Tu genio protector.
Ha visto en las tinieblas
Resplandecer tus ojos :
Te conoció, y de hinojos
Dió gracias al Señor.

« Su vista rutilante,
Que el universo abarca,
Posada en tu semblante
Desde tu cuna está,
Y el dedo omnipotente
Sobre tu noble frente
Grabó la régia marca,
Que á conocer te da.

« Naciste favorito
Del genio y de la gloria;
Tu nombre fué victoria,
Tu voluntad ley fué.
Tu tiempo es infinito,
Profundas son tus huellas,
Propicias las estrellas
Son á Nazar: tén fé.

« Avanza, Nazarita;
Radiante aquí tu estrella
Con viva luz destella,
Aquí en tu Alhambra estás:
Aquí mana infinita
La fuente del consuelo.
Avanza, aquí del cielo
Mas cerca reinarás. »

De la celeste música
La letra así decia,
Y, atento á su armonía,
El príncipe Al-hamar
Permanecia atónito
Sin voz ni movimiento,
En dulce arrobamiento
Gozando sin cesar.

El agua, de que llena
La alberca está, ondulante
Refleja cada instante
Mas vario resplandor,
Cual si una luz serena
Bajo la linfa clara
Recóndita radiara
Con trémulo fulgor.

Debajo de su planta
Percibe que el divino
Concierto se levanta,
Del manantial detrás,
Y al borde cristalino
De la colmada alberca,
Que está á sus piés, se acerca
Cada momento más.

Y hé aquí que en este punto
Del fondo transparente
Del agua donde siente
La música sonar,
De un sér resplandeciente
El rostro, que ilumina
La linfa cristalina,
Se comenzó á elevar.

Tocó en elház del agua
Su cabellera blonda :
Quebró la frágil onda
Su frente virginal :
Dejó el agua mil hebras
Entre sus rizos rotas,
Y á unirse volvió en gotas
Al limpio manantial.

Aéreo, puro, leve,
Cual nube vaporosa
Que mansa el áura mueve
Y transparenta el sol,
Ciñendo de oro y rosa
Flotante vestidura,
Como el del alba pura
Suavísimo arrebol :

La paz en el semblante,
La gloria en la sonrisa,
Apareció radiante
El ángel Azäel;
Y sus mortales ojos
Fijando en la improvisa
Aparicion, de hinojos
Cayó Al-hamar ante él.

Del agua se alzó fuera
Y, al esparcir el viento
Su blonda cabellera,
El aire perfumó :
Dejó escapar su aliento,
Y cuanto allí ecsistia
Su aliento de ambrosía
Con ánsia respiró.

Del suelo á la techumbre
El místico palacio
Reverberó la lumbre
De su divina fáz,
Cuya fulgente aureola
Purpúrea tornasola
El aire del espacio
Y de las aguas la ház.

Y hé aquí que su alba mano
El ángel estendiendo
Y alzando y atrayendo
Al príncipe hácia sí,
Con plácida sonrisa
Y acento soberano,
Que armonizó la brisa
Fragante, hablóle así :

« Yo visité en un sueño
Tu espíritu en la tierra,
Mostrándote halagüeño
Tu porvenir en él.
Tesoros te dí y gloria,
Tu esclava hice á la guerra,
Grabando en tu memoria
La imágen de Azäel.

« Iluminé tu ciencia,
Colmé de sàbios planes
Tu humana inteligencia
Y al logro te ayudé.
Cual tu ambicion lo quiso
Cumpliendo tus afanes,
Terreno paraíso
Tu rico imperio fué.

« Yo inoculé en tu alma
El gérmen de la duda
Para turbar la calma
De tu creencia vil :
Para que espuela fuera
Con cuya lenta ayuda
A la verdad se abriera
Tu corazon gentil.

« Brotar hice en tu suelo
Para calmar tus penas
Las aguas del consuelo,
Que á conocer te dí :
Mas de tristeza llenas
Cien noches has pasado,
Y al agua no has llegado
Cuyo raudal te abri.

« Al verte victorioso,
Temido y opulento,
Tu corazon atento
Solo á la tierra fué.
Dudaste, mas dudando
No osaste perezoso
El rostro á mí tornando
Poner en mí tu fé.

« Y hácia el fatal destino
A que traidora guia
La falsa fé, te via
Adelantar Luzbel:
Y el fin de tu camino
Mostrándome decia :
Caer era su sino :
Le pierdes, Azäel.

« Lloraba yo abismado
En mi amargura, viendo
Mi afán tan malogrado,
Tan sin valor mi fé :
Y, en mi pesar y enojo
Postrer esfuerzo haciendo,
Con temerario arrojo
Entre ambos me lancé.

« Luchamos : el Eterno,
De mi dolor movido,
Caer dejó en su oido
Su nombre y dió á mis piés.
Sumile en el infierno :
Y en alas de un nublado
Te traje arrebatado
Adonde en paz te vés.

« Los pérfidos espíritus,
Que en pós de tí traias
Las vanas fantasias
De tu creëncia ruin
Mostrábante. ¡ Quiméricos
Esfuerzos ! ¡ Sueños breves !
Ahullando, de mis nieves
Se quedan al confin.

« Mas ¡ ay ! yo te conquisto
Los cielos... y ¡ cuán caro
Me cuesta á mí el amparo
Que liberal te doy !
Dos siglos há que ecsisto
Aquí, espiando un yerro,
Y añado á mi destierro
Uno, por tí, mas hoy.

« A condicion tan dura
Tu salvacion compraba,
Nazar; mas yo te amaba
Tanto que la acepté;
No supe resignarme
A arrebatar dejarme
Tan noble criatura,
Y tu alma rescaté.

« ¡Oh! juzga bien en cuánto
Me es cara tu alma buena,
Cuando á mi larga pena
Cien soles añadí
Por ella. Ahora el santo
Fallo, inmutable, estremo,
Oye que el Juez Supremo
Fulmina contra tí.

« Hoy mismo, en apariencia,
Perecerá á las manos
De incógnita dolencia
Tu cuerpo terrenal:
Mas junto á mí ecsistencia
Tendrás, hasta que ufanos
Habiten los cristianos
Tu alcazár oriental.

« Yo les haré á Granada
Cercar como un enjambre :
Con ellos vendrá el hambre,
La muerte y el baldon :
Y talarán tus tierras,
Y en sanguinarias guerras
Tu raza aniquilada
Será sin compasion.

« Tú lo verás : estrella
Fatal para tu gente,
Tú verterás sobre ella
Roja, siniestra luz :
Y lidiarás conmigo
En pró del enemigo,
Sobre el pendon de oriente
Hasta clavar la Cruz.

« Ahogado el Islamismo
Y desbandada y rota
Tu raza, gota á gota
Su sangre en tí caerá :
Su sangre es tu bautismo,
Y este de afán y duelos
Misterio, de los cielos
Las puertas te abrirá.

« No hay mas que un Dios. Justicia
En Él no más se encierra.
Tu empresa fué en la tierra
Dios solo es vencedor:
Por eso te es propicia:
Mas nadie entra en su gloria
Sin pena espiatoria
Hasta del leve error.

« Tal es nuestra sentencia:
Tal es el purgatorio
Que la alta Providencia
Nos señaló á los dos.
Obra de nuestras manos,
En dón propiciatorio
Se han de ofrecer, cristianos,
Un rey y un pueblo á Dios.

« Tú el Rey: el pueblo el tuyo.
Tan solo dignamente
Así me restituyo
Al cielo, que dejé.
Apróntate obediente
A dividir conmigo
La gloria y el castigo
Que para tí acepté.

« ¡Sús, pues, oh Nazarita!
De Dios al pié del trono,
Rogándole en tu abono,
Le respondí de tí.
¡Sús, pues! á la bendita
Empresa apresta el brio;
Mortal, te hice igual mio;
Sé digno tú de mí. »

Dijo Azäel: estático
A su divino acento,
Embebecido, atento,
Estúvose Al-hamar:
Cedió su noble espíritu
Al celestial destino,
Y se empezó el divino
Misterio á efectüar.

« Mira, » le dijo entónces
El ángel desterrado:
Y (hácia el lugar tornado
Que el ángel señaló)
El muro en dos partido,
Sobre invisibles gonces
Girando dividido,
El Nazarita vió.

Se abrió sobre un espejo
En cuyo misterioso
Cristal, con el reflejo
De un matinal albor,
Se alumbra una campiña,
Que Mayo lujurioso
Con su fecundo aliña
Primaveral verdor.

Una ciudad, fundada
Al pié de una alta sierra,
Domina aquella tierra
Por donde arroyos mil
Serpéan : es Granada,
Su vega, sus alturas
Y las corrientes puras
De Darro y de Genil.

Espléndida cohorte
De Moros atraviesa
Por su alameda espesa
Llevando un atahud,
Y á la muralla corva
De la morisca corte
Se agolpa á verles torva
Callada multitud.

Llegáronse á la puerta
De Elvira aquellos fieles
Muslimes; allí abierta
La turba les dejó
Paso, y subiendo á espacio
La cuesta de Gomeles,
Entrada en el palacio
Bib-el-Leujar les dió (6).

La multitud atenta
Y silenciosa iba
En pós su marcha lenta
Siguiendo: y, al tocar
La puerta judiciaria,
La triste comitiva
Parose voluntaria
Dejándose cercar.

Entónces elevando
El atahud en hombros
Los que le van llevando,
Y puesto junto á él
Un Alfakí, inspirando
Do quier pavor y asombros,
« ¡Llorad! —(dijo, él llorando)
« Con lágrimas de hiél.

« ¡Llorad toda la vida,
« ¡Oh huérfanos Muslimes!
« ¡La flor de los alimes (7),
« La palma de Nazar,
« La gloria del Oriente,
« Cayó del rayo herida!
« ¡Llorad eternamente,
« Llorad sobre Al-hamar! »

Así con ronco acento
El Alfaki clamando,
Del atahud alzando
El paño funeral,
Al pueblo los despojos
Del rey mostró; y al viento
El pueblo, al caer de hinojos,
Dió un ¡ay! universal.

A este éco de agonia,
Que atravesó perdido
El aire hasta su oido,
Se estremeció Al-hamar.
Quitóse del espejo
Do escena tal veia,
Y se tornó el reflejo
Del vidrio á disipar.

« ¡Ea! » — Azäel le dijo.
« Monarca de la tierra,
« El atahud encierra
« Tu polvo terrenal;
« Mas, de los cielos hijo,
« Del atahud te exhalas.
« Desplega, pues, tus alas,
« Espíritu inmortal. »

Entónces el rey árabe
Sintióse aéreo, leve,
Cual luz que el aire mueve,
Cual nube que va en él.
Solo era ya un espíritu,
Una vision ligera,
Un alma compañera
Del angel Azael.

El silenciose vuelo
Ambos á dos alzando,
En el azul del cielo
Perdiéronse los dos;
Y, entre sus áuras leves
Su rastro abandonando,
El libro de las nieves
Concluye. ¡ Gloria à Dios!

EPILOGO.

¡Gloria à Dios! — De Al-hamar el Granadino
Así la historia celestial concluye;
Llámala el Musulman *cuento divino*,
Y en *libros* su relato distribuye.
Su sacra inspiracion del cielo vino
Y al cielo desde aquí se restituye;
Tradicion oriental, es la portada
Del oriental poema de **Granada**.

Cual dos cisnes que, al par atravesando
El mar azul con encontrado vuelo,
Isla apartada en su estension hallando
En ella toman anhelado suelo,
Reposan juntos, y à partir tornando
Tornan la anchura à dividir del cielo,
Y de su voz un punto los sonidos
Se elevan en el aire confundidos :

Como dos peregrinos que una tienda
Dividen del desierto en la desnuda
Soledad, de Al-hamar en la leyenda
Dos poetas ocúltanse sin duda.
Uno á Aláh en sus cantares se encomienda,
Otro al Dios de la Cruz demanda ayuda.
¿Quién no percibe en ella confundidos
Brotar de sus dos arpas los sonidos?

Dióles á ambos el Genio soberano
La misma inspiracion, el mismo aliento :
Mas pasando tal vez de una á otra mano
De uno y otro el armónico instrumento,
El Arabe poeta y el Cristiano
Sacan de él á la par distinto acento;
Exhalando mezclada su armonía
La Arabe y la Cristiana poesia.

Confundidos así sus dos cantares
Entonan á una voz los dos cantores,
Y de la Cruz divina los altares
El poeta oriental orna con flores
Que tegen las hurís sus tutelares;
Pero de un solo SÉR adoradores,
« NO HAY MAS QUE UN SOLO DIOS » — dice el Cristiano;
« NO HAY MAS DIOS SINÓ DIOS » — el Africano.

Tal es la historia peregrina y bella
Que os dan sobre estas hojas estendida.
Leëdla sin temor : nada hay en ella
Que la razon rechace, ó la fé impida;
La luz que de sus páginas destella
Despierta el alma á la virtud dormida,
Y eleva el corazon y el pensamiento
A la pura region del firmamento.

Lleëdla pues : y el ámbar que perfuma
De el paraíso la mansion divina,
Y el resplandor que de la Esencia suma
Derramado los mundos ilumina,
Y el rumor que levantan con su pluma
Las alas de Gabriel cuando camina,
Embalsame y alumbre y dé contento
A cuantos lean el *divino cuento.*

FIN DE LA LEYENDA DE AL-HAMAR.

GRANADA

POEMA ORIENTAL



Cristiano y Español, con fé y sin miedo,
Canto mi religion, mi patria canto.



LIBRO PRIMERO.

ESPOSICION.

I

INVOCACION.

بسم الله الرّحمان الرحيم ،

En el nombre de Dios omnipotente
Cuya presencia el universo llena,
Cuya mirada brilla en el oriente,
Nutre las plantas y la mar serena,
Canto la guerra en que la Hispana gente
Al Africa arrojando á la Agarena,
Selló triunfante con la Cruz divina
Las torres de la Alhambra granadina.

¡Espíritu de Dios único y trino,
Angel custodio de la Fé Cristiana,
Unico fuego que del cielo vino,
Unica fuente que incorrupta mana,
Unico rayo de fulgor divino,
Unica inspiracion que soberana
Eleva al criador la poesía,
Yo invoco tu favor para la mia!

Sosten mi voz, mi espíritu aconseja:
Mas tolera que en cármen Africano
Recoja alguna flor con que entreteja
Cairel morisco á mi läud cristiano:
Ni juzgues que mi fé de tí se aleja,
Si algunas veces del harén profano
Las alkatifas perfumadas piso,
O invoco á las huris del paraíso.

Voy la gloria á cantar de dos naciones
Por religion é instintos enemigas,
Que, fieles á la par á sus pendones,
Prodigaron al par sangre y fatigas,
Rojas brotar haciendo sus legiones
Con la sangre comun aguas y espigas:
Y cual la de las dos corrió mezclada
Junta debe su gloria ser cantada.

Pues no porque en su límpida entereza
Conserve yo la fé de los Cristianos
Que hicieron del desierto á la aspereza
Volver á los vencidos Africanos,
Del vencedor loando la grandeza
Trataré á los vencidos de villanos.
No : siete siglos de su prez testigos
Los dan por caballeros si enemigos.

Lejos de mí tan sórdida mancilla :
Antes selle mi boca una mordaza
Que llame yo en la lengua de Castilla
A su raza oriental bárbara raza.
Jamás : aún en nuestro suelo brilla
De su fecundo pié la estensa traza,
Y, honrado y noble aún, su sangre encierra
Mas de un buen corazon de nuestra tierra.

¡ Augusta sombra de Isabel ! perdona
Si mi ruda cancion osa atrevida,
Llegando irreverente á tu persona,
Del féretro evocarte á nueva vida.
Sé que la gloria que inmortal te abona
No puede por mi voz enaltecida
Ser : mas yo bajo à tu mansion mortuoria
No à engrandecer, sinó á adorar tu gloria.

Díselo así al católico Fernando,
Si en medio de las dichas celestiales
Alguna vez, por el Edén vagando,
Recordais vuestras glorias terrenales,
La oscura tierra desde el sol mirando:
Y al escuchar mis cánticos mortales,
Mirad á vuestra gloria que me inspira,
No al rudo canto de mi tosca lira.

Y vosotros, guerreros de Castilla,
Honor de sus mas ínclitos solares,
Nobles condes de Cabra y de Tendilla,
Merlos, Téllez, Girones y Aguilares,
Cárdenas y Manriques de Sevilla,
Fieles Vargas, intrépidos Pulgares,
Córdovas generosos de Lucena,
Impávidos Clavijos de Baena:

Mendozas de alta prez, Portocarreros
Y Ponces de Leon, de cuya historia
Sus anales jamás perecederos
Henchidos guarda la Española gloria:
Y vosostros tambien, ¡oh caballeros
Arabes! dignos de gentil memoria:
Muza, postrero campeador del Darro,
Indeciso Boabdil, Zagal bizarro,

Aly-Athàr insepulto, Hamet Rondeño,
Lince de las fronteras castellanas,
Reduan inalterable y zahareño,
Gazul de las doncellas africanas
Querido, Hacen tenáz, Ozmin trigueño,
Tarfe, horror de las crónicas cristianas;
Y vosotras sultanas granadinas
De nombres y leyendas de peregrinas:

Aija la varonil, matrona osada
Jamás rendida á su fatal destino:
Zoraya, la cautiva renegada,
Por cuyos hijos la discordia vino
A derribar el trono de Granada:
Moraima la de Loja, á quien su sino
Obligó á encomendar sin esperanza
Vida y honor á Castellana lanza;

Perdonadme tambien si mis canciones,
A través de los mármoles tendidos
En vuestros solitarios pantëones,
Hieren en ronco són vuestros oidos.
Sé que merecen mas vuestras acciones
Que elogios en mi voz mal atendidos:
Mas si, en fuerzas escaso, á tal me atrevo
Es por que sé lo que á mi patria debo.

Sé que es la empresa donde me he empeñado
Dédalo oscuro, inmensurable abismo,
Do solo penetrar han intentado
Necia temeridad ó alto heroismo:
Conozco que, en mi orgullo, demasiado
Fio en mi corazon, fio en mí mismo:
Mas supera la fé mi atrevimiento,
Y fio en Dios que abonará mi intento.

Deliciosos recuerdos de otros dias
De honor y de placer, de amor y gloria,
Que envuelta en romancescas fantasías
Guardais oculta vuestra bella historia,
Ecsalada en confusas armonias
De himnos de amor y gritos de victoria,
Dad á mi corazon, dad á mi aliento
Generoso poder, canoro acento.

Aguilas que os cerneis con corbo vuelo
Sobre el Atlas y el Cáucaso: pastores
Que sesteais á la sombra del Carmelo
Y bajais al Jordan los baladores
Ganados: y vosotros los que en pelo
Montais salvages potros voladores,
Hijos de los ardientes vendavales
Que barren los Egipcios arenales;

Tribus perdidas y á las de hoy estrañas,
Para quienes la Europa no se ha abierto,
Que incendiais al huir vuestras cabañas
Y en la Zahara avanzais el paso incierto :
Gacelas de las árabes montañas,
Aparëadas palmas del desierto,
Caravanas errantes á quien ellas
Dátiles dan y leche las camellas;

Palomas de los cármenes floridos
Que bordan las colinas de Granada :
Golondrinas leales que los nidos
En la Alhambra colgais : enamorada
Raza de ruiseñores que escondidos
Gorgeais de su bosque en la enramada :
Arroyos que, á su sombra, bullidores
Lameis su césped y meceis sus flores;

Sierras que cubre el sempiterno hielo
Donde Darro y Genil beben su vida :
Valles salubres, transparente cielo
De la Alpujarra aún mal conocida :
De Málaga gentil alegre suelo
De la hermosura y del amor guarida :
Mar azul cuyo lomo cristalino
A las quillas de Agar prestó camino :

Abridme los tesoros encantados
De vuestras glorias mil tradicionales;
Dadme á beber los que guardais sagrados
De inspiracion inmensos manantiales;
Germinad en mi mente, no estudiados,
Vuestros cantos de amor meridionales,
Por que pueda brotar del arpa mia
Vuestra oriental y vírgen poesía.

De sus cuerdas despréndanse sonoras
Esas modulaciones nunca oidas
Por los pueblos de Europa, y de las moras
Tribus por nuestros pueblos aprendidas;
Esas notas ardientes, tentadoras,
Que aun hoy por tosca mano repetidas
Renuevan en los huertos de la Alhambra
La de veloz compás morisca zambra.

Venid en torno á mí, generaciones
Ateridas del Norte, que con pieles
Vestis nuestras moriscas tradiciones,
Rasgando sus bordados alquiceles:
Venid á oirlas en sus propios sones
Y lengua original de bocas fieles,
Al pobre són de bárbara guitarra
Debajo de un peñon de la Alpujarra.

Venid, aprendereis del medio dia
Cual el orígen es de los cantares
Que jamás comprendió vuestra alma fria;
Sabreis como entre bélicos azares
Nació la abrasadora poesía
De nuestros bellos cantos populares:
Y en el lujo oriental de su riqueza
Considerad su bárbara grandeza.

Pues por hijos de bárbaros osada
Vuestra historia nos da, sea en buen hora:
No esa bárbara estirpe renegada
Será por mí; mas á admirar ahora
Venid el rastro que dejó en Granada
La ilustracion de nuestra estirpe mora:
Y en el lujo oriental de su riqueza
Adorad nuestra bárbara grandeza.

Si: yo os voy á contar la historia bella
De esos á quien llamais fieros salvages,
Y fio en Dios que entendereis por ella
Que puede despreciar vuestros ultrages
Quien Alhambras dejó sobre su huella,
Quien labró fortalezas como encages,
Y quien colmó por cóncavo arrecife
Las albercas del real Jeneralife.

Yo os voy á hablar del mágico recinto
De esta por ellos habitada tierra,
Y á mostraros lo que este laberinto
De jardines y alcázares encierra.
En llanto y sangre le dejaron tinto,
Pero tan fertil con su amor y guerra,
Que la flor mas silvestre aromatiza
Y el mas vulgar recuerdo poetiza.

Yo os haré ver, de nácar, concha y oro
Sobre arcos, sus balsámicos pensiles,
Do brotan junto al cedro el sicomoro,
Junto al nudoso abeto las gentiles
Palmeras, junto al álamo inodoro
El plátano aromado, las sutiles
Hebras de la ancha pita entre rosales,
Y el fragante limon entre nopales.

Yo os haré ver su pueblo primitivo
Mitad rudo pastor mitad guerrero,
Cuyo robusto labrador activo,
Cambiado en la ocasion en caballero,
Lidió, velóz Numida al golpe esquivo,
Con el ginete colosal de acero;
Y aplazando con él treguas estrañas
Corrieron toros y jugaron cañas.

Yo os haré oir sus cuentos populares
Y sus caballerescas tradiciones
En torno y al calor de sus hogares;
Vendreis á sus nocturnas reuniones
Conmigo, sus combates singulares
Juzgareis, sus civiles disensiones
Lamentareis, saldreis á sus campañas
Y testigos sereis de sus hazañas.

Vendreis á sus palacios construidos
Para la guerra á un tiempo y los placeres,
Y leereis en sus muros, revestidos
De miniaturas, de oro en caracteres
Con sacra fé caballeresca unidos
Los nombres de su Dios y sus mugeres:
Sin que halleis en la casa que fué suya
Nada que en pró de su saber no arguya.

De fakíes, de reyes, y vasallos
Os contaré los gozos y las cuitas:
Os haré penetrar en sus serrallos
Y asistir á sus rondas y á sus citas:
Y sus muebles, sus armas, sus caballos,
Sus bazares, sus baños, sus mezquitas,
Desde el hogar hasta la móvil tienda,
Todo lo vais á ver en mi leyenda.

Que es del poeta grande á maravilla
El poder, y radiante su mirada,
Como un fanal que las disipa, brilla
En las tinieblas de la edad pasada.
Venid, pues: con las lanzas de Castilla
Os voy á conducir hasta Granada:
Y, á pesar de sus fieros Africanos,
En la Alhambra entrareis con los Cristianos.

Tal es, tan grave, tan inmensa y alta
La empresa nueva y colosal que intento:
Tal es la altura que atrevido asalta
Descarriado tal vez mi pensamiento;
Mas si del vuelo en la mitad me falta
Fuerza al impulso ó á las alas viento,
Siempre sabré sin deshonor que, en suma,
No me faltó el valor, sinó la pluma.

¡ Tierra oriental, mansion de la alegría,
Favorita del sol y de las flores,
Santuario del valor, cuna del dia,
Paraíso del ocio y los amores,
Tesoro y manantial de poesía!
Voy á cantar tu gloria y tus primores.
¡ Tierra de bendicion, al cielo santo
Pide la suya tú para mi canto!

¡ Salve, ciudad del sol, Granada bella,
Amor de Boabdil, huerto florido
Que entre nieves esteriles descuella,
Taza de nardos, de palomas nido,
Diamante puro que sin luz destella,
Edén entre peñascos escondido,
Ilusion de esperanza y sueño de oro
Que alhaga aún al corazon del Moro!

¡Salve, vergel en donde el alba nace
Y donde el sol poniente se reclina,
Donde la niebla en perlas se deshace
Y las perlas en plata cristalina :
Donde el placer sobre laureles yace
Y Dios sonrie y la salud domina!
Divino objeto de mi canto rudo,
Yo al empezar mi canto te saludo.

Heme aquí, vueltos hácia tí los ojos,
Descubierta al nombrarte la cabeza,
Con amoroso afán puesto de hinojos,
Rendido adorador de tu belleza,
Ofrecerte mis cantos por despojos
Si dignos son de tu inmortal grandeza;
Tiendeme, pues, bellísima Granada,
Al elevar mi voz una mirada.

Y ¡ plegue á Dios que mi amoroso acento,
Por cima de los montes y los mares,
Lleve á tu Alhambra sonoroso viento
Que armonía mejor dé á mis cantares !
Y si te dan á ti contentamiento
Y algun premio por ellos me buscares,
Dame á tu vez ¡ oh flor de mis amores !
Sepultura al morir entre tus flores.

II

NARRACION.

Un siglo de desórden y abandono
Para mal de Castilla habia corrido,
Y cinco reyes afirmar su trono
Bajo el régio dosel no habian podido;
Y todo un siglo, con civil encono
En contiendas sacrílegas perdido,
Solo dejaba al pueblo Castellano
Ira en el corazon, sangre en la mano.

Débil el rey, el prócer insolente,
Hecho el soldado á la rapiña, al oro
Aficionado el clero irreverente,
Rico el Judío y descuidado el Moro,
Fué la justicia inútil é impotente:
Nadie atendió al honor, nadie al decoro:
Nadie seguro en tan infanda tierra
Al deber acudió, sinó á la guerra.

Constituyose el noble en soberano
Y el soldado en señor: el caballero
Se hizo juez, el obispo cortesano,
Soldado el labrador, aventurero
El holgazan, bandido el artesano:
Y, mucha la ambicion, poco el dinero,
Robó al débil el fuerte, y en la oscura
Tienda el Judío vil se hartó de usura.

Rebelde á su monarca la nobleza
Alzó banderas y allegó parciales:
Cada solar cambiose en fortaleza,
Cada escudo en pendon: y por leales
Todos dándose á par y con fiereza
Temeraria batiéndose, á los males
Abrieron ancha puerta, y fué la España
Confusa lid, universal campaña.

Hasta el rey Portugués entró en Castilla
Su esposa haciendo á su sobrina Juana,
Y dividiose en bandos cada villa
En pró ó en contra de la union profana.
Airado el Santo Padre á tal mancilla
La sacrílega union declaró vana:
Mas, al rayo de su ira, el vulgo ciego
En lugar de estinguir avivó el fuego.

La fé apagada y el honor extinto,
Perenne manantial de desconsuelos,
Denso caos, confuso laberinto
De pasiones, de crímenes y duelos
De la España infeliz era el recinto :
Y hundierase su gloria, si los cielos
No la enviaran un astro de ventura
Que la alumbrara en noche tan oscura.

Grande, digna, legítima, valiente,
Cual repentino el sol tras un nublado
Aparece mas puro y refulgente,
Apareció Isabel. Tronó indignado
Sobre el clamor de la confusa gente
Su régio acento, y su pendon sagrado
Alzando en el tumulto de improviso,
Postróse el pueblo y la acató sumiso.

De ella en pós el Católico Fernando
Al frente apareció de sus legiones,
En las banderas de Aragon mostrando
Las barras á la par de los leones.
Todo el que noble se juzgó á su bando,
Por honor ó por miedo, sus pendones
Unió : y el porvenir con luz mas pura
Comenzó á esclarecer la edad futura.

Monja en Coímbra la princesa Juana,
Sin fé su causa y sin valor su bando,
Vencida la arrogancia Lusitana,
Rey de Sicilia y Aragon Fernando,
Reina Isabel en tierra Castellana,
Quietos los nobles y seguro el mando
Bajo el doble poder de entrambos reyes,
Tornó España á su prez, tornó á sus leyes.

Acotó la licencia y el cinismo
De les viejas costumbres relajadas
La Inquisicion severa : el Judaismo
Sepultó su avaricia en las moradas
De sus oscuras lonjas : á sí mismo
Volvió el honor Hispano sus miradas,
Y un siglo entero sin virtud ni gloria
Vió que manchaba su cristiana historia.

Avergonzada entónces la nobleza,
Entregó á los monarcas los castillos
Con que á la rebelion dió fortaleza :
Y, arrancando sus puentes y rastillos,
La plebe licenció que la pobreza
Llevó á su bando : y, libre de caudillos
Tales, volvió el labriego á sembrar grano
Y volvió á su taller el artesano.

Viose libre el herial de bandoleros,
De cohechos el foro, de Judíos
El mercado, la plebe de usureros,
La sociedad de vagos y de impíos
La Fé: viose el erario con dineros,
Con disciplina la milicia, y, bríos
Dando á Castilla el genio de otra era,
Tornó á su fuerza y dignidad primera.

Generacion empero entre el bullicio
De eslabonadas y feroces guerras
Nacida, y avezada al ejercicio
De entrar por muros y trepar por sierras,
Llegó en esta el valor á ser un vicio
Y el pelear costumbre: y en sus tierras
No hallando ya enemigos á las manos,
Pensó al fin en los fieros Africanos.

Como leon que hambriento se despierta
Y, al tender la mirada adormecida
De la llanura en la estension desierta,
A lo lejos cruzar mal conducida
La lenta caravana á ver acierta,
Y avanzado la garra entumecida,
Crespa la greña y la mirada fosca,
Para asaltarla en el jaral se embosca:

Así tendió famélica mirada,
Despertando al honor, el Castellano
Hácia el florido reino de Granada,
Embalsamado harén del Africano.
Así Castilla alerta y emboscada
De Isabel bajo el trono soberano,
Solo esperaba su órden impaciente
Para caer sobre la mora gente.

La católica reyna, sus enojos
Con varonil prudencia refrenando,
Fijos tenia los atentos ojos
En el redil del Agareno bando :
Y, resuelta á arrancar sus granos rojos
A Granada uno á uno, con Fernando
Esperaba en el cielo oir la hora
Del esterminio de la raza de mora.

Y tenia ya Dios determinado
El desastroso fin de aquella gente,
Y al término fatal era llegado
El poder de las tribus del oriente.
El trono de Al-hamar habia ocupado
Su penúltimo rey y, á su occidente
Tocando ya la berberisca luna,
Huia hácia Castilla su fortuna.

La discordia civil vertido habia
El licor de su copa envenenada
En la alma de los Arabes, y ardia
El cráter de un volcan bajo Granada :
Mas oculto en la tierra todavía
El fuego asolador, aposentada
Parecia en la Alhambra la ventura,
Firme su sólio, su quietud segura.

Reinaba allí Muley Hasan : guerrero
Mas que rey y político, su mano
Nunca el cetro empuño, sinó el acero :
No temió nunca, sinó odió al cristiano.
Ni nunca treguas respetó altanero,
Ni manchó su decoro soberano
El tributo pagándole rendido
Por su padre Ismaël que fué vencido.

En diez años de próspero reinado,
Al porvenir mirando y al decoro
De su trono, Muley habia logrado
Su ejército doblar y su tesoro.
De Africa con los reyes coligado,
Prevenido á la lid se habia el Moro :
Y, de víveres y armas hecho apresto,
En pié sus plazas de defensa puesto.

Numerosos sacó de Berbería
Escuadrones de tropas auxiliares,
Del desierto veloz caballería,
Saeteros de Féz almogavares :
Y un pié de sus fronteras no tenia
Sin avanzados puestos militares,
Ni un cerro de sus reinos á la raya
Sin el ojo sagaz de una atalaya.

Seguro como un águila en su nido
En Granada Muley, por sus fronteros
Guardado, y de sus súbditos temido
Por los decretos de su ley severos,
Reinaba en celebrar entretenido
Con sus enamorados caballeros
Justas, zambras, saraos deslumbradores
En honor de la hurí de sus amores.

Es esta la cautiva seductora
Que Isabel de Solís niña y cristiana
En Martos se llamó, y á quien ahora,
En el serrallo de Muley Sultana,
Zoraya llaman, en la lengua mora
Lucero precursor de la mañana :
Astro en verdad de amor y de hermosura,
Mas precursor de asolacion futura.

Por el ardiente amor de esta cautiva
Olvidado Muley de Aija su esposa,
De su presencia y de su amor la priva :
Y Aija, como oriental, fiera y celosa
Y, como reina y afrentada, altiva,
Disimula la rabia que la acosa
Alentada no mas por la esperanza
De tomar en los dos feroz venganza.

Un hijo tiene Abú-Abdilá llamado (1)
Del rey versátil, y por ella propia
En ódio de Muley amamantado ;
Mozo gallardo, de su padre copia,
Mas contrario á su padre por el hado
Fatal en que nació, traidor acopia
El ódio hácia Muley que Aija respira,
Y el que su estrella personal le inspira.

Guárdale la sultana con desvelo
Y témele el Monarca por instinto :
Odiale la Zoraya, con recelo
De que á sus hijos dañe cuando, extinto,
Del amor de Muley la prive el cielo :
Y Abú-Abdilá entre tanto, en el recinto
De Granada parciales allegando,
Sagaz se forma poderoso bando.

Sospechalo Muley; la favorita,
En el amor del árabe fiada,
Diestra su ódio á su rival escita:
Pero menos contra ambos osa á nada
Cuanto mas el monarca lo medita.
Nace así la carcoma de Granada,
Y Hasan en el peligro se adormece,
Y el tiempo vuela, y el peligro crece.

¡Escrito estaba y del amor fué pena!
Perdió Eva al padre de la raza humana,
A Hércules Deyanira, á Troya Elena,
Lucrecia al sólio y magestad Romana,
Florinda á Don Rodrigo; y la Agarena
Gente perdiose por la vil cristiana
Que, dando impura à Boabdil hermanos,
Dió á sus almas rencor, hierro á sus manos.

¡Escrito estaba! compréndiolo luego
El postrimer monarca Granadino:
Y, segun el Korán, el hombre ciego
Torcer no puede su fatal destino.
¡Escrito estaba! lágrimas de fuego
Vertiendo del Padúl sobre el camino
Lo dijo Abú-Abdil, hácia Granada
Triste volviendo la postrer mirada.

Y escrito estando é inmutable siendo
El fallo del destino, hácia su ruina
Arrastrado por él iba corriendo
Sordo y ciego Muley, á la divina
É inescusable voluntad cediendo :
Y esclavo del amor que le domina,
En mantener no mas piensa á Granada
Esclava de su hermosa renegada.

Solo por eso su grandeza estima,
Su prez en mantener piensa por eso:
Por eso ardor de combatir le anima,
Triunfos soñando su amoroso esceso.
Por eso de su alcázar desde encima
Del muro y agoviado bajo el peso
De su amante ambicion, se le veia
Mirar la vega al trasponer el dia (2).

Desde el adarve real de su alcazaba
De la Alhambra, Muley con complacencia
Del granadino reino contemplaba
La amenidad y próspera opulencia :
Y al cristiano poder desafiaba
Con desdeñosa y bárbara insolencia,
Al lejos divisando los pagizos
Muros de sus castillos fronterizos.

Sonreia el infiel con arrogancia,
Mirando las montañas guardadoras
De su tierra, y en fértil abundancia
Las tribus de sus pueblos moradoras.
Sonreíase al ver en la distancia
Del Africa arribar las naves moras,
Sobre un mar que parece en lejanía
Un ceñidor azul de Andalucía.

Embriagábase el Arabe de orgullo
Contemplando la espléndida hermosura
De su vega, y serviale de arrullo
El misterioso són con que murmura
La sociedad, y el singular murmullo
Que armoniza do quier el aura pura,
Cuando oréa con ala sosegada
La region por los hombres habitada.

Absorto contemplaba el noble Moro
La vega granadí, huerta estendida
De su corte á los piés, rico tesoro
De ócio y placer y manantial de vida :
Y el alma de Muley, en sueños de oro
Con pereza oriental adormecida,
Se gozaba en mirar desde la altura
Por milésima vez tanta hermosura.

En aquel cielo azul y transparente,
Pabellon de cristal sin mancha alguna,
Lucen sobre la tierra eternamente
Sereno el rojo sol, blanca la luna.
Allí Genil su límpida corriente
Vierte con Darro y Monachil á una,
Brotando á sus regueros creadores
En vasta profusion frutos y flores.

Allí el cedro fragante y los almeses
Amados de los pájaros campéan
De Jericó á la par con los cipreses;
Las vides de Falerno allí se oréan
Entre pagizas y preñadas mieses,
Que magnolias espléndidas sombréan:
Y allí las cañas del Jordan sonoras
Zumban entre las palmas cimbradoras.

Las de la humana ciencia mas ignotas
Salutíferas plantas allí quiso
Dios fecundar, y de las mas remotas
Tierras los fruto dió á su paraíso:
Los sagrados laureles del Eurotas,
Los poéticos tilos del Pamiso,
De Estambúl los ardientes tulipanes,
De Cartago los frescos arrayanes.

Por sus fragantes y purpúreas rosas
Sus rosas la cediera Alejandría :
Por sus morenas hijas voluptuosas
Sus hijas la Circasia la daria :
El zumo de sus vides deliciosas
La campiña de Chipre envidiaria,
Su frescura los bosques de la Ausonia,
Sus árabes pensiles Babilonia.

Tal es la vega de Granada : tales
Las delicias que encierra, y que el monarca
Desde sus ajimeces orientales
Con mirada de halcon ufano abarca.
Tal es su reino entero ; y en sus reales
Alientos le parece ofrenda parca
Que llevar à los pies de la que adora,
De Zoraya, lucero de la aurora.

Por eso se estasía contemplando
Sus tierras y su corte defendida
Por las bravas legiones de su mando,
De mil y treinta torres guarnecida:
Y al pensar en la corte de Fernando
En sus tierras aún no establecida
« ! Venga à pedir, esclama, si se atreve
El vil tributo que Muley le debe ! »

Y he aqui que, concluyendo en estos dias
El plazo de unas treguas especiales,
Que acotaban las locas correrias
Lícitas por las treguas generales,
No pasando la empresa de tres dias,
No batiendo tambor, ni alzando reales,
Presentose en la vega una mañana
Un escuadron de gente castellana.

Corto, pero á la lid apercibido,
Componianle apenas cien ginetes
Que estatuas parecian de bruñido
Sonante acero. El rostro en los almetes
Bajo de las viseras escondido
Traian : sobre malla coseletes
De triples pasadores barrëados,
Los caballos de hierro encubertados.

Mazas de nueve puntas y afiladas
Hachas de desarmar en los arzones :
Puñales de Milan y anchas espadas
De Toledo en la cinta, los lanzones
Al brazo y, en lugar de las rizadas
Plumas, una cruz de oro en los crestones
Y otra al pecho, diciendo en un letrero :
A SU LUZ VIVO Y A SU SOMBRA MUERO.

Del cristiano escuadron à la cabeza
Marchaba un caballero de Santiago
Comendador, templando la fiereza
De un potro negro, que al continuo alhago
De su señor responde con nobleza
Cabeceando orgulloso, y al amago
Del acicate esquivo, á cada instante
Quiere escapar con ímpetu pujante.

Era este capitan don Juan de Vera
Del solar de Mendoza : Castellano
De recto juicio y de virtud severa,
Celoso asaz del esplendor cristiano:
Conoce y teme la morisma entera
Su audaz valor y su pesada mano :
Y en el tumulto de la lid confusa
Quien héroe no es su encuentro escusa.

Con paso grave y continente altivo
Por entre el moro pueblo, que le mira
Con ojo torbo y ademan esquivo,
Llegó Don Juan al torreon de Elvira:
Y vuelto á un renegado que cautivo
Trae, con voz que magestad respira
Y en Español, mirando á su decoro,
Dijo, aunque sabe bien la habla del Moro :

« Dí al capitan del puesto, en Africano,
Que de estas puertas al umbral espera
Licencia para hablar al soberano,
En nombre de su Rey, Don Juan de Vera :
Y que para él y su escuadron cristiano
Pide hospitalidad franca y sincera
Por una noche ; pues, su real mensage
Cumplido, torna á continuar su viage. »

El renegado en árabe tradujo
Lo dicho al capitan, el cual montando
Una yegua que Córdova produjo
Y en sus dehesas pació su césped blando,
Por la árabe ciudad les introdujo
Hasta que, el alto Bib-Leujar pasando,
De sus bosques cruzando el laberinto
Les dejó de la Alhambra en el recinto.

Régia hospitalidad y alojamiento
Cómodo el moro rey, de su alcazaba
En una de las torres al intento
Dispuesta, dioles : muchedumbre esclava
A sus órdenes puso, cuyo atento
Cuidado pronto á su obediencia estaba :
Y les sirvió en opípara comida
Con caliente manjar fresca bebida.

De ella al fin un kadí, severo anciano
De barba luenga y paternal mirada,
Llegó á Don Juan y díjole: « Cristiano,
La luz de Aláh te alumbre. Tu embajada
Recibirá mañana el soberano.
Huéspedes del monarca de Granada
Sois tú y los tuyos esta noche; mide
Por tu deseo su largueza, y pide. »

« Anciano, replicó Don Juan de Vera,
Da gracias á tu rey por su hospedage,
Y dile que jamás de otra manera
A caballeros de mi fé y linage
Que tratara esperé: que á la primera
Luz del prócsimo dia mi mensage
Que oiga le ruego: pues la misma tarde
Debo partir. He dicho: Dios te guarde. »

Retirose Don Juan á su aposento:
Mas no sin ver si su cristiana gente
Tenia cerca de él alojamiento
A caballeros tales conveniente;
Y, con todo el rigor del campamento
Guardado el torreon militarmente,
Despues de haber sus oraciones hecho
Tendiose armado en el morisco lecho.

LIBRO SEGUNDO.

LAS SULTANAS

I

EL CAMARIN DE LINDARAJA.

Era una noche azul, pura, serena
Del fructífero mayo, perfumada
Con el aroma de sus flores, llena
De la armonía mística ecsalada
Por las àuras y fuentes, que en la amena
Soledad de los bosques y los huertos
Misteriosas susurran, y alumbrada
Por la luna creciente con inciertos,
Trémulos y argentinos resplandores :
Era una noche, en fin, de esas hermosas
Noches de paz, inspiracion y amores,
En que derrama Dios sobre Granada,
Africana dormida entre las rosas,
Los rayos de sus ojos creadores
Y el áura de su aliento embalsamada :
La misma noche en que Don Juan de Vera
Huésped del Moro en sus palacios era.

Y era un régio y magnífico aposento
De la oriental Alhambra, donde el oro,
El cobalto y el nácar, en labores
Mágicas trabajadas á lo moro,
Brillaban desde el techo al pavimento,
A los suaves y tímidos fulgores
Que una aromada lámpara esparcia
Que en una taza de alabastro ardia.

A un lado de esta cámara ostentosa
Y por bajo de un arco que cubría
Damasquino tapíz, se abría paso
Una estrecha y cruzada galería,
Formada de esta estancia por el muro
Y un balcon, por do entraba misteriosa
De los astros la luz, el aire puro
Y el són del agua que, en raudal escaso,
Vertia Darro por el valle oscuro.

El suelo de esta estancia deliciosa
Era de blanco mármol, á pedazos
Cubierto de alkatifas argelinas
Y cojines de raso azul y rosa :
Sus puertas se cerraban con cortinas
De telas de oro y seda, que con lazos
Broches y trenzas de ámbar y corales,

Se recogian en profusos pliegues
Al gusto de los pueblos orientales :
Y en el segundo cuerpo de los muros
Se abrian dos moriscos agimeces
De esquisita labor y árabes, puros,
    Elegantes contornos
Y calados y espléndidos adornos.

Tras de sus celosías iba á veces
El Rey ocultamente, de sus serios
Afanes esquivándose un instante,
A sorprender los íntimos misterios
    De las mujeres moras
De esta cámara real habitadoras;
    Gozando así en secreto
Desde aquellas arábigas ventanas
Las voluptuosas danzas, las moriscas
Cántigas y nocturnas diversiones
A que, con sus esclavas y odaliscas,
Se entregaban alegres las sultanas.

El balcon, que en el fondo
De la estancia se abria
Mas allá de la estrecha galería,
Era otra especie de ajimez, labrado
Con el mas esquisito y rico adorno

Por arquitectos Moros inventado:
Y un deleitoso camarin fingía,
Cuyas ventanas rodëaba en torno
De cedro una movible celosía.

Era pues el balcon de aquella estancia
Régia y maravillosa
Un mirador calado, que aspiraba
De su ajimez morisco por los huecos,
De los vecinos huertos la fragancia,
La música del agua rumorosa,
Que en la sombra corria,
Y el canto de las aves que albergaba
La arboleda del rio, y cuyos ecos
Murmurador el aire allí traía.
Entre este camarin y este aposento,
Con caracteres de oro (en una faja
De púrpura y azul que se tendia
Por bajo el circular cornisamento
Del ajimez) escrito se veia
Un rótulo miniado, que decia:
« Mirador de la hermosa lindaraja (1) : »
Y á fé que el mirador es un portento
De la elegante arquitectura mora
Y un santuario de amor y poesía:
Regalo al fin de un árabe opulento
A la mujer feliz que le enamora.

En esta régia cámara moruna,
De aquella hermosa noche en las primeras
Horas, al suave claro de la luna
Y al rumor de las ráfagas ligeras
Que entraban por las árabes ventanas,
Yacia, al parecer sin pena alguna,
Hada gentil de su mansion divina,
La mas bella y feliz de las sultanas
Que habitaron la Alhambra Granadina.

Los mullidos cojines, apilados
Bajo su cuerpo leve, sostenian
Muellemente sus miembros delicados:
Sus perezosos brazos se tendian
Sobre la pluma sin vigor : caian
Sus rizos de la faz por ambos lados
Sobre sus blancos hombros : ancho, lleno,
Del morisco jubon bajo la seda,
Al aspirar con álitos pausados,
Se dibujaba su redondo seno
Cual dos montones de apretada nieve
Que en la redonda copa de ancho pino
El aire cuaja lento y manso mueve :
Y á través del calzon, de cuyo lino
Los pliegues mil su cuerpo peregrino
Ceñian, bien bajo el tejido leve
Podianse admirar, y á pesar de ellos,

De su cintura y muslo alabastrino
La pura tez y los contornos bellos.
Su enano pié calzaban
Chinelas de brocado: sus tobillos
Ajorcas primorosas adornaban
Hechas de gruesas perlas, que horadaban
Por su grueso mayor aúreos arillos:
Sus brazos dobles sartas de corales,
Sus orejas riquísimos zarcillos :
Y, á usanza de las Moras principales,
Ostentaba sus uñas nacaradas
Con azul costosísimo miniadas (2).

Era en verdad bellísima la Mora,
Y merecía bien tanta riqueza,
Y ser de tal estancia moradora,
Y mandar con despótica entereza,
Y obedecida ser como señora.

Una mirada de sus negros ojos
Mas que un alcázar para el Rey valía :
Por solo un beso de sus labios rojos
Una ciudad frontera venderia:
Por el mas infantil de sus antojos
La cabeza mas noble inmolaria :
No tenia su amor precio ni raya

En la alma de Muley — Es la Zoraya.
Es ella, la sultana favorita
Que á solas en su cámara le espera :
Y aunque parece que feliz dormita
Y que nada la acosa, ni la altera,
Secreto afán su corazon agita
Y sueña... ¡ como sueña la pantera
Con la sangre caliente
En que espera aplacar su sed ardiente!

Entoldada la luz de sus pupilas
Con los cerrados párpados conserva,
Sus facciones inmobles y tranquilas :
Grata molicie al parecer la enerva:
Pero su corazon guarda un intento
Harto feroz, cuya aficion proterba
Se oculta en su reposo soñoliento
Como un áspid letal bajo la yerba.

Imágen bella, voluptuosa y pura
De las hurís que colocó Mahoma
En su eternal Edén, por su hermosura
Parecia una cándida paloma
En la forma ideal de su figura:
Un cuerpo de mujer en que se encierra
El puro sér de un ángel, á la oscura

Region mortal de nuestra baja tierra
Enviado, á perfumarla con su aroma
Y á derramar en ella su ventura.
Pero la torba luz de su mirada,
La cortina de sombra que en su frente
Tiende su ceño cuando mira airada,
La contraccion apenas perceptible
Con que el estremo de su labio ardiente
Arruga su sonrisa,
De la escondida peligrosa hoguera
Que arde en su doble corazon avisa,
Y en la faz de la Mora
Con resplandor siniestro reverbera.
Muley por su belleza seductora
Luz de la aurora la llamó... y tal era
La luz de este *lucero de la aurora:*
Tal es Zoraya que á Muley espera.

Oyose al cabo en el jardin vecino,
Bajo el abierto mirador cercano,
El dulce són de un cántico africano
Que una morisca guzla acompañaba:
Són con que la anunciaba de contino
La llegada del Rey atenta esclava.
Estremeció los miembros de la Mora
Movimiento nervioso: mas tan leve
Que resbalar no hizo

Por su cuello, mas blanco que la nieve,
El mas ligero descompuesto rizo :
Ni de su blando lecho
Un pliegue solamente descompuso :
Ni con respiracion mas presurosa
Se hincharon los contornos de su pecho.
Inmóvil, silenciosa,
Cual si no le sintiera ni aguardara,
En su aparente sueño y perezosa
E incentiva postura
Dejó la hermosa que Muley llegara
El veneno á beber de su hermosura.

Envuelto en su alquicel, bajo el plegado
Pabellon de la azul tapicería,
Apareció Muley : tendió callado
Una sagaz mirada escrutadora
Por sobre cuanto en derredor habia,
Y dilató su labio desdeñoso
Sonrisa de placer, viendo á la Mora
Que sobre los cojines en reposo
Con abandono tentador yacia.

Llegose á ella y contempló un instante
La tranquila espresion de sus facciones,
Por milésima vez con ojo amante

Recorriendo voráz las perfecciones
De aquel cuerpo, velado escasamente
Por el leve ropaje transparente
Sobre los apilados almohadones.

Llegose y admiró bajo la pura
Nívea tez, á través de su blancura,
La red sutíl de las azules venas,
Cuyo tegido transparente indica
Que aquella piel purísima y nevada
Encubre el alma ardiente y vivifica
La complexion fogosa, enamorada,
Que á su téz atribuyen las morenas;
Y percibió el aroma con que el baño
Su cuerpo perfumó, de que las Moras
Granadinas usaban todo el año;
Y el rumor escuchó, sensible apenas,
De su respiracion igual y suave,
Y sin poder con su amoroso esceso
Sobre su boca de coral, que sabe
Y trasciende al alöe de Corinto,
Depositó Muley un ámplio beso
Que crujió de la estancia en el recinto.

Abrió Zoraya los ardientes ojos,
Y al fijar su mirada

Sobre la fáz del Arabe, cambiada
De colérica en tierna, con acento
Mas grato que el murmullo soñoliento
Que levanta la brisa en la enramada,
Díjole, disipando los enojos
Que acaso al despertar fingió indignada :

« Te esperaba, Señor : aunque dormía
« Mi corazon velaba, y en mi sueño
« La leve huella de tu pié sentia
« Que á mis amantes brazos te traia,
« Bizarro Amir, de mi ecsistencia dueño. »

« Apenas en los altos alminares
(Contestola Muley) la voz sonora
« Del *muezin* anunció la última hora (3)
« De la oracion del dia,
« A favor de las sombras tutelares
« Vengo á tí, manantial del agua pura
« En que templa su sed el alma mia :
« Y heme á tus piés, Lucero de la aurora
« Que me alumbras do quier con tu hermosura.
« Llamásteme en secreto,
« Sol de mi corazon, y aquí me tienes
« A tu absoluta voluntad sujeto.
« Habla ; ¿ que quieres de tu esclavo? ¿Bienes?

« Mi reino es tuyo: véndele. ¿Deseas
« Regocijos y zambras? Mis juglares
« Llama, mis nobles Arabes convoca;
« Y aquellos con mil juegos malavares,
« Y estos con toros, cañas y tornéos,
« En fiesta interminable, libre y loca,
« Sácien en Bib-arrambla tus deseos.
« ¿O tal vez algun vil desventurado
« Tu enojo escita? Nómbrale, y aunque haya
« Mi amigo sido ó su niñez pasado
« Junto á mí, y yo partido mi grandeza
« Con él, te juro por tu amor, Zoraya,
« Que te embiaré mañana su cabeza. »

Decia así Muley, en la locura
De la pasion que el alma le devora,
Y sonreía oyéndole la Mora
De la pasion del Arabe segura.

Sus dedos de marfil entre la cana
Barba de Hasan con infantil cariño
Pasó y con complacencia la Sultana,
Dejándola aromada con su mano:
Y con caricia tal, própia de un niño,
Trajo á sus piés sobre el cojin liviano
Trémulo de placer al Africano.

Zoraya entónces, su gentil cabeza
En el hombro del Moro reclinando,
Y el fuerte talisman de su belleza
Contra el alma del Arabe empleando,
Así le empezó á hablar, el suave aliento
De su boca balsámica de intento
Hasta la boca de Muley enviando.
Diálogo tal entre los dos trabando.

ZORAYA.

Sabes cuanto te amé. Niña y cautiva
Me crié al lado tuyo entre las flores
De los jardines de tu Alhambra : esquiva
Despues á los alhagos tentadores
De tus bizarros nobles Granadinos,
Negué mi juventud y mi belleza
A cuanto no eras tú con entereza...
¡ Sentía ya ligados nuestros sinos !
Hizo en tí de los astros la influencia
Su efecto al cabo : me encontraste hermosa,
Cediste del destino á la sentencia,
Y pagaste mi amor, y fuí dichosa.
La tierra en que nací y el amoroso
Dulce calor del maternal regazo,
El acento del padre cariñoso,
Su castillo feudal que, en el ribazo
De un cerro, se levanta pintoresco

Cercado de alamedas, cuyo arrullo
Salud le daban y armonía y fresco
De despeñadas aguas al murmullo,
Todo lo eché por fin de mi memoria:
Y, del nombre y la fé de mis mayores
Renegando, las puertas de su gloria
Perjura me cerré por tus amores.

MULEY HASAN.

¿Y cuando lo olvidé, luz de la aurora?
¿No comprendí tu abnegacion y entero
Mi corazon te dí? Tu eres señora
Dél todavía; lo que quieras quiero.

ZORAYA.

Quiero, Señor, decirte lo que acaso
No te deje otro afecto libremente
Comprender y juzgar: porque traspaso
Los límites tal vez de lo prudente
Con tan audáz revelacion; empero
Mas que el respeto y la prudencia fuerte
Mi cariño por tí, salvarte quiero
Aun á peligro de mi própia muerte.

MULEY HASAN.

¡Salvarme! ¿Y de qué riesgo? Habla.

ZORAYA.

Un instante
Oye en calma, Señor. Yo, que las horas
De tu ecsistencia en vela paso amante,
Sé por tu bien lo que imprudente ignoras.

Tienes, Señor, un hijo cuya estrella
A Granada es fatal, segun los sabios
Que su horóscopo hicieron.

MULEY HASAN.

La luz de ella
Pende no mas de un soplo de mis labios.

ZORAYA.

Y el soplo de tus labios solo pende
De un acero traidor que en tu garganta
Le corte.

MULEY HASAN.

¿Abú Abdil...?

ZORAYA.

Señor, atiende.

MULEY HASAN.

Prosigue.

ZORAYA.

De él y de su madre es tanta
Por reinar la impaciencia que á estas horas,
Traidores á su rey y de él parciales,
Bajo los techos de las casas moras
Se afilan en silencio mil puñales.

MULEY HASAN.

Sé que Aija.....

ZORAYA.

Me detesta.

MULEY HASAN.

¡ Ay si te mira

Solo un momento con semblante torbo!

ZORAYA.

¡Y ay de tí, si la rábia que la inspira
No sofocas, Muley! No será estorbo
Yá ni el filial ni el conyugal cariño
Para intentar el crímen: la serpiente
Da emponzoñados huevos, y el que niño
Para su padre fué desobediente,
Traidor para su rey será mañana.

MULEY HASAN.

Desecha tu temor, Zoraya mia:
Les conozco á los dos: mas será vana
Su ostinada ambicion: se les espía.

ZORAYA.

¿Pero ignoras, Señor, que está plagada
Tu corte de los suyos?

MULEY HASAN.

Sé sus nombres.

ZORAYA.

¿Y sabes que propalan por Granada
Que Dios está por él?

MULEY HASAN.

Pero los hombres
Crédito no les dán.

ZORAYA.

Rey, te equivocas:
Aly-Athár el de Loja y la Alpujarra
Toda con él, sus esperanzas locas

Apoyan con la fé y la cimitarra.

MULEY HASAN.

La fé y mis cimitarras á sus breñas
Les volverán.

ZORAYA.

Te engañas : los villanos
Reniegan de su fé, segun las señas,
Pues pactan contra tí con los cristianos.

MULEY HASAN.

Zoraya, sus delirios ha venido
A contarte algun loco. Te detestan
Y ambicionan reinar : mas nunca han sido
Del Nazareno amigos.

ZORAYA.

Pues se aprestan
Los Nazarenos á su voz...

MULEY HASAN.

¿Patrañas
Por derviches lunáticos vertidas!

ZORAYA.

Empresas ciertas, aunque asaz estrañas :
Peligrosas, Muley, mas emprendidas.
Yo, por tí en vela, presentí el estrago
De este huracán que nubecilla asoma;
Sé que es tu hijo y te diran que lo hago
Por amor á los mios : pero toma.

Tal diciendo Zoraya, de entre el raso
De los blandos cojines Tunecinos,
Prevenidos sin duda para el caso
De antemano, sacó dos pergaminos :
Y con aquella singular sonrisa
En cuya móvil espresion graciosa
Algo tal vez siniestro se divisa,
A Muley presentóseles la hermosa :
Y al tomarles Muley : « Mira, le dijo,
« A través de esta tinta venenosa,
« El alma de la madre y la del hijo. »

Desplegoles Muley, aprocsimándose
Al vaso de alabastro transparente
Donde la luz ardía, demudándose
Su semblante al lëer: con ojo ardiente
La Mora le espió, de su creciente
Cólera apercibiéndose, y su flecha.
Viendo herir en el blanco, dulcemente
En el mullido lecho reclinándose,
Tornó á la antigua calma, indiferente.

Mas torbo, mas feróz á cada instante
Segun adelantaba en su lectura
Se tornaba del Arabe el semblante.
Fulguraban sus ojos : insegura

Plegaba una sonrisa repugnante
Su desdeñoso labio, y la amargura
De la hiel que el escrito rebosaba
En su lívida fáz amarilleaba.

« ¡ Traidores ! dijo al fin, el pergamino
Con los crispados dedos estrujando.
¡ Traidores ! En buen hora, en su destino
Con ceguedad estúpida fiando,
Abrirse intenten al poder camino
Y astutos formen revoltoso bando :
¡ Pero poner por escalon del trono
Al Cristiano !... Jamás se lo perdono.
Jamás : jamás. » Y con ahogado acento
Repitiendo « jamás, » como una fiera
Enjaulada, cruzaba el aposento
De uno á otro lado, cual si presa fuera
De vértigo infernal. Sagaz, atento
Y abierto apenas de la Mora el ojo,
Por mas que indiferente pareciera,
Seguia con afán su movimiento,
La progresion pesando de su enojo.

De repente Muley frente á la Mora
Parose, y cual si en ella se aprestara
La cólera á estrellar que en sí atesora

El ecsaltado corazon, la dijo
Con destemplada voz y cara á cara:
«¿Y por qué medios, tan sagaz, penetras
Los secretos de Aija y de su hijo?
¿Quién te trajo las llaves
Del misterio encerrado en estas letras?
Si esto es una verdad ¿cómo la sabes?

—«Señor, dijo Zoraya levantando
La cabeza con calma,
Desecha tu temor, templa tu ira:
Quien vendió á Abú Abdil vendió su alma
Al padre del pecado y la mentira.
Este secreto de tu raza infando
Yace en la tumba yá: libre respira,
Muley: la esclava te veló tu sueño
Y el mensagero vil de esa escritura,
Al descolgarse audáz de tu alcazaba
Por la torre del agua, sepultura
A demandar no mas bajó á tu esclava.
—¡A tí, Zoraya! —A mí; porque yo vivo
Tan solo para tí. —Mas... no comprendo...
—¿De qué me sirve, pues, tanto cautivo
Como me dás, Muley? De los traidores
Argos les hice yo: de ellos aprendo:
Y como ellos tambien, compro traidores;
Me acechan sin cesar, y les acecho:

Tus secretos espian y yo el suyo
Bajo á buscar al fondo de su pecho.
No tienen mis esclavos otro oficio,
Ni Abú Abdil ni Aija un pensamiento
Oculto para mí : mi sér, mi vida,
Consagrados están á tu servicio.
En esos pergaminos te presento
La desnuda verdad : está cumplida
Mi obligacion. Desde hoy nuestra ecsistencia,
    Señor, está en tu mano.
Lee y lee sin pasion : juzga y sentencia :
Castiga justo, ó liberal perdona :
    Tú eres el soberano :
Mas escoge entre el hijo y la corona.
En cuanto á mi, señor, yo soy tu esclava;
Que en la balanza igual de tu justicia
No sea yo jamás peso, ni traba.
El noble amor, que abrigo
En mi pecho portí, no es de cristiano
Cobarde corazon; yo, pues, contigo
Triunfaré ó moriré como Sultana
Que tu lecho y tu amor no partió en vano,
Amir : por que mi sangre es castellana,
Pero mi corazon es africano. »

Calló Zoraya y se tornó en el lecho
    A reclinar tranquila:

Y el rey quedó como de mármol hecho
Contemplándola, inmóvil y derecho,
Dilatada de asombro la pupila..

Jamás la vió ni la creyó dotada
De corazon tan varonil y entero,
Ni sospechó que su alma apasionada
Atesorara amor tan verdadero.
Indolente, pasiva, abandonada,
Henchida la juzgó de amor sincero
Siempre : mas siempre tímida, indecisa,
Y á toda intriga al parecer agena,
Con el cariño de su rey pagada
De su dorada esclavitud, precisa
Por los preceptos de la fé Agarena.

Hombre Muley de cabellera cana
Pero de jóven corazon y aliento
Heroíco y viril, halló contento
Un alma varonil en la Sultana.
Absorto de ello en el primer momento
En crëer vaciló lo que veia :
Bajó á su corazon su pensamiento
Y ahogó su voluntad con la alegría :
Y cuanto mas dudaba
Tanto mas en la duda se engreía :

Y cuanto mas crecia
La inaccion que su sér paralizaba,
El fuego del amor que le hechizaba
Mas violento en su pecho se encendia.

Conocíalo bien la artificiosa
Y astuta renegada y contemplando
Llegada la ocasion, que codiciosa
Preparó en muchos años con constante
Mañoso afán y con prudencia mucha,
La máscara arrojó de su semblante
Y cara á cara se aprestó á la lucha.

Ya era Muley su esclavo : sus antojos
Leyes eran para él : solo tenia
Para adorarla corazon, y ojos
Solo para mirar lo que veía
Por sus ojos Zoraya. Era ya tarde
Para que su razon iluminara
Su avasallado corazon : yacia
Ciego esclavo á los piés de su señora :
Y el monarca despótico, el guerrero
Indomable, el leon de las arenas
Abrasadas de Zahara,
Esclavo de la esclava á quien adora,
Era no mas que tímido cordero

Amarrado de amor con las cadenas.
Pero ¡así estaba escrito, y aun lo llora
La gente del desierto que en sus venas
La sangre guarda de la raza mora!

Por eso fascinado, enloquecido
Por su pasion, Muley veia solo
De la Mora el amor apetecido
Tanto por él, pero jamas el dolo,
Mas nunca la ambicion de soberana:
Y por eso rendido
A tal fascinacion, con ambas manos
Tomó los piés enanos
De la Mora gentil, y enardecido
Por su insana pasion, puso sobre ellos
Muchas veces sus labios soberanos.
« Sí (esclamó) : tú lo has dicho, que conmigo
Vencerás ó caerás como sultana:
Y has dicho la verdad; tú soberana
Conmigo reinarás: yo te lo digo. »

Volvió la renegada la cabeza
Hácia el Rey otra vez con la sonrisa
De un ángel (y la aureola de belleza
De una vision que en sueños se divisa
Circundaba su fáz), y en el sonoro

Idioma de los Arabes le dijo:
« Amir, tú eres mi dueño y yo te adoro.
Te dije la verdad : mas es tu hijo. »

Agolpose la sangre á la mejilla
Del rey á estas palabras, y con rabia
Concentrada esclamó : « No es hijo mio
Quien favor contra mí pide á Castilla.
De la palma jamás la dulce sábia
Fecundó la mortífera cicuta :
No es hijo mio quien mi fé mancilla
Y yo, sin vacilar, contra el impío
Alzaré de las leyes la enchilla.
— Piénsalo, Amir. — Mi ley es absoluta.
— Muley, en su favor habló el destino.
— Yo haré mentir la prediccion aciaga,
Y su estrella fatal, que nos amaga,
Apagaré en mitad de su camino. »

Reverberaban de Muley los ojos
Y chispeaban los ojos de la Mora
Con vívidos destellos:
Estos de la ambicion devoradora
Con el triunfante resplandor, y aquellos
Con el torbo fulgor de los enojos.

Pasaron todavía unos instantes
De plática en secreto
Uno de otro en los brazos: el objeto
De tal conversacion le comprendia
El corazon no más de ambos amantes:
Solo el susurro de su voz se oía.

A poco, de los brazos de la Mora
Desprendiéndose el Arabe, embozose
En su blanco alquicel y hácia el calado
Arco del mirador adelantose.
Siguiole hasta el umbral la encantadora
Sultana, con un beso regalado
Sellando el labio de Muley, quien presto
A desaparecer por la escusada
Galería la dijo: « Aláh te guarde,
Lucero de la aurora.
— El te acompañe, amir, dijo Zoraya:
Perdona empero al alma enamorada
Si duelo te causó. — La llama que arde
Inextinguible, inmensa
En mi pecho, Zoraya idolatrada,
Al amor que en el tuyo se atesora
Digna procurará dar recompensa.
— Los destinos, Señor... — Yo haré que fijos
En tu favor los astros permanezcan:
Yo te lo juro, luz del alma mia,

Tu reinarás y reinarán tus hijos :
Deja que el tiempo corra y ellos crezcan. »

Dijo el rey y tomó la galería :
Y por verle cruzar el lindo huerto,
A donde oculta la escalera baja
Y la esclava le espera al entre abierto
Postigo, descorrió la celosía
Del dorado balcon de Lindaraja
Zoraya, y saludole muchas veces,
Mientras en el jardin le distinguia
Desde los arabescos ajimeces.

Y hé aquí que mientras ella contemplaba
El jardin, y la espalda al aposento
Para mirar á su señor tornaba,
Bajo la celosía que se alzaba
De una de las ventanas que en el muro
Lateral de la cámara se abrian,
        Sagaz, osado, atento,
Como á la voz secreta de un conjuro
Asomó un rostro pálido un momento :
Un rostro de mujer en que lucian
Dos ojos como rayos en lo oscuro.
Clavaron estos ojos en la Mora,
Vuelta hácia el huerto aún, una mirada

Rencorosa, tenaz, devoradora:
Y las palabras lugúbres dejando
Una á una salir con voz ahogada,
Cual sin querer la idéa formulando
En la palabra apenas pronunciada,
Murmuró la mujer allí asomada:
« ¿Tú reinarás y reinarán tus hijos,
« Porque hará que los astros permanezcan
« En tu favor resplandeciendo fijos?...
« ¡Deja que el tiempo corra y ellos crezcan! »

Dijo: y, volviendo el rostro la sultana
Hácia el rico aposento,
Tornó á desparecer en un momento
El rostro de mujer de la ventana.

II

EL SALON DE COMARES.

Amanecía apenas: los reflejos
De la rosada luz del sol naciente
A dorar comenzaban á lo lejos
De la ancha sierra la arbolada frente:
Y empezaba la aurora purpurina
Ostentosa á tender su velo de oro
    Prendido en el oriente,
Sobre la estensa vega Granadina,
    Ceñidor de verdura,
Morisco chal que envuelve la cintura
De la ciudad en donde reina el Moro.

Comenzaba á sus cárdenos fulgores
La tierra fértil á tomar colores,
Exalando de sí el aroma suave
De la humedad nocturna, y comenzaba

La flor á abrirse, á gorgear el ave,
Y la brisa del alba revoltosa
A estremecer del bosque, donde erraba,
La cabellera verde y rumorosa.

Fresca, gentil, risueña,
A la primera luz de la mañana
Se despertaba la ciudad sultana,
De cien ciudades orgullosa dueña:
La ciudad del amor y de las flores:
La ardiente y hermosísima Africana,
Que reclina su frente soberana
Sobre el fresco tapiz de mil colores
Que á sus piés tiende su florida tierra,
Y cuyas orlas por do quier remata
Con caireles de lázuli y de plata,
Ya el mar que entorno de ella se dilata,
Ya la nevada fronteriza sierra.

Asomado á un balcon de la alta torre
Llamada de Comares, cuyo asiento
El Darro besa que á su planta corre
Regando huertas mil en curso lento,
Esperaba el Rey árabe la hora
De recibir al Castellano Vera,
Quien no queria que en la corte mora

La venidera aurora
Su embajada sin dar le amaneciera.

La gente Granadina
Con la nueva alarmada
De aquella ceremonía, aglomerada
Ante Bib-el-Leujar la matutina
Luz aguardaba con afán, curiosa
De conocer el fin de esta embajada,
Mas misteriosa cuanto no esperada.

Mil interpretaciones
Daba á su objeto el vulgo: comentaban
Los viejos y santones
Las causas y políticas razones,
Que pudieron mover al Rey cristiano
A enviar á la ciudad del Africano
La enseña militar de sus legiones:
Mas fatigaban el discurso en vano;
Ignoraba hasta el Rey las intenciones
Con que vino á su corte el Castellano.

Este á su vez y entanto, prevenido
Para cumplir con su mision, oía
Desde la torre que ocupaba el ruido

Que de ella al pié la multitud hacía.
Ya antes del alba con atento oido,
Ojo sagaz y espíritu mañero,
La situacion inspeccionado habia
De la árabe ciudad el caballero.

De pechos en la almena
De su torre moruna,
Al resplandor de la creciente luna
La contempló de fortalezas llena,
De muros bien cercada,
Bajo un clima feliz y en cultivada
Campiña rica, saludable, amena,
Por tres rios á par fecundizada,
Y favorita en fin sin duda alguna
Del amor de la próspera fortuna :
Y el noble Castellano, inteligente
En el arte y estudios de la guerra,
Vio que estada en su tierra
Bien prevenida la Africana gente.

Comprendió de Don Juan el buen sentido
En la quietud de su nocturna vela,
Que habia el moro rey, muy entendido,
Coronado sus torres y alminares
Por uno y otro atento centinela,

Y diestra y sabiamente repartido
Sus vigias y puestos militares :
Concluyendo por fin Don Juan de Vera
De la ciudad entera
La nocturna revista,
Diciéndose á sí mismo sin reparo
Cuanto iba á ser al Castellano caro
Lograr de aquella tierra la conquista.

Hallabase en la torre todavía
El buen comendador, rectificando
A la primera luz del nuevo dia
El juicio que hecho por la noche había,
Cuando vió que á su torre aproximando
Un escuadron de Moros se venía,
La plaza del aljibe atravesando.
Dejó la almena, convocó su gente
Y, á la plaza bajando,
La tendió de los Arabes en frente.

Entónces el wazir, que administraba
La justicia del reino
Y el gobierno interior de la alcazaba
Del Granadino Rey, ante la fila
De los ginetes árabes saliendo,
Fuese para Don Juan, con faz tranquila

Y sosegada voz así diciendo :
« La fé de Aláh te alumbre, Castellano.
« Has demandado con la luz primera
« Al Rey hablar : ven pues, que ya te espera
« Del consejo en presencia el soberano. »
Encontrando la arenga algo altanera
Y contemplando al Arabe un momento
« Vamos » dijo no más don Juan de Vera :
Y á paso noble, magestuoso y lento,
De la ancha plaza atravesó el espacio
Que apartaba no mas su alojamiento
De las doradas puertas del palacio.

De la soberbia torre de Comares
En la ostentosa cámara, alfombrada
Con alkatifas persas, perfumada
Con pebeteros de oro y con millares
De estrañas, ricas y olorosas flores
Que en sus pensiles dán los Alijares,
Esperaba Muley al Castellano
En medio de su corte y su nobleza,
Queriendo ante los ojos del cristiano
Hacer ostentacion de su grandeza.

Con la rosada luz de la mañana
Resplandecia en toda su hermosura

La labor africana
De aquella estancia régia, que figura
Un pabellon de rica filigrana,
Trabajo de algun Genio por ventura
Segun la tradicion mahometana.

En torno de Muley, sobre divanes
De púrpura, los viejos consejeros,
Los kadís y los nobles capitanes
Del ejército, estaban los primeros.
De su rey menos cerca,
De pié, con respetuosos ademanes,
Los demás cortesanos caballeros
Ocupaban el patio de la alberca
A sombra de sus frescos arrayanes.

El estanque y las fuentes del palacio,
Ornadas con vistosos surtidores,
Poblaban el espacio
De caños de cruzados saltadores
Que, deshechos en gotas en la altura,
Doblaban del ambiente la frescura
Como perlas cayendo entre las flores,
Que al borde crecen de la alberca pura
Llena de pececillos de colores.

Del wazir precedido
Y de diez caballeros Castellanos
Por decoro seguido,
Armado de los piés hasta las manos,
Del manto de Santiago revestido,
Con apostura grave y altanera,
Por medio de los nobles Africanos
El patio atravesó Don Juan de Vera.

Torba mirada de los ojos fieros
Del círculo de Moros caballeros
Pesó sobre don Juan desde su entrada,
Manteniéndose en él, tenáz, clavada,
Hasta los piés de el granadino trono;
Bien revelando el animoso encono
Con que su roja Cruz se ve en Granada.

Don Juan, empero, en ademan tranquilo,
Y mesurado aunque orgulloso porte,
Avanzó hasta el marmóreo peristilo
Que da entrada al salon do está la corte:
Llegó hasta el trono de Muley y en tierra,
Sin humildad, hincando una rodilla,
Preséntole una caja en que se encierra
Su régia credencial dada en Sevilla.

Tomola sin abrirla el Africano
Con altivo desden, y del prolijo
Ceremonial haciendo al Castellano
Amplia merced, lacónico le dijo :
« Ya te escucha Muley : habla, Cristiano. »
Pusose en pié Don Juan y con pausada
Voz, que pudo entender el mas lejano,
De esta manera espuso su embajada:

« Yo, Don Juan de la Vera, caballero
« Comendador del órden de Santiago,
« En nombre de mi rey vengo : primero,
« A reclamar al atrasado pago
« De tu tributo anual integro, entero,
« Y despues, de Castilla con Granada
« La tregua á prolongar, que es acabada. »

Dijo Don Juan y enrojeció el semblante
Del Arabe la cólera : en la estancia
Rumor universal cundió al instante
De indignacion terrible, la arrogancia
De tal mensaje oyendo : mas de un guante
Se alzó en contestacion de su jactancia :
Mas de un Moro dió un paso hácia adelante,
Puesta la mano en el alfanje : empero
Sus iras atajó Muley severo.

« Cristiano (dijo el rey con voz airada),
« Ve á decir á los reyes castellanos
« Que han muerto ya los reyes de Granada
« Que pagaban tributo á los cristianos :
« Que la moneda entónces acuñada
« No conocemos ya, ni nuestras manos
« Labran ya mas metales que el acero
« De que forja su arnés el Caballero.

« Oiste : parte, pues. Yo te perdono
« La vida y la embajada. A la frontera
« Del reino salvo llegarás : mi encono
« No infringirá mi fé : mas la postrera
« Colina al trasponer donde mi trono
« Se respeta y tremola mi bandera,
« De mi hablar oirás, yo te lo juro
« Castellano. Ve en paz, que vas seguro. »

« Moros, dijo don Juan con altanero
« Mas tranquilo ademan, si mi mensaje
« Os ofendió, ved bien que el mensajero
« Ni un punto le ha añadido : mi lenguaje
« Fue exactamente el de mi rey : y espero
« Que ninguno por él me hará el ultraje
« De esquivar con desden, si es que me halla,
« El bote de mi lanza en la batalla. »

Dijo Don Juan. Los nobles Africanos,
De los valientes siempre apreciadores,
Abrieron en silencio á los cristianos
Paso, ahogando en el pecho los rencores
De raza y religion. Los Castellanos
Volvieron á montar sus piafadores
Corceles : y, dejando á rienda suelta
La ciudad, dieron á Castilla vuelta.

Cuando el sol de aquel dia en occidente
Irradiaba sus últimos reflejos,
Ya trasponia la cristiana gente
Los cerros fronterizos. A lo lejos
Les vió desde sus torres impaciente
El árabe monarca, cuyos viejos
Mas perspicaces ojos todavía
Penetran la confusa lejanía.

El brillo de las lanzas castellanas
Apenas se sumió en el horizonte,
Y apenas, embozada en sus livianas
Sombras, la noche á descender del monte
Comenzó, cuando Hasan sus africanas
Armas pidió diciendo : « Que se apronte
« Una hueste elegida y numerosa
« A partir en la noche silenciosa.

« Yo la conduciré. » Llamó en seguida
A su wazir Abú-l'Kazin, que era
Gobernador de la ciudad, y « cuida
« (Le dijo) bien de que se cumpla entera
« Mi voluntad. Despues de mi partida
« Pon á Aija en una torre prisionera
« Con su hijo, y á habitar manda que vaya
« En el jeneralife la Zoraya.

« Ten á esta como mi única sultana,
« A Aija y Abú Abdil como traidores.
« Yo á tocar á una villa castellana
« Una alborada voy con mis tambores,
« Y tardaré lo mas una semana
« En volver á la Alhambra. ¡ Ea, señores,
« A caballo y silencio! los soldados
« En Bib-arrambla esperan convocados. »

Dijo Muley, su intimacion postrera
Dirigiendo á sus guardias : y, montando
En su caballo de batalla que era
Un arábe veloz, partió tomando
La cuesta de Gomeles, con guerrera
Planta en la plaza real desembocando :
Y, al frente de su hueste, de Granada
Salió á empresa de todos ignorada.

LIBRO TERCERO.

ZAHARA.

I

GONZALO ARIAS DE SAAVEDRA.

Está Zahara en una altura
Entre montaña y colina,
Sentada en la peña dura
Que asoma la cresta oscura
Por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los Cristianos
De noche hogueras en ella,
No distinguen los paisanos
Si son sus fuegos lejanos
Luz de atalaya ó de estrella;

Y cuando el alba naciente
Dora la almenada villa,
Se confunde fácilmente
Con la armadura que brilla
El rielar de la fuente.

Sus atalayas pusieron
Los Moros en ella un dia,
De fosos la circuyeron,
Y apriesa la abastecieron
Porque el invierno venia.

Tubieronla muchos años
De los Cristianos guardada,
Con mil ardides estraños
Causándoles muchos daños
En guerra tan prolongada.

A la sombra guarecidos
De sus breñas y pinares,
Bajaban como bandidos
Y robaban atrevidos
Alquerias y lugares.

Toleraban los Cristianos
En silencio sus desmanes:
Pero pensando á las manos
Coger á los Africanos
De aquel peñon gavilanes.

Estaban los insolentes,
Aunque pocos, confiados,
Conociéndose valientes:
Los Cristianos, mas prudentes,
Les cogieron descuidados.

Todos los de aquella tierra,
Procurándose en secreto
Mil utensilios de guerra,
Atravesaron la sierra
De asaltarla con objeto.

Y una noche la asaltaron,
Y guardarla no supieron
Los Moros que la fundaron;
Cinco veces la cobraron
Y otras cinco la perdieron.

Entónces los vencedores
Doblaron su alta muralla,
Y abrieron fosos mayores
Para guardar previsores
La prenda de la batalla.

Estrecha y sola una senda
Dejaron en todo el cerro,
Porque mejor se defienda,
Si se empeña otra contienda,
Su sola puerta de hierro.

Por eso en sus torreones
Y en sus anchos murallones
Guardó la morisca villa,
Sobrepuestos, los blasones
De los reyes de Castilla.

Tal es Zahara : y en la altura
Del cerro en que está fundada,
Y por la fragosa hondura
De sus barrancos guardada,
Siempre estuviera segura

De los Moros, como el nido
De un águila suspendido
En inaccesible peña,
Si menos la hubiera sido
Su fortuna Zahareña.

Pero su alcaide cristiano
Nació con estrella aciaga,
Y Dios apartó su mano
Del infeliz Castellano,
Y el rayo de Dios la amaga.

Porque ¡ ay ! ¿ que la han de valer
Su muro y torres de piedra,
Si los ha de mantener,
Sin fortuna y sin poder,
Gonzalo Arias de Saavedra?

¡ Desventurada es la historia
De este buen gobernador,
Bravo capitan sin gloria,
Blanco de mala memoria
Y de fortuna peor!

Desdichada fué su raza (1):
No hubo cálculo ni traza
Que al revés no le saliera,
Ni bando, opinion ó plaza
Que, suya, prevaleciera.

Siguió su padre Hernan Arias
De Enrique el rey las banderas
A las de Isabel contrarias,
Y perdieron las primeras
Sus empresas temerarias.

Del de Cádiz se allegó
Hernan á los partidarios,
Y el encono se estinguió
De los grandes sus contrarios,
Y Hernan Arias se fugó.

De los Moros amparóse
Y por los Moros mantuvo
A Tarifa; mas tornose
La suerte: capitulose,
Y Arias que entregarse tuvo.

Caballeros en Castilla
Intercedieron por él,
Y, olvidando su mancilla,
Le indultó Doña Isabel
Confinándole á Sevilla.

Bien único hereditario,
En su aljarafe tenia
Un torreon solitario,
Y allí su infortunio vario
Fuese á llorar noche y dia.

Mas hé aquí que maltratado
Por el tiempo el edificio,
Y él imposibilitado
De gastar solo un cornado
De su hacienda en beneficio,

En un temblor que agitó
Las tierras circunvecinas
Su torre se desplomó,
Y Hernan Arias pereció
Sepultado entre sus ruinas.

¡ Desventurado Hernan Arias !
Las estrellas tan contrarias
Le fueron en paz y en guerra,
Que hasta se le abrió la tierra
Sin exéquias funerarias.

Su hijo Gonzalo, heredero
De su fortuna fatal,
Aunque habido por guerrero
Valiente y buen caballero,
Lo pasó siempre bien mal.

De su padre la memoria,
Lo siniestro de su historia
Y proverbial desventura,
Le hicieron, sin préz ni gloria,
Pasar una vida oscura.

Dotado de alto valor,
De ciencia y destreza rara
En la guerra, con honor
De alcaide gobernador
Le enviaron al fin á Zahara.

Diole la reina Isabel
Compadecida este cargo :
Pero, dándosole á él,
El mejor panal de miel
Se le hubiera vuelto amargo.

Era Gonzalo un valiente
Y entendido capitan,
Tan audáz como prudente :
Mas ¿que hará si no le dan
Ni bastimentos ni gente?

« Tu lealtad y tu bravura
« Tendrán á Zahara segura »
Le dijeron, y le enviaron
A Zahara : mas no contaron
Con su innata desventura.

Sin víveres y sin oro
Con que pagar sus soldados,
No puede ni su decoro
Sostener, ni contra el Moro
Tenerles subordinados.

Su gente se le rebela:
Y él, solo, en continua vela,
Su fortaleza recorre,
Y hace á veces centinela
El mismo en alguna torre.

« Sinó por obligacion
« Por vuestro bien ayudadme, »
Les dijo en una ocasion :
Y su alferez Luis Monzon
Contestole ébrio : « Pagadme. »

Y el pobre Gobernador,
Sin influencia y sin pan,
Se vió inútil capitan
De gentes que sin temor
Ni amor hácia él están.

Pedia al gobierno amparo
De víveres ó dinero :
Pero el gobierno reparo
No ponía, y el frontero
Seguia en su desamparo.

Dos veces quiso salir
A correr la mora tierra:
Mas sus gentes, al oir
Que se trataba de guerra,
No le quisieron seguir.

Tal era la situacion
De Zahara en esta ocasion;
Tal es el afán que arredra
El brio del corazon
De Gonzalo Arias Saavedra.

Por eso sus Castellanos
Se están mal entretenidos
En casa de los villanos,
En pensamientos livianos
Con las mozas divertidos;

Pues por demás licenciosos
Son siempre nuestros soldados,
Cuando en puestos apartados
Les dejan vivir ociosos,
Por libres ó mal pagados.

El rey moro, que sondara
Su abandono y su pobreza,
Se dijo : « Es cosa bien clara
Que me da la fortaleza
Quien así la desampara :

Con que tomarla es razon. »
Y Hasan dispuso á este fin
Misteriosa espedicion,
Dándole gente en union
La Alhambra y el Albaycin.

Salió pues de la ciudad
Muley en la oscuridad,
Sin decir de esta salida
La razon desconocida,
Para mas seguridad.

Y es fama que el Africano,
De Bib-arrambla al pasar
Bajo el arco, dijo ufano :
« Le tengo de festonar
Con cabezas de Cristiano. »

Era una tarde nublada
De tormenta amenazada :
El viento ronco mugia,
Y en anchas gotas caia
A espacios lluvia pesada.

Cerrose en oscuridad
El cielo : la tempestad
Desgarró las nubes pardas,
Y brilló en las alabardas
El relámpago fugaz.

Entre la enramada espesa
De un pinar de que se empara,
Con la gente de su empresa
Iba Muley á hacer presa
En la descuidada Zahara.

Caidos los martinetes
Sobre las mojadas telas
Revueltas á los almetes,
Caminaban los ginetes
El lodo hasta las espuelas.

Mohino el Rey por demás,
De los pasos el compás
Oyendo con mal humor,
Iba: junto á él un tambor
Y los peones detrás.

Tras estos los saeteros
Y hasta cien arcabuceros:
Luego los escaladores,
Luego trompas y atambores,
Y luego los ingenieros.

Tras ellos, en pelotones
Flanqueados por dos alas
De ginetes con lanzones,
Muchos negros con escalas
Para entrar los torreones.

La media noche seria
¡ Espantosa noche á fé !
Cuando de la roca umbria
Sobre que Zahara dormia
Se detuvieron al pié.

Contó el rey cuidosamente
Las hogueras y señales,
En que convino prudente
Con sus guias, y la gente
Partió en dos bandos iguales.

Guardando el cerro dejó
Los ginetes : apostó
Los saeteros mejores,
Y él con los escaladores
Por el peñasco trepó.

La oscuridad, la tormenta,
Patrocinan su ascension
Ardua, silenciosa y lenta :
Todo Muley lo hubo en cuenta
Con astuta prevision.

El ruido de sus pisadas
Sofoca el ruido del viento,
Y las aguas despeñadas
Por las ásperas quebradas
Con estrépito violento.

Tal vez descienden rodando
De roca en roca chocando
Pedazos de las montañas,
Pinos, chozas y alimañas
Consigo al valle arrastrando.

Tal vez una encina añosa,
Arraigada en un peñon
Todo un siglo, estrepitosa
Se rompe con temerosa
Y atronadora esplosion.

Tal vez algun lobo, fuera
De su cueva sorprendido,
Bajo una peña cogido
Invoca á la muerte fiera
Con un espantoso ahullido.

Tal vez por algun torrente
Arrastrada una serpiente
De un precipicio á la hondura,
Rasga la atmósfera oscura
Con un silvido estridente.

¡Horrible noche es aquella
En que, mientras contra Zahara
Ronca tempestad se estrella,
De la tempestad se ampara
Muley audáz contra ella!

La villa desventurada,
Por el viento sacudida,
Por el turbion anegada,
Y en las tinieblas velada,
Reposaba adormecida.

Apena en un torreon
De su vieja ciudadela,
Encogido en un rincon
Murmura escasa oracion
Un cristiano centinela.

Tal vez duerme sin afán
Al calor de su gaban
En su garita, al arrullo
Que viento y agua le dan
Con su continuo murmullo :

Y tal vez, sobre la mano
La barba y en la rodilla
El codo, sueña el cristiano
Una aurora de verano
En un lugar de Castilla.

II

¡Tremenda noche! la lluvia,
Desgajándose á torrentes
Por las quebradas vertientes
De la Sierra, con fragor
A la hondura de sus valles
Consigo arrastrando baja
Los árboles que descuaja
Del vendabal el furor.

¡Tremenda noche! Iracundos
Los rebeldes elementos
Amagan de sus cimientos
Las montañas arrancar :
Y, en la cresta de la roca
Donde se halla suspendida,
Con impetu sacudida
Tiembla Zahara sin cesar.

A una aspillera asomado
De su antigua ciudadela,
El buen Arias está en vela,
Ocupado en escuchar
Los rumores que á su oido
En sus alas trae el viento,
Y un fatal presentimiento
No le deja sosegar.

Nada sus tenaces ojos
Ven en noche tan cerrada :
No percibe ni oye nada
En la densa lobreguez,
Mas que el velo tenebroso
Y la voz de la tormenta,
Cuya furia se acrecienta
Con horrible rapidez.

A sus piés reposa Zahara :
Sus tejados ve, á la lumbre
Del relámpago, en la cumbre
Donde el pueblo se fundó :
Mas la roja llamarada
Que el relámpago refleja
Le deslumbra y no le deja
Comprender lo que á ella vió.

Al resplandor instantáneo
Con que el pueblo se ilumina,
Cree tal vez ver la colina
Con el pueblo vacilar :
Y á veces, en el instante
De iluminarse de lleno,
Cree ver de Zahara en el seno
Vagas visiones errar.

Blancos bultos, misteriosas
Sombras, móbiles reflejos
Tras los muros á lo lejos
Moverse y lucir cree ver;
Cual si, haciendo de ellas vallas,
Los espíritus del monte
De sus torres y murallas
Se quisieran guarecer.

¡Delirios vanos! quimeras
De su débil fantasía!
Pasa el pobre noche y dia
En continua agitacion,
Y, con fé supersticiosa
Creyendo en su fatalismo,
Recela hasta de sí mismo,
Trastornando su razon.

¡Ilusiones! Arias solo
Oye el vendabal que brama,
Y el agua que se derrama
Por los tejados rodar,
Y en los muros del castillo
El rumor acelerado
De los pasos del soldado
Que acaban de relevar.

Oye el sordo remolino
Con que rueda la tormenta
Haciendo girar violenta
Las veletas de metal,
Y zumbar estremecida
La mal sujeta campana,
Y temblar en la ventana.
El desprendido cristal.

Todos reposan en Zahara
La atalaya de Castilla:
Solo se oyen por la villa,
En la densa oscuridad,
El agua de las goteras
Y el rumor del vago viento,
Que ruge con el acento
De la ronca tempestad.

Solo en apartada torre
Del mal guardado castillo,
Con el fugor amarillo
De una lámpara al morir,
Velan algunos soldados
Y se siente desde fuera
El rumor de una quimera
Y jurar y maldecir.

Oyense sus carcajadas,
Sus apodos insolentes:
Pues en esto han tales gentes
Contentamiento y placer;
Se juntan en borracheras
Para acabarlas riñendo,
Y vuelven en concluyendo
Desde reñir á beber.

Y en el calor de las órgias
Y el vapor de los licores,
Disertan de sus amores
En obsceno platicar;
Pues su lengua irreligiosa,
Sin respetos y sin vallas,
Solo de sangre y batallas
O mugeres ha de hablar.

De estas se miran algunas,
Con los soldados mas mozos
En impúdicos retozos
Y deshonesto ademan,
Que, osadas y descompuestas,
O blasfemando ó riñendo,
Hasta embriagarse bebiendo
Desatinadas están.

La trémula llamarada
De una hoguera agonizante
Presta á su rudo semblante
Una espresion mas feroz;
Y, recibiendo la bóveda
La algazara en su ancho hueco,
Remeda con largo éco
La desentonada voz.

Harto de vino y de amores,
En dos bancos apoyado,
Cantaba un viejo soldado
Al són de un roto rabel,
É hiriendo á compas la mesa
Con plato, jarra ó cuchillo,
Ahullaban el estribillo
Ellos y ellas con él.

Brindaban, y á cada bríndis
Insensatos blasfemaban,
Y reian y danzaban
Completando la embriaguez:
Ysus sombras, en silencio,
Gigantescas, agitadas,
Cual fantasmas convidadas
Erraban por la pared.

« ¡ A ellos ! » gritaron voces:
Y entraron el aposento,
Diez á diez y ciento á ciento,
Los Moros del rey Hasan;
Y apenas á las espadas
Acudieron los cristianos,
Les cercenaron las manos
En donde tan mal están.

Lidiaron acaso algunos:
Pero tantos les entraron,
Que al fin les acuchillaron
Con las hembras á la par.
A los gritos de los Moros
Los cristianos despertaban;
¡ Pero los tristes se hallaban
Cautivos al despertar!

La soñolienta pupila
Prestaba crédito apenas
A las cuerdas y cadenas,
Con que atados dos á dos
Por los Arabes se vieron,
A quienes con lengua y ojos
Pedian piedad de hinojos
En el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres,
De los niños los sollozos,
Los esfuerzos de los mozos,
El dolor de la vejez,
Son inútil resistencia:
Porque á todos los infieles,
Atados como lebreles
Les arrastran á la vez.

En vano lucha la vírgen
Desesperada con ellos,
Que con sus própios cabellos
Mordaza ó cordel la dan;
En vano niños y enfermos
Yacen sin fuerzas postrados,
En tropel como ganados
Todos á los hierros ván.

Fueron tristísimas horas
Las de noche tan sangrienta.
¡ A quién de ella pidan cuenta
Malas cuentas ha de dar!
Mas no Arias, á quien el mundo
Con su fé abandona en Zahara,
Porque Dios no desampara
A quien de él se va á amparar.

Corazones como el suyo,
Almas cual la que le anima
Dios tan solo las estima
En su pristino valor:
Aniquilado bien pronto
El cuerpo que les encierra,
Vuelve su polvo á la tierra
Y su esencia al Criador.

Creyó al fin Gonzalo Arias,
Desde la torre en que vela,
Sentir en la ciudadela
Un verdadero rumor
De voces y de pisadas,
Y distinguir en la sombra
Muchas gentes agolpadas
A la muralla esterior.

Iba el caracol de piedra
A tomar del muro, cuando
Por él su escudero entrando
Dijo : « ¡ Los Moros, Señor! »
Asió al punto Arias Saavedra
Un hacha y un triple escudo
Que halló á mano, y torbo y mudo
Lanzose hácia el corredor.

Por el caracol torcido
Se hundió como una callada
Sombra, y la puerta ferrada
De las almenas abrió.
Confuso tropel de Moros
Llenaba el adarve estrecho :
Gonzalo Arias derecho
A los Moros se lanzó.

Tendió del primer hachazo
Los dos que halló delanteros,
Y al querer tirar del brazo
La mano de otro segó.
A tan repentino ataque
La morisma, acorralada,
Abrió círculo espantada
Y en el centro le dejó.

Mas Arias, que no veia
De verguenza y de ira ciego,
Cerrose con ellos luego
Con ímpetu asolador;
Y, al ver el horrendo estrago
Que en ellos su brazo hacia,
Ninguno se le atrevia,
Embargados de pavor.

Pero sobre ellos cargaba
Gonzalo Arias con tal brio,
Que adelante les llevaba
Sin dejarles revolver;
Y uno, que frente arrestado
Le hizo, entre dos almenas
Le derribó atravesado
Y en el foso fué á caer.

Aquel hombre despechado,
De mirada centelleante,
De colérico semblante
Y de fuerzas de Titan,
Sín mas que un broquel y un hacha,
Pálido y medio desnudo,
Peleando solo y mudo
Con desesperado afán:

Aquel hombre aparecido
De repente en medio de ellos,
Herizados los cabellos,
Cual de un vértigo infernal
Poseido, hizo á los Moros
Concebir honda pavura,
Contemplando en su figura
Algo sobrenatural.

Un instinto irresistible
De temor supersticioso
De aquel hombre misterioso
En tropel les hizo huir,
Cual si vieran, bajo el rostro
De aquel hombre temerario,
Un espíritu contrario
De Mahoma combatir.

Abandonó, pues, el muro
Todo el peloton Alarbe,
Y dejó sobre el adarve
Solo á aquel hombre fatal.
Crispado, calenturiento,
A las almenas de piedra
Asomose Arias Saavedra
Presa de angustia mortal.

Allá abajo, en las tinieblas,
Por las calles de la villa
En la lengua de Castilla
Invocar á Dios oyó.
« ¡ A Dios (dijo con desprecio)
A Dios invocais ahora !
¡ Miserables ! ya no es hora :
Sucumbid, pues, como yo. »

Y á largos pasos tomando
Del castillo la escalera,
Fué á dar como una pantera
En el patio principal.
Un capitan de Granada
Allí amarrados tenia
Cuantos perdonado habia
La cimitarra fatal.

Arias, de un salto, se puso
Delante del Africano
Y, asiendo con una mano
Las bridas de su corcel,
Le dió en el frontal de acero
Tan descomunal hachazo,
Que caballo y caballero
Vinieron á tierra de él.

Los Arabes que mas cerca
Del capitan se encontraron
Sobre Gonzalo cargaron
Con gritería infernal:
Pero dieron con un hombre:
Y el primero que imprudente
Se llegó á Arias, en la frente
Recibió el golpe mortal.

El capitan, desenvuelto
De su caballo caido,
Vino como tigre herido
Sobre el alcaide á su vez:
Recibió su corvo álfange
El Castellano forzudo
Dos veces en el escudo,
Con serena intrepidez;

Y al verle ébrio de corage
Descargarle el tercer tajo,
Metiole el hacha por bajo
Y el brazo se cercenó.
Saltó el pedazo partido
Con la cimitarra al suelo,
Y el Moro, con un ahullido
De dolor, se desmayó.

Saltó Arias de él por encima
Y, del caballo tendido
Quedándose guarecido,
Volvió la lid á empezar.
Acometenle los Moros:
Mas ningun golpe le ofende
Por delante, y se defiende
La espalda con un pilar.

Entraba en esto en el patio
El viejo rey de Granada:
Mas detúvose á la entrada
A admirar el varonil
Aliento de aquel solo hombre
Que, sin casco ni armadura,
Tiene á raya la bravura
De los hijos del Genil.

Estaba Gonzalo Arias
De sangre y sudor cubierto
Tras del caballo, que muerto
A sus plantas derribó;
Anhelante de fatiga,
Descolorido y rasgado,
Como un espectro evocado
Del panteon que le guardó.

Al ver con cuanta destreza
De tantos se defendia,
De tan alta bizarria
Pagado el viejo Muley
« ¡ Teneos ! » gritó á los Moros ;
Y, yéndose al Castellano,
Le dijo afable : « Cristiano,
Ríndete : yo soy el rey. »

No pudo Arias de cansancio
Contestar. « Quien quier que fueres
(Añadió el rey) valiente eres :
Ríndete à mí y salvo irás. »
Arias, ronco de fatiga,
Pero con alma serena,
Dijo : « Muerto, enhorabuena :
Pero rendido, jamás. »

« Cristiano, repuso el Moro,
Yo soy Muley y rendirte
A mí no será desdoro. »
Y Arias dijo : « Y yo, Muley,
Soy Gonzalo Arias Saavedra,
Y mientras me quede aliento
Y en Zahara quede una piedra
La mantendré por mi rey. »

Ahogó la piedad del Moro
Respuesta tan arrogante
Y, colérico, « ¡Adelante,
Saeteros ! » esclamó.
Atravesado de flechas
Hincó Arias una rodilla
Gritando « ¡ Cristo y Castilla
Por los Arias! » Y espiró.

Cortaronle la cabeza,
Y en el arzon delantero
La ató un negro de Baeza
Por trofeo de valor.
Tal fué el fin desventurado
Del bravo alcaide de Zahara :
La suerte le negó avara
Todo, menos el honor.

Cuando del dia siguiente
Comenzó á lucir la aurora,
Daba á Granada la vuelta
La morisma victoriosa.

Marchaba Muley delante,
Y, en el centro de su tropa,
Dos mil cautivos atados
Al carro de su victoria.
Mandó el rey que los cristianos,
Guardados por bueña escolta,
Fueran delante á Granada
Por la vereda mas corta;
Pero prevenido habiéndole
Que, por si las tierras prócsimas
Se levantan, con presteza
Caminar es lo que importa:
« ¿En que está, dijo, el retraso?
— En los cautivos que estorban,
— Pues bien, dijo con desprecio,
Obligadles á que corran,
Y lleguen los que llegaren:
Los mozos á las marmorras,
Las muchachas al harén
Y los viejos á la horca. »

III

Era la noche del siguiente dia
En que el fiero Muley salió de Zahara,
Vencedor insolente. Era una oscura
Y nebulosa noche : no lucia
En el cielo la luna : benda impura
De nubarrones cárdenos cubria
La luz serena de su antorcha clara.
Ceñian por do quier el horizonte
Negros grupos de nubes apiñadas
De vapores eléctricos preñadas,
Y alcanzabanse á ver de monte en monte
Del frecuente relámpago, azuladas,
Arder las repentinas llamaradas.

A un balcon de la torre de Comares
Asomada en silencio, la altanera
Aija escuchaba con el alma entera
Lejano són de gritos populares
Que, por la densa atmósfera perdidos,

Traia á sus oidos,
De cuando en cuando, ráfaga ligera.
Tras ella Abú Abdilá sobre su hombro
El noble rostro juvenil tendia,
Como su madre oyendo con asombro
La confusa y estraña vocería
Que, en las tinieblas de la noche, el viento
Con eco sordo resonar hacia
Bajo el techo del cóncavo aposento.

« ¡ Oyes, hijo Abdilá! con ansia dijo
La Sultana. — Sí, madre y no comprendo...
Contestó Abú Abdil. ¡ Tal vez maldijo
Nuestra fortuna Aláh ! » Con ojo fijo
La espesa sombra penetrar queriendo,
Aija le interrumpió : « Calla : estoy viendo
Moverse algo en el bosque... ¿oistes, hijo?
— ¿ Un ruiseñor ? — Sin duda : mas no canta
Tan recio el ruiseñor... escucha atento.
¿ Le oiste? — Sí. — Pues bien, hijo, ese aliento
De un pájaro no cabe en la garganta.
— Oid, señora, oid; mas cerca el pio
Del ave se oyó ahora. — Es una seña
Que viene de las márgenes del rio.
— Sí, y en hacerse comprender se empeña.»
Acercaronse mas á la calada
Barandilla esterior del antepecho :

Mas Aija, de repente y sin ser dueña
De sí misma, cubriendo con su pecho
El pecho de Abú Abdil, gritó : « ¡ Hijo mio ! »
Silvando entró por el postigo estrecho
Del balcon una flecha disparada
Desde el bosque, y, tocando en la labrada
Piedra del arco, rechazó, en el lecho
De Abú Abdil cayendo despuntada.

« ¡ Traidores ! esclamó Aija, á nuestra vida
Tambien atentan ! » Mas alegremente
La interrumpió Abdilá, teniendo asida
La flecha : « Madre (dijo) trae cosida
Una carta. — Lee pues. » Rumor de gente
Se oyó en el corredor en este instante,
Y una esclava, asomándose á la puerta,
Dijo : « ¡ El wazir ! » Para la audáz Sultana
Fué cosa nada mas que de un momento
En el pecho ocultar la carta abierta,
La flecha devolver por la ventana,
Y serena quedar sobre su asiento.

Al punto mismo Abú-l'Kazin, ministro
De las venganzas de Muley, entraba
El nocturno registro
A hacer que en el salon acostumbraba,

Desque la torre de Comares era
Del Granadino príncipe y su madre,
Por órden de Muley, prision severa.

Saludó Abú-l'Kazin con afectada
Ceremonia, mostrando que lo hacia
Sin respeto y en pura cortesía:
Aija, en sus almohadones recostada,
Ni volvió la cabeza desdeñosa,
Ni le otorgó siquiera una mirada;
Abú Abdilá, imitando á su orgullosa
Madre, no contestó tampoco nada.
Abú-l'Kazin entónces, en sombrio
Silencio y con feroz torbo semblante,
La estancia registró con vigilante
Y prolija atencion. « Es deber mio, »
Dijo al fin, dirigiendo á la Sultana
Una mirada donde el odio brilla,
Y añadió: « Nuestro rey llega mañana
Vencedor de las armas de Castilla. »

Aquí, consigo sin poder, la Mora
Dijole: « ¿Son por ello esos clamores
Que turban el reposo? —Sí, Señora:
El pueblo aplaude, como siempre, ahora
A los reyes que vuelven vencedores. »

Una mirada le lanzó de fuego
La Mora y con desden le dijo luego :
« Tienes razon, Abú-l'Kazin : mañana,
Si volvieren vencidos, por traidores
Les silvará la multitud villana.
— ¡ Vele Alâh por el Rey, y no permita
Que el pueblo tenga por traidor, Sultana
A quien abrigue sangre Nazarita !
— Eso te digo yo. Los hijos tienen
La sangre de los padres y el que incita
Al padre contra el hijo, lo previenen
Las suras del Korán, á Dios irrita
Y su raza por Dios será maldita.
— Sultana, tus palabras... — El anuncio
Son del desprecio en que te tengo. — Holgara
La razon en saber. — Está muy clara.
— Pronúnciala, Sultana. — La pronuncio :
Tu padre, Abú-l'Kazin, fué tornadizo
Y traidor á su Dios, y yo detesto
A los hijos de padre que tal hizo.
No lo olvides jamás. — ¡ Oh ! lo protesto.
— Déjanos, pues, en paz. — La vez postrera
Volveré nada más, cuando el severo
Rey de Granada de su ley el yugo
Imponeros me ordene. — Aguarda fuera
Sus órdenes entanto, carcelero,
Hasta que hayas de entrar como verdugo. »

Salió el wazir, brillando en su pupila
El fuego del rencor : y la Sultana,
Luego que oyó el rumor de los cerrojos
De la postrera camara lejana,
La carta á desplegar volvió tranquila,
Devorandó lo escrito con los ojos.
Mirábala Abdilá con impaciencia,
Procurando leer en su semblante
Lo que ella en el escrito. En aparencia,
Si el wazir la acechara en este instante,
No pudiera, al mirar su indiferencia,
Sospechar que el papel era importante.
Leyó con avidez, pero serena :
Y aquella alma viril, que dominaba
Del placer el esceso y de la pena,
No dejó percibir á quien miraba
El gozo inmenso de que estaba llena.
¡Tanto era altiva, perspicaz y brava!

« Hijo mio Abdilá, dijo tras breve
Pausa, vas á partir. La muerte fiera,
De tu padre á la vuelta, aquí te espera,
Y abajo espera quien salvarte debe.
No el cielo señaló tu real cabeza
Para ceñir una corona en vano;
Tu destino de rey hé aquí que empieza;
Cumple, pues, tu destino soberano. »

Dijo y le dió la carta, que decia:
« Vuelve tu esposo vencedor, Sultana,
« Y la guadaña de la muerte impía
« Su mano trae; no aguardes á mañana:
« Cuando oigas luego que en silvar porfía
« El ruiseñor al pié de tu ventana,
« Descuelga á tu hijo Abú Abdilá por ella,
« Y un buen caballo le valdrá y su estrella.

« No temas ni vaciles: los vergeles
« De este valle, á tu vista tan tranquilo,
« A un escuadron de Abencerrages fieles
« Dan á estas horas misterioso asilo.
« Mi escritura conoces: no receles,
« Sultana, una traicion: pende de un hilo
« Del príncipe la vida: mas, burlada
« La muerte, volverá..... Rey de Granada.

« Aunque en firmar sé acaso que aventuro
« Mi cabeza, la suya es lo primero:
« Sírvate pues mi nombre de seguro
« Y alumbre tu razon Aláh infinito. »

Al pié de este renglon, claro y entero,
De Aly-Macer el nombre estaba escrito.

Leia Abú Abdilá, y á la lectura
De la carta fatal palidecia:
Y, leyendo en su rostro su pavura,
La madre el ceño varonil fruncia.
« Hijo de reyes, como Rey procura
Obrar, le dijo al fin. ¿Fortuna impía
Te acosa? Acosa, pues, á tu fortuna:
Mala es mejor tenerla que ninguna. »

Tal diciendo la intrépida Sultana
Llamó en voz baja á sus esclavas. Quiso
Abú-l'Kazin dejárselas, por vana
Demostracion de libertad y viso
De autoridad y pompa soberana,
En la prision. Entraron al aviso
Todas de su señora, y la severa
Sultana las habló de esta manera.

« Necesito una escala: en el momento
Desgarrad vuestras tocas y almaizales;
Los tapices que tiene el aposento
Trizas haced: mis lienzos y mis chales
Rasgad y, hasta que lleguen al cimiento
De la torre, anudad los desiguales
Pedazos: no os pareis en necias dudas:
Rasgadlo todo, aunque os quedeis desnudas. »

Hechas á obedecer, sin mas demora
Rasgaron la oriental tapicería
Que la ostentosa cámara decora,
El chal con que cada una se ceñia,
El rico pabellon de crugidora
Seda que el lecho de Abdilá tenia:
Cuanto á las manos se las vino asieron,
Y, formando un cordon, le retorcieron.

La Sultana y el príncipe, afanosos,
En tal ocupacion las ayudaron,
Y de esta ocupacion con los curiosos
Incidentes, que alegre la tornaron,
Del alma de Abdilá los temerosos
Tristes presentimientos se auyentaron:
Y rebosaba en gozo y osadía
Cuando el largo cordon se concluia.

Á poco un ruiseñor en la enramada
Los tres largos silvidos de su trino
Precursores lanzó. Corrió agitada
La Sultana al balcon, y mas vecino
Volvió á silvar el ruiseñor: callada
É inmovil escuchó: su oido fino
Y ojo avaro alcanzaron, en la hondura,
De un hombre el movimiento y la figura.

Un momento despues, en la maleza
Que al mismo pié del torreon crecia,
El ruiseñor silvó : la fortaleza
Y la continuidad con que lo hacia
Su voz, de la que dió naturaleza
Al ruiseñor un tanto desdecia
De cerca oida : pero al libre viento
Era bien fácil confundir su acento.

Ató Aija á Abú Abdil por la cintura
La punta de los lienzos anudados,
De su firmeza y solidez segura;
Los brazos un momento entrelazados
Tuvieron madre é hijo con ternura
Cordial : los labios trémulos, rasados
De lágrimas los ojos, no encontraron
Palabras, mas sus lágrimas hablaron.

Deshizose la madre la primera
Del cariñoso lazo, y saltó el hijo
Por la baranda del balcon afuera,
Teniendo el lienzo las mugeres fijo.
« Madre, dijo él, ¡ á Dios por vez postrera!
— ¡ Hijo de mi alma, á Dios! ella le dijo,
Y, bajando la voz : — honra tu nombre,
No vuelvas sinó Rey : lucha y sé hombre. »

Dijo: y, á una señal, franqueza dando
Las esclavas al lienzo, por la oscura
Region del aire, suelto, fué bajando
El príncipe Abdilá: justa pavura
Le acongojó cuando se vió colgando
Sobre la inmensa tenebrosa hondura;
Vaciló su cerebro y, los antojos
Del miedo por no ver, cerró los ojos.

Un momento despues cuatro forzudos
Brazos en las tinieblas de él asieron:
Una daga cortó junto á los nudos
El lienzo, á hombros tomáronle, y huyeron.
Los brazos de las Moras, á tan rudos
Esfuerzos no hechos, libres se sintieron
De repente del peso, y la Sultana
Se echó con ansiedad á la ventana.

Miró, escuchó, sin voz, sin movimiento,
Parando en su atencion hasta el latido
Del corazon y el curso del aliento:
Pero ni gente, ni señal, ni ruido
Se percibia: á la merced del viento
El lienzo por abajo desprendido
Flotaba, y era todo allá en la hondura,
Silencio, soledad, sombra, pavura.

Apartose en silencio la Sultana
Del ajimez : la tela recogida
Poco á poco volvió por la ventana :
Mas al entrar la punta suspendida
Por fuera del balcon, de la Africana
El corazon mortal volvió á la vida ;
La punta trae de salvacion un gage
Infalible : el blason Abencerrage.

Besole la Sultana, y su altanera
Tranquilidad cobró : despidió luego
Sus esclavas y, sola, dijo, fiera
Reverberando en su mirada el fuego
Del corazon : « Que venga cuando quiera
Muley. » Y en los cogines con sosiego
Tendiéndose, al pesar y al miedo agena
Segura de Abú Abdil, durmió serena.

IV

Y hé aquí que la Sultana
que el real Jeneralife,
Cual reina soberana,
en esta noche mora,
Y acaso en su ventana
velaba en esta hora,
Detras de la persiana
tendida en un divan,
Oyó sobrecogida
cruzar el arrecife,
Que por la peña hendida
conduce hácia la sierra,
Diez hombres que, en huida
veloz y són de guerra,
Corriendo á toda brida
hácia la sierra van.

El rostro peregrino
llegando á la ventana,
Zoraya hácia el camino
miró : mas ¡vana empresa!
De polvo un remolino
velaba con espesa
Sombra el pais vecino
al ojo mas sutíl.
¿Quién puede á estos parages
(se dijo la Sultana)
Lanzarse en tan salvages
caballos, audazmente
Tan ásperos pasages
salvando? — Solamente
Los diez Abencerrages
que salvan á Abú Abdil.

NOTAS.

FANTASIA

AL SEÑOR DON BARTOLOME MURIEL

(1) Habiéndome algunos amigos manifestado en Paris deseos de conocer mi poema de Granada, antes de su publicacion, se reunieron una noche en casa del Sr. Muriel para oirme leer algunos de sus libros ó cantos, á pesar de mi propósito de no manifestar su manuscrito. La circunstancia de hallarse presentes á esta lectura D. Fernando de la Vera y D. Cayo Quiñones de Léon, cuyos antepasados tomaron en la conquista de Granada no poca parte, y á cuyas hazañas consagro en mis versos no pocos recuerdos, me obligaron á continuar en siguientes noches la lectura de mi obra, á cuyo objeto reunió el Sr. Muriel una corta sociedad de amigos en su elegante casa. La amistad cordial que al Sr. Muriel me une y las agradables horas pasadas en sus aposentos, cubiertos de preciosos cuadros y llenos de artísticas curiosidades, me inspiraron esta fantasía : procurándome la ocasion de darle con ella un público testimonio de mi amistad, y de lo caras que son á mi corazon las memorias de la suya.

(2) Retrato del famoso poeta Garcilaso de la Vega : obra del Marone, discípulo del Tiziano, existente en casa del Sr. Muriel.

(3) Bella copia del famoso cuadro de Allori (1535) existente en

Florencia, y representando á Judith, la espada en una mano y la cabeza de Holofernes en la otra.

(4) Lienzo de Cornelio Poelembourg, representando la cena de los Dioses, y en el cual Júpiter, Venus, Minerva, Neptuno y otras divinidades del paganismo aguardan los frutos que va á servirles Céres. Los demas nombres própios citados en estas octavas hacen alusion á diferentes cuadros, bustos ó esculturas que existen en casa del Sr. Muriel : como el retrato de Diana de Poitiers, por Bernadino Lucini; el del Mariscal de Biron, por Mignard; la estatueta en bronce del duque de Alba, paisajes, bodegones, batallas y marinas de Tierry Van-Bergen, Brawer, Palamedes, Morales, Stein, Salvator Rosa, David Teniers, etc.

LEYENDA DE AL-HAMAR.

LIBRO DE LOS SUEÑOS.

(1) Nació digno Al-hamar de la corona.

« El destino que menguó y deshizo el vasto imperio de los Omiades y que entregó la antigua corte y la gran mezquita rival de la Meca á los soldados de Cristo, hizo revivir en Granada dias de gloria, de galanteria y de placeres, bajo los auspicios de un príncipe comparable en genio con Abderraman I, y en bravura con Almanzor. La fundacion de la Alhambra, la felicidad de un pueblo numeroso, la proteccion de las ciencias, el resultado de una politica conciliadora, la estrecha amistad con el rey Santo y

el respeto de audaces enemigos son los títulos que inmortalizan á Al-hamar. Su valor, su actividad, su filantropía, su delicado gusto por las artes parecerian exageraciones á los hombres del siglo XIX, que se abrogan la palma del mérito y de la sabiduría, si no subsistiesen los monumentos, testigos irrecusables de su gloria, y verídicos anales que la confirman. El carácter y costumbres de Al-hamar pudieran servir de modelo á príncipes : afable en su trato privado, era vigoroso y enérgico desde el momento que montaba á caballo ó empuñaba la lanza al frente de sus escuadrones. En campaña atendia mas á la seguridad y satisfaccion de sus soldados que á su própio regalo y conveniencia : frugal y económico en el arreglo interior de su palacio, desplegaba el lujo y magnificencia de un príncipe asiático cuando tenia que presentarse á sus pueblos con la investidura de rey. Su gallarda figura, su animado rostro, su perspicaz mirada, sus modales agradables, despertaban tanta simpatía como respeto : su gentileza le granjeó mucha fama entre todos los caballeros moros y cristianos : no se presentaba en la plaza del torneo ginete mejor plantado, ni se veia una lanza mas segura, ni un brazo mas firme para refrenar el caballo ó coger la mejor cinta : sereno en el campo de batalla cargaba al frente de sus soldados, y sus armas eran las primeras que se teñian en sangre enemiga. Al volver de sus gloriosas expediciones oraba en las mezquitas antes de pisar los umbrales de su harén. Sus mujeres eran señoras de muy alto linaje, á las cuales prodigaba finísimas atenciones, construyendo para solaz y honesto esparcimiento de ellas jardines y gabinetes preciosos, regalándolas con igualdad aderezos riquísimos, y apaciguando las discordias que suscitaban los zelos en el recinto de sus asilos misteriosos. » (LAFUENTE ALCANTARA.—*Hist. de Granada.*)

Mármol ilustra los nombres y linaje de Al-hamar : « Mahomad Abu-Said, primer rey de Granada de esta casa, fué natural de Arjona y alcaide de ella, el cual era muy rico y muy estimado entre

los Moros : su origen era de un pueblo que los alárabes llaman Hagez, que quiere decir advenedizos, porque no son naturales alárabes, sino de los que se juntaron con ellos y tomaron su secta : y segun dice el Giouhori, escritor árabe, en su *loga* en la letra H, el Hamara era un pueblo que ocupó la ciudad de Cufa en el mar Mayor, y despues pasaron muchos hombres principales de él á las conquistas de Africa y de España, en servicio de los halifas de Damasco, y á su tribu y parentela llamaron Ibni Aben-Al-hamar, que tanto quiere decir como los hijos del linaje de los Bermejos; y esta es la etimologia de su nombre y apellido y no por ser bermejo de color como algunos quisieron decir. » (*Descr. de Afr.*, lib. 2, cap. 38.) « Asentó Aben Al-hamar su silla y corte en Granada dando principio á aquella casa y reino tan poderoso, cuya corona duró por espacio de doscientos cincuenta y seis años, ofendiendo y defendiéndose contra la mas fuerte nacion del universo. Fué llamado este rey Mohamad Aboabdille, Aben-Azan, Aben-Al-hamar; y de la significacion de su nombre usó por armas en sus escudos reales la banda bermeja con letras árabes, como hoy se ven en el palacio real del Alhambra en el cuarto de los retratos de los reyes moros, y en las doblas de oro que corrieron en el reino de Granada con su divisa. » (ARGOTE DE MOLINA, *Nobleza*, lib. 1, cap. 97.)

Al-hamar tomó por armas, en escudo campo de plata, banda azul cuyos estremos salian de boca de dragones, y en ella estas palabras :

ولا غالب الا الله.

Las cuales significan : « No es vencedor sino Dios. » Porque sus pueblos solian saludarle con el título de غالب (vencedor), y él respondia : ولا غالب الا الله « No hay mas vencedor que Dios » (CONDE, *Hist. de la dom. de los Arabes en España*), cuyas palabras son la empresa ó divisa de los reyes de Granada y el epígrafe de mi leyenda.

(2) Por bajo de la *cádima alcazaba.*

القصبة قديمة *Al cássabah cádima*: fortaleza vieja. Casa de los señores de Granada antes de la fundacion de la القصبة الحمرا alcazaba Alhambra.

(3) Y el friso trabajoso alicatado.

Alicatado: mosaico hecho con azulejos.

Los Arabes llamaron á este género de mosaico فسيفسا *fosey fasa*, y su invencion se atribuye á los Griegos. Edrisi, en su descripcion de la mezquita de Córdova, afirma que el alicatado de las paredes del Mihrab fué traido de Constantinopla, y colocado por trabajadores griegos, á quienes hizo venir á España con este objeto Abderraman. Es sabido que en Andalucia habia muchas fábricas de este mosaico, llamado المفصص *el mafssass*. (Maccary, *traduccion del* Sr. D. Pascual Gayangos. *Tom.* I, *pag.* 33—496—498.)

Este género de mosaico, del cual los Arabes andaluces hacian grande exportacion para el Oriente, servia principalmente para los suelos, los frisos, los techos y las pilas de las fuentes. Hoy se designa simplemente con la palabra *azulejos*, derivacion del árabe الزلج azulaj.

(4) El barrio del deleite le llamaron.

Aun hoy conserva este nombre.

(5) Reclinadas en frescos alhamíes.

Alhamí الحمي Hueco espacioso abierto en el grueso del muro, cuyo suelo se elevaba uno ó dos piés sobre el pavimento, y estaba generalmente cubierto de prolijos alicatados. Servia para colocar los lechos.

LIBRO DE LAS PERLAS.

(1) Oh Genios invisibles, que errais en las tinieblas.

Los Genios, segun los Arabes, son una raza de seres intermedios

de los Angeles y de los hombres; hijos segun unos de Eblis (Satanás), y segun otros del viento y de la niebla. Antes de Adan habitaban la tierra: pero Dios, indignado de los crímenes que cometian, envió contra ellos á los Angeles, que les obligaron á guarecerse en las rocas de las montañas y en las islas desiertas. Jelâl-êd-dyn, autor árabe, dejó una curiosa historia de estos seres, de los silfos, de las hadas y de otras creaciones fantásticas de la superstición oriental.

(2) Caudillo Nazarita.

Despues de la derrota de las Navas, la mas completa anarquía se enseñoreó del país árabe-andaluz. Mahomad el verde, vencido en esta batalla, murió envenenado por sus ministros, dejando por heredero á su hijo Almostansir, niño de once años, cuya minoria aprovecharon sus tios para repartirse sus estados. Abul-Melik, su tio, se apoderó del trono de Marruecos; Abdaláh Abú Mahomad, pariente suyo, fué proclamado en Murcia; Sidi Mohamad en Córdova, Jaen y Baeza; y en Sevilla, en fin, Almamun príncipe esclarecido por su valor y su ilustracion; el cual, para reprimir la escesiva autoridad de su *divan*, escribió un libro contra las prácticas establecidas por el Mehedí, fundador de la secta Almohade, y demostrando los desórdenes y anarquía inerentes á su doctrina. La aristocracia africana, conociendo que sus intenciones eran las de constituirse en autoridad superior á todos los poderes, proclamó que su eleccion habia sido violenta, ensalzó por sucesor legítimo á Jahia Ben-Alnassar y le hizo pasar á España con un ejército para destronar á Almamun. Vencido primero por este y luego aprovechándose de favorables circunstancias, allegó numerosas huestes en la Alpujarra y Arjona, se dirigió contra Aben Hud, séñor de Murcia, y murió de un flechazo combatiendo á Jaen, instituyendo heredero de sus tierras, derechos y pretensiones á su sobrino Muhamad ben Al-hamar ben Nassar, quien, despues de vencer á sus enemigos, fué proclamado primer rey de Granada. Este es

el principio y establecimiento de la familia Nassarita en España.

La palabra Nassar ó Nazar ha sido el objeto de largas controversias entre los historiadores y los intérpretes de las leyendas árabes granadinas; pero su interpretacion no es dudosa teniendo en cuenta el orígen y la historia de Al-hamar. La familia real de Granada se llamaba generalmente نصرى Nasrí, familia Nassarita ó hijos de Nassar. En las inscripciones que decoran los aposentos de la Alhambra, se aplica este título á los reyes moros, como descendientes de Al-hamar, á quienes llaman sus versos por todas partes ابن نصر Ibn Nasr, hijos de Nassar: مولانا بن نصر nuestro dueño el hijo de Nassar. En varias monedas granadinas se dan tambien sus reyes el título de بن نصر hijo de Nasr, como nombre patrónimico. En Paris existen algunas, y una entre otras que tengo á la vista cuya inscripcion dice asi:

عبد الله الغالب بالله على بن سعد بن على بن يوسف بن
محمد بن يوسف بن اسمعيل بن نصر ايده لله ونصره ،

« El servidor de Dios, el vencedor por Dios, Aly, hijo de Saad, hijo de Aly, hijo de Jussuf, hijo de Mohamad, hijo de Jussuf, hijo de Ismail, hijo de Nasr: que Dios le sostenga y le proteja. »

Los poetas granadinos gustaban mucho de hacer juegos de vocablos y equívocos poéticos con la palabra نصر que significa *victoria*. De estos se hallan varios en las inscripciones de la Alhambra.

(3) El Darro le trae oro,
Plata le dá el Genil.
Cien minas en tu suelo
Posées.

Los rios Darro y Genil traen positivamente oro y plata. Los antiguos cronistas de Granada han deducido de aqui el orígen de la palabra Darro, corrupcion segun ellos del *Dat aurum* latino. Ello es cierto que Genil tiene plata en sus arenas, pues cerca de su

nacimiento se esplotan á la presente minas de este precioso metal. En cuanto al oro de las arenas de Darro es evidente. El autor de la presente obra lleva continuamente una sortija gruesa de oro recogido en las *angosturas*, y ha conocido á una familia que se mantiene desde tiempo inmemorial lavando arenas y recogiendo granos, especialmente despues de las riadas. Mi amigo D. José Gimenez Serrano, que me sirvió de introductor con estas buenas gentes, les ha comprado algunas veces pepitas como granos de trigo. Al emperador Cárlos V le regaló la ciudad de Granada una corona de oro del Darro; el antiguo retablo de San Gil estaba dorado tambien con metal de igual procedencia. Los reyes moros ocupaban muchos cautivos en lavar las arenas de este rio, esencialmente en las angosturas, despues de las avenidas. (MARMOL. *Rebelion de los Moriscos-Echeverria, paseos-Manual del artista por* D. JOSÉ GIMENEZ SERRANO.)

(4) Amir del pueblo moro.

Amír. Príncipe. Gefe de tribu أمير.

LIBRO DE LOS ALCAZARES.

(1) Geb-Elvira y Macäel.

Sierras contiguas á Granada. De Macael son la mayor parte de los mármoles empleados en los edificios de Alhambra y Jeneralife. Tiene un color y una trasparencia tan agradables, que se asemeja al nácar.

(2) De las teas á la lumbre.

Alhambra. Significa *la-roja*. Al-Kattib dice que se llamó asi por haberse empezado á fabricar de noche à la luz de teas encendidas, con cuyo reflejo parecia roja la tierra. Algunos han deducido la

etimología de Alhambra del nombre de su fundador Al-hamar, que la commenzó por la torre que hoy se llama *de la Vela:* otros de la voz Medina-Alhambra, ciudad rubia, como la llamaba el mismo fundador; y muchos, en fin, por estar fundada como las *Torres-Bermejas* en cerros de tierra colorada. Lafuente Alcantara dice esto de acuerdo con los cronistas árabes y cristianos. Tal vez pudo llamarse *Kassabah-Al-hamra* por ser continuacion de la antigua Kassabah-Al-hamra (Torres bermejas). Así so cree al menos el señor D. Pascual Gayangos (*Historical notice of the Kings of Granada, etc.*) Ello es que sobre el orígen y sobre el nombre de este palacio encantado, se cuentan mil tradiciones bellisimas, publicadas algunas por Washington Irving y por mi amigo D. José Gimenez Serrano.

(3) Jeneralife y Granada á vista de pájaro.

Jeneralife. Significa en lengua árabe *casa de recreacion.* Marmol explica la misma palabra diciendo que es la *casa ó huerta de el Zambrero*, por que en ella celebraban los reyes moros bailes y zambras. Le fundó el príncipe Omar, cuyas costumbres eran tan blandas y voluptuosas, y cuyo carácter tan amable, que labró este retiro para pasar una vida muelle y tranquila dedicada al amor, al encanto de la música, á los placeres campestres, y libre de los ruidos y cuidados de la corte. Yo tengo para mí con él Sr. Gayangos que es *Jennah-al-arif*-jardin del arquitecto : جنة العريف

La leyenda de Al-hamar es, por decirlo así, la decoracion en que se representa el poema de *Granada*, y no tiene otro objeto que el de dar á conocer al lector el lugar en que van á pasar las escenas que forman su argumento. Hé atribuido á Al-hamar la fundacion del Jeneralife, para abarcar de una vez todos los objetos que completan la descripcion de Granada, sin fastidiar al lector con detalles históricos, que le interesarian poco, y que entorpecerian la narracion de los hechos. En cuanto á las descripciones de Alham-

bra y Jeneralife, nada ecsagero : los escritores cristianos y árabes y los viageros de todas naciones y épocas, convienen en que estos dos edificios son la realizacion de los palacios encantados de los cuentos orientales. El estado actual del Jeneralife, se halla bien descrito en los diversos trozos que voy á copiar á continuacion: así quedará demostrada la verdad de mis descripciones.

Los lectores que hayan visitado á Granada no necesitan seguir leyendo esta nota; pero me importa que los que no conozcan esta bella poblacion no tengan por fantásticas mis descripciones: el esceso poesía que hay en ella no está en mi pluma, sinó en el pais de que escribo.

« Ni hay decorador de teatro, por rica que sea su imaginacion, que llegue á imaginar tan ricos y variados cuadros. En medio de una montaña de flores se sigue un sendero estrecho, por donde apenas pueden pasar dos caballerias, hasta llegar á un delicioso valle ó mas bien precipicio de ruinas esmaltadas de flores, que se halla al pié de la montaña de Jeneralife : despues, subiendo siempre, y pasando por bajo de arcos moriscos, de galerias de árboles entrelazados, se llega á los jardines de aquel fantástico sitio, en que toda la imaginacion morisca parece haberse agotado para formar un conjunto celestial. »

« Del antiguo palacio apenas queda un precioso pabellon trabajado con el mismo primor y delicadeza que la Alhambra: pero los jardines que le rodean, las fuentes, los estanques, las cascadas, los bosques floridos de naranjos y limoneros, la abundancia y variedad infinita de las flores, todo el conjunto en fin de aquel recinto mágico es realmente prodigioso. La naturaleza domina generalmente en el Jeneralife, así como el arte en la Alhambra: y si yo hé gozado en aquel mas que en esta, es porque esperaba menos; aquí no cabe encarecimiento : la naturaleza es aun mas rica que la imaginacion. » (*Semanario Pintoresco.*)

Saliendo al plano del jardin hay á la derecha de la escalera un

templete (renovado con pécsimo gusto), en él que se conservan dos columnas, en cuyos primorosos capiteles se advierten inscripciones de pintura ya muy borrosas: en el suelo hay una taza de figura de concha marina, con un saltador; y á los costados quedan dos arcos muy graciosos en cuyas enjutas se ven ajaracas, flores y labores arabescas. Esta estancia, afeada con mezquina obra moderna, comunica con la calle de los cipreses.

A la izquierda corre una galeria con diez y siete ventanas arqueadas, en longitud de sesenta pasos. Al asomarse á cualquiera de ellas queda el espectador embelesado, cual si de repente se hallase en la region del paraíso. ¿Qué podremos decir nosotros que no sienta el que contemple el magnífico cuadro que desde esta galeria se descubre? A donde quiera que se vuelvan los ojos aparecen motivos de admiracion: jardines, bosques de verdura, el alcázar árabe con las caprichosas formas de sus torres envueltas en espesos vergeles; mas abajo las apiñadas casas de la ciudad; á lo lejos la vega con su claro horizonte. ¿Quién no participa de un indecible deleite al permanecer silencioso contemplando tanta maravilla?

Hácia el medio de la galeria se halla la puerta de la capilla, construida en el mismo sitio en que estaba el oratorio ó mihrab de este retiro. En ella se dice misa alguna que otra vez, y en frente de la misma entrada se conserva aún parte del templete árabe y la forma de su antigua puerta. El arco afestonado, las ajaracas y labores de sus enjutas, la faja con la inscripcion repetida: *Dios es grande*, los demas adornos de estuco representando galerias, y las fajas seguidas con letreros religiosos, dejan adivinar el parage en que estaba la capilla moruna. Por la parte que mira al jardin se conservan los adornos y la primitiva hechura de la puerta. En frente de esta hay un hermoso cenador rústico, por bajo del cual corre con grato murmullo una grande acequia que atraviesa todo el patio... » (*Libro del viagero.*)

Sigamos ahora con fragmentos de otro libro.

« En el fondo se ve otra galeria con cinco arcos, sostenidos por columnas de mármol, con miniaturas azules. Tiene sesenta piés de larga y diez y ocho de ancha. El jardin tiene 225 piés de longitud y 61 de anchura, y no necesita mas encomios que los que se repiten en las inscripciones que despues traduciremos; está dividido por un canal de dos varas de profundidad, con fuentes de mármol blanco en forma de conchas en sus estremos y se eleva un rústico templete en su centro, cubierto de rosas de Italia, de arrayanes, jazmines y cipreses.

« En las enjutas figura un gracioso enrejado de hojas y flores, y cada uno de los arcos está embutido en un recuadro que dice : « Solo Dios es vencedor. La gloria sea de Dios. La esperanza en « Dios. » Y por cima de todo corre una inscripcion en caracteres africanos : « Alabado sea Dios : el alto, el poderoso, el sábio y des- « pues de él nuestro gran profeta el señor de los musulmanes, el « justo, el enviado de Dios, y despues de él su sucesor el rey enalte- « cido, el emperador de los Moros, el sublime Abul-Hagiag, de- « fensor de la ley santa y de sus creyentes, y despues de él los « piadosos y buenos que guardan la ley. Y decid : No hay Dios sinó « Dios, y Mahoma es su enviado. Alabado sea Dios. El poder, la « sublimacion y la grandeza sean dados á Dios y el ensalza- « miento al gran emperador nuestro. ¡ Oh rey decantado, vencedor « de tus enemigos! Entras en la batalla como el rayo, y cabal- « gando tan veloz como Alborak, parece que caminas ligero para « atravesar el mundo de un estremo á otro. Salvete aquel que ca- « minaba en una noche espacios inmensos, y sea tu guia el « ángel que le guiaba. Sí : despues de haber defendido la secta, « ojalá seas recibido en el paraiso con el profeta santo. »

El friso de madera está labrado tambien con prolijidad.

El ornato interior de la galeria es muy semejante al esterior, y termina con otra inscripcion que está llena de mácsimas morales,

sacadas en su mayor parte del Korán. El techo es de casetones de primorosa ensambladura, y conserva restos de algunos colores; á la izquierda hay un alhamí ó alcoba con una graciosa decoracion en su esterior, y adornada con fajas de colores y motes, con columnitas y arcos pendientes, y boveditas en su interior, todo muy encalado: el techo es á manera de estaláctita. El alhamí de en frente es igual, aunque mas destruido por servir de entrada.

Ofrecen paso á la primera habitacion, donde es necesario penetrar, tres arcos que descansan sobre columnas de mármoles con capiteles preciosamente labrados. Encima hay cinco ventanas cubiertas de un precioso calado, y sobre el arco de en medio esta inscripcion en letras africanas, tan menudas que parecen franja de encage: « Alcazar hermoso y de gran primor se representa aquí en « toda su magestad; todo lo baña su resplandor con luces de gran- « deza. Nubes de claridad y bienandanza le rodean por todas partes « con magnificencia: digno es de que se le ofrezcan dones de ala- « banza, como que tiene algo de divino su adorno. Su jardin adornado « de flores plantadas con estraña fantasía, ecsala suaves aromas. « Mueve el aire sus ramos y forma dulce armonía como la de la « música concertada. El campo espacioso por todos los alrededores, « se deja ver ameno y en una verdura continua. Abul-Walid, el « mejor de los reyes, temeroso de la ley de Dios, el que da reposo á « los justos; el poseedor de las dos progenies, el que protege á los « descendientes de Mahoma, el que se hace valer y respetar, el que « desprecia lo transitorio y pone sus esperanzas en Dios y en sus « reyes, es el objeto de mi estimacion. Sálvete Dios y déte buen « hado, señor, y confirme en tí sus altos favores con los que subas « al estado mas alto. Siempre tengas acrecentamiento, nunca te « falten primores, pues has ennoblecido estas obras. Este aposento « á tí dedicado, tiene tanta perfeccion, altura y firmeza, que puede « compararse en su duracion á la secta nuestra; es un milagro,

« un triunfo del arte. Y por eso Dios, soberano apoyo de todo lo « grande, ten á bien aceptar esta obra : que tu amparo le dará « firmeza, y con él se hará digna de tí y de tu imponderable ven- « tura y brillará en ella la luz, el reposo, el resplandor, el respeto, « la honra y la bondad de su señor, que será la última perfecion de « su nobleza. »

Esta habitacion tiene de largo 60 piés y 24 de anchura, con dos separaciones formadas por arcos embutidos en recuadros, que tienen fajas de inscripciones piadosas. En la pared divisoria hay dos ventanas cerradas ó alhacenas sobre las cuales corren unos letreros que dicen :

« Ismael es entre todos el mayor, el mas grande y el mas aven- « tajado, Dios le dió fama y reinos para mandar y donde alcanzar « gloria escelsa. Si á su grandeza sirvieres, serás honrado como lo « son los reyes que él procreó, y cuya descendencia hoy le imita. « Él da vida á los sedientos como las constelaciones del invierno, « y con la fuente innagotable de su ciencia fomenta la union y « mantiene la secta. La ventana que está primera en este palacio « dichoso, es para regocijo y uso de la nobleza. Su vista llena de en- « cantos entretiene los ojos y lleva el corazon para dar á Dios gra- « cias. La fuente que desde ella se descubre, con su agua y su « frescura, es la ensalzada de todos, y no se puede mejorar ; solo « la presencia de su rey y señor la hace mas preciada. Encima de « este letrero hay una galeria de arquitos y una especie de cornisa « formada por arcos pendientes. »

En lo interior de los grandes arcos hay otra inscripcion menuda, sacada en su mayor parte del Korán. Los adornos que restan en la estancia son galerias fingidas, poligonos, motes, círculos, entanas caladas con estrellas, nexos, hojas y flores, y una faja con esta sentencia en grandes letras · *Alabado sea Dios.* En los costados, sobre columnas embutidas, se levantan dos arcos elegantes que parecen la entrada de una caverna estaláctica, con

labores persas en sus enjutas. El techo es de ensembladura, y ha sido pintado posteriormente.

De esta antesala se pasa á una estancia moderna donde hay varios retratos, cuyos letreros estan maliciosamente trocados. La mayor parte son ascendientes de los Granadas y Venegas, y entre ellos son los principales el de Cid-Hiaya, el de Muley Hasan, penúltimo rey de Granada y el de su hijo Boabdil, el de D. Alonso Venegas, famoso por su valor, y el de otras señoras hijas ó esposas de aquellos caballeros. A esta familia, por casamiento de Dª. Maria Rengifo de Avila, pertenece el mayorazgo de Jayena y Campotejar, en el que estaba incluida la Alcaidia de Jeneralife, desde tiempo de Felipe IV.

Desde esta sala se pasa á un templete central, lo mejor conservado del edificio.

Su adorno comienza con una galeria muy pequeña, con cornisita de arcos pendientes y con hojas y flores en los claros; despues siguen tableros con estrellas y poligonos diestramente combinados sobre ellos una inscripcion piadosa : en cima una galeria de arcos redondos, con columnillas esbeltas y pareadas, labrada de *comaragia* en las enjutas y en los claros con el mote: *No es vencedor sino Dios* entrelazado. En cada uno de los costados hay, en seguida, cuatro ventanas fingidas con inscripciones por cima, sacadas del Korán, y el friso de madera sobre que descansa el techo, tambien tallado y con letras de oro borradas en campo rojo.

El techo es en forma de cúpula con embutidos. A los lados hay dos arcos muy adornados, que tienen puerta en el fondo ; el de la izquierda nos ha servido para entrar : el de la derecha da á otra sala, donde estan los retratos de los reyes católicos, de su hija D. Juana, de D. Felipe, apellidado el hermoso, de Felipe II, muy jóven, de la hermosa emperatriz Isabel, de Felipe III, de Felipe IV y el de un caballero y una dama desconocidos, con sus *marinas*, que algunos atribuyen con escasisimo fundamento á Juan de Toledo.

Despues de subir una escalera se encuentra *el patio de los cipreses*, rodeado de jardines con setos de arrayanes grandes, adelfas y acacias, y en cuyos estanques derraman innumerables fuentes sus contrapuestos raudales; en el centro hay una isleta con un saltador de prodigiosa altura, rodeado de otros que forman lazos y coronas. Las paredes estan pintadas al fresco, pero no merecen ser ecsaminadas.

A la izquierda hay tres colosales cipreses, de los cuales el mayor es conocido con el nombre *del cipres de la sultana*. Se cuenta vulgarmente, apoyándose en algunos romances y antiguas leyendas, que allí fué sorprendida la esposa de Boaddil en los brazos de Abenamet, caudillo abencerage. La estraordinaria elevacion de este árbol y las poéticas circunstancias del suceso de que se cree fué testigo, realzadas por muchas plumas hábiles, en nuestro dias, han hecho tan célebre este árbol monumental, que los viageros han ensanchado considerablemente la cavidad de su tronco, arrancando astillas que conservan como una preciosa memoria.

Subiendo una escalinata, y dejando á la derecha un jardin primoroso por la variedad de sus flores y las riquezas de sus frutales, se da en una bóveda de espesa enramada, entretegida con laurel, que no deja penetrar los ardientes rayos del sol del estio, convirtiendo aquel cenador en un delicioso recinto. Una escalera se encuentra despues con flores á todos lados, sombreada de laureles, cipreses ó frondosos álamos, con tres saltadores en las paradas de sus tramos, y cascadas á los costados. Este palacio de recreo, con ligeras alteraciones y mayor esmero, seria uno de los mas deliciosos de España.

Sus adornos son menos grandiosos que los ya descritos en el Alhambra; pero tienen, si cabe, mas primor, y estan mas en armonía con el objeto á que lo dedicó el voluptuoso Omar. (*Man. del art.* por D. José Giménez Serrano.)

(4) Junto á tí los Alijares
Ataviados á lo moro, etc.

Segun todos los cronistas, el palacio mas hermoso y adornado de los Reyes moros de Granada estaba por cima del barranco de San Cecilio, y no en el cerro de Santa Elena como han dicho otros. De este palacio, torreado como una alcazaba, hace mencion aquel sentido romance antigo, que se lee en las *Guerras civiles* de Perez de Ita.

« Estaba la mar en calma,
La luna estaba crecida;
Moro que en tal siguo nace
No debe decir mentira.....
— No te la diré, señor,
Aunque me cueste la vida.....
— Yo te agradezco, Abenamar,
Aquesa tu cortesía;
¿ Qué castillos son aquellos,
Altos son y relucian?
— El Alhambra era, señor,
Y la otra la mezquita,
Los otros los *Alijares*,
Labrados á maravilla.
El Moro que los labraba
Cien doblas ganaba al dia
Y el dia que no los labra
Otras tantas se perdia..... »

En una cancion que corre en boca de la gente antigua, y que ha recogido Mr. de Chateaubriand en el *Ultimo Abencerrage*, se habla tambien de los Alijares. Hé aqui una estrofa del original castellano que debo á mi amigo D. José Gimenez Serrano.

En los castillos dorados

De los ricos Alijares
Crecerán las yerbecillas,
Y se anidarán las aves
En las pintadas labores
De sus paredes de encage.

(5) Mas allá, sobre pilares
De alabastro, Darlaroca, etc.

En cima de Jeneralife habia otra habitacion deleitosa llamada Darlaroca, ó palacio de la Novia; prócsimo á las tapias de la huerta, y con mucha inmediacion á la moderna torre, hay un estanque casi cuadrado, defendido por el monte y sostenido por un murallon. Puede verse con mucha facilidad saliendo por la puerta que tiene al campo dicha obra moderna, y caminando un poco hácia levante por la orilla misma de la tapia. Llamase vulgarmente *el albercon de las damas*. Junto al *albercon*, y avanzando un poco sobre la huerta, hay un edificio que se llama entre las gentes *el peinador de las damas*, cuya tradicion indica que era una estancia contigua á los baños, para comodidad de las personas que moraban en tan delicioso lugar. (*Libro del viagero*, por D. Miguel Lafuente Alcantara.)

De estos baños y del albercon del *Negro*, que está mas arriba se cuentan tradiciones moriscas muy poéticas, enlazadas con la historia de Jeneralife.

(6) Reflejando en sí la hermita
De los siervos de la cruz.

« Sobre una altura, á la izquierda del Genil, hay una ermita que tiene planta de Basilica, célebre en otros tiempos por sus cuadros y sus piadosas tradiciones : llamase *del santo sepulcro* y debe visitarla el viagero por las pintorescas vistas que desde ella se discubren. (*Manual del artista*, por D. José Gimenez Serrano.)

(7) A tu diestra el real castillo
Sobre el cual voltea inquieta
La simbólica veleta
Del bizarro Aben-Abuz.

Ben-Abuz Almudafar, tercer señor de Granada, para demostrar su vigilancia hizo la Alcazaba antigua (cádima) en lo mas alto de la ciudad (y que hoy se llama *casa de la Lona*): fabricó en ella una torre y colocó en ella una estatua de bronce representando á un caballero árabe armado de lanza y adarga, que giraba como veleta á todos vientos, y tenia al traves un letrero que decia:

Dice el sábio Aben-Habúz
Que así se ha de guardar el andaluz.

(*Id. Hist. de Granada.*)

(8) A tus piés Torres-Bermejas.

Este es el Cassabab-al-Hamra de que hemos hablado ya; está separado de la Alhambra por una cañada, que es ahora el camino que comienza en la puerta de las Granadas, antes de Bib-Leuxar.

(9) . . . Los valles frescos
Donde habita la salud.

«Desde la fuente del Avellano, se ofrece á la vista un valle risueño, una série no interrumpida de jardines y casas de recreo, de espesos bosques de avellanos, de cabañas pobres, pero de aspecto agradable. La Colegiata del Sacro-Monte descuella al frente cual gótica abadia. Hasta las pendientes de los cerros son fertilizadas por las filtraciones de las acequias, que sus cumbres llevan y apenas se divisa el suelo, sino álamos corpulentos, frutales, fresca yerba y flores permanentes. Tanta frondosidad despierta sensaciones poéticas, creyéndose la imaginacion trasportada á un rincon de aquel vergel amenísimo, que el Génesis nos pinta como obra maravillosa de Dios, para servir de recreacion y asilo al padre de

los mortales. Como si la Providencia hubiese querido prodigar en estos parages todos los gérmenes de vida, nacen en ellos fuentes y arroyos de agua cristalina, muy celebrada por su virtud de disipar algunas dolencias inveteradas : tales son la Agrilla y la de la Salud. Los moradores de estos sitios ofrecen ejemplos de larga edad ; el aire, purificado con una vegetacion lozana y embalsamado por sus efluvios aromáticos, comunica á la sangre elementos de vida, y aleja la muerte del lecho de los moribundos. Los Moros africanos venian á este remedo del paraiso, y en él desechaban las dolencias contraidas en sus ardientes costas; y el gran cardenal Cisneros, consumido por trabajos asiduos, prolongó su vida recreado en las delicias de los Cármenes, y aspirando sus aires purísimos. En las huertas, que formando escala se divisan en frente de la subida que conduce á la fuente del Avellano, habia jardines y palacios de los reyes y magnates moros : aun quedan vestigios de uno de estos en la casa ruinosa que subsiste á la derecha del camino del Sacro-Monte, al final de la cuesta del *chapiz*, en la puerta llamada del Lavadero. » (*Lib. del viag. de* D. MIG. LAF. ALCANT.)

Famosas han sido y serán las angosturas del Darro, pobladas de frutales, de avellanos y de flores, ornadas con festones de parras, bordadas de cármenes que sirven de recreo y solar á los Granadinos. Aquí venian á curarse los Arabes del fastidio de su vida enervada, aquí cobraron su salud perdida el cardenal Gimenez de Cisneros y el Gran Capitan ; aqui escribió las floridas páginas del *Ultimo Abencerrage*, Châteaubriand. » (*Manual del Artista, por* D. JOSÉ GIMENEZ SERRANO.)

(10) Su opulento Zacatin.

Zacatin, en árabe *casa de comerciantes.* Es una calle que conserva su moruna forma irregular, á pesar de las reformas hechas en ella por Fernando de Zafra, secretario de los reyes católicos,

y no obstante algunas novedades posteriores. Por la derecha desembocan en el Zacatin varias calles tortuosas y estrechas y por la izquierda pasa el rio Darro lamiendo los cimientos de las casas hasta el puente de San Francisco. Una de estas calles conserva aún el nombre de calle de Aben-Amar, por que en ella vivió un célebre y rico caudillo de este nombre, cuya casa está hoy renovada en la placeta del colegio eclesiástico. (*Libro del viagero.*)

(11) Albunest y el Albaycin.

Albunest, *delicia.* — Albaycin *nido de halcones,* — segun Casiri. Todos los cronistas de Granada, Conde y Gayangos dicen que Albaycin viene de *Rabadhu-l-baycin* barrio del pueblo de Baeza, por haberse poblado este arrabal con los fugitivos que se acomodaron en Granada, despues de su conquista; pero ello es que mucho antes estaba poblada esta collacion.

(12) Da opulento á sus mugeres
Mesa opípara en su harén.

Harén (sitio prohibido), habitacion de las mugeres, entre los Arabes. Su entrada está permitida solamente al marido, que va allí á pasar las horas de despues de comer, para recrearse en medio de sus hijos y sus mugeres. Los Arabes sienten mucho que les llamen para negocios cuando entran en el harén, y Mahoma reprende la groseria de algunos que le llamaron en voz alta en ocasion semejante, en el cap. 49 del Korán, cuyas palabras son : « El interior de tu casa es un santuario : los que le violan llamándote cuando estás en él, faltan al respeto que deben al intérprete del cielo. Deben esperar á que salgas de allí : la decencia lo ecsige. »

(13) Las almées y los juglares.

Almées, de علما plural de حالم. — Muchachas sábias. — Bailarinas y cantoras con cuyas danzas y música se divierten las mugeres

en Oriente en sus festines. Visitanse estas frecuentemente (con especialidad en Egipto), y se dan saraos, de los que estan escluidos los hombres. Admiten solo en ellos las esclavas necesarias para el servicio, y se dan á los placeres del baile y de la música, en vez de los de la mesa. Las *Almées* cantan himnos en alabanza de los convidados, y concluyen por canciones amatorias, ejecutando al fin bailes voluptuosos, que pasan muchas veces los limites de la decencia.

LIBRO DE LOS ESPIRITUS.

(1) Sobre el Borak á hacer.

El Borak. — Cabalgadura fantástica sobre la cual visitó Mahoma el paraiso. (*Ver la vida de Mahoma, al fin de la notas.*)

(2) Espíritus inmensos.

(*Ver la vida de Mahoma. Descripcion del viage nocturno.*)

(3) Es el puente
De la vida.

El puente Sirath. (*V. la vid. de Mah. al fin.*)

(4) Israfél.

Israfél, ó Israfil. Angel que el dia del juicio final tocará la trompeta á cuyo sonido resucitarán los muertos, colocándose sobre una montaña cerca de Jerusalen. Esta trompeta será tan larga como desde Jerusalen al monte Sinai. Al eco de esta trompeta las almas de los hombres saldran de la tierra como un enjambre, y marcharán por su superficie en busca de sus cuerpos. Los resucitados acudirán al sitio que este ángel les designare por punto de reunion. (*Jahia.*)

LIBRO DE LAS NIEVES.

(1) No hay mas que un solo Dios.

Primeras palabras de la profesion de fé de los Mahometanos. Estas palabras árabes, لا الله الّا الله ومحمّد رسول الله. que significan *no hay el Dios único sinó Dios, y Mahoma es su Profeta*, forman la profesion de fé de los Arabes, que la repiten siempre que entran en la Mezquita, ó que van á emprender alguna cosa á la cual dan alguna importancia. El Korán la recomienda en el capítulo xiv, y los espositores árabes la interpretan de varios modos. Jelá-lêdyn, comentariando la Sura del Korán que dice que Dios *afirmará la fé de los creyentes en esta vida por medio de la palabra inalterable*, esplica así este pasage : « Dios afirmará la fé de los creyentes en esta vida, haciéndoles pronunciar estas palabras : لا الله, etc.; y la afirmará en la otra, haciéndoles responder acordemente á las preguntas de los dos ángeles que interrogarán á las almas en los sepulcros, antes de que se desprendan de sus cuerpos. (*Ver la vida de Mahoma al fin.*)

(2) Dios solo es triunfador.

Empresa de Al-hamar. (*Ver la nota primera del libro de los Sueños.*)

(3) Los ajimeces bellos.

Ajimez. Ventana de dos arcos dividida por medio por una ligera columna. Estas ventanas árabes son graciosísimas. No ecsistiendo esta clase de ventanas mas que en los edificios de arquitectura árabe, la palabra *ajimez* no tiene correspondencia con ninguna de nuestra lengua que esprese su verdadera significacion; y hé aquí la razon de hallarla continuamente usada en el discurso de esta obra.

(4) Dejó la comarágia.

Comarágia. Labor riquísima que se halla solamente en los aposentos de los reyes moros; la mas vistosa y complicada de las labores de la arquitectura árabe. El salon de embajadores ó de Comares en la Alhambra, esta cubierto con esta labor.

(5) Qúe al Hierosolimita
De Salomon imita.

Dicese que la fuente del patio de los Leones se hizo con intento de imitar el famoso mar de bronce del templo de Salomon en Jerusalen.

(6) Bib-el-Leujar les dió.

Bib-el-Leujar. Hoy puerta de las Granadas: es la puerta que da paso á la fortaleza de la Alhambra, en el remate de la cuesta de los gomeles. Sobre la etimologia de esta palabra ecsisten muchas controversias. Actualmente la entrada á los bosques de la Alhambra por esta puerta es verdaderamente encantadora. Su descripcion se halla en el lugar conveniente, en el cuerpo del poema.

(7) La flor de los alimes.

Alimes. Sábios. De عالم, plural: علامة y علما.

GRANADA.

LIBRO PRIMERO.

(1) Un hijo tiene Abú Abdilá llamado.

Boabdil, Buadilin, Buabdil, Bu-abdila. Todos estos nombres dan los escritores cristianos al último rey de Granada, los cuales son

corrupcion de محمد ابو عبد الله الصغير Mahomed Abu Abd-Allah es-saguir (el chiquito), que era su verdadero nombre. Yo hago uso de todos indistintamente segun me conviene para la armonia ó la metrificacion.

(2) Mirar la vega al trasponer el dia.

Vega : significa, en árabe, llano estendido entre montañas; palabra que se conserva en español : بكة bekah. Asimismo la palabra *cármen*, qui significa *viña* : كرم karm, la cual plantaban los Moros en sus jardines.

LIBRO SEGUNDO.

(3) Mirador de la hermosa lindaraja.

Este camarin y la sala de *las dos hermanas*, cuyo fondo ocupa, son los mas bellos aposentos de la Alhambra. En el tomo de ilustraciones que añadiré á mi poema, y en el cual traduciré las incripciones de esta suntuosa habitacion, se verá que mis descripciones nada ecsajeran, y que me hé quedado muy corto en hipérboles respecto de los poetas árabes que las escribieron. Uno de los versos de estas inscripciones dice que la constelacion géminis la saluda con la mano (á esta habitacion), y la luna se la acerca para hablarla al oido en voz baja.

(2) Con azul costosísimo miniadas.

El lujo de las damas moras en los últimos tiempos de la monarquía árabe era ecsesivo y su refinamiento rayaba en locura, segun cuenta Alkatib en su Historia granadina. Entre otros afeites de que usaban para realzar su hermosura era uno el de miniarse las uñas con algun color costoso, para cuya operacion tenian esclavas muy hábiles en esta clase de pintura.

(3) Del muezin annunció la última hora.

Muezin ó Muezen مؤذن el que annuncia las horas llamando á los fieles á la oracion desde los alminares de las mezquitas.

LIBRO TERCERO.

(1) Desdichada fué en raza.

La leyenda de Gonzalo Arias de Saavedra es histórica y mi narracion en nada aumenta su poesía. — « Zahara, villa que conquistó el Infante de Antequera, estaba al cuidado de Gonzalo Arias de Saavedra, hijo de Fernan Arias. Habia este seguido la parcialidad de D. Enrique contra la reina Isabel y la del duque de Medina Sidonia contra el marques de Cádiz : empobrecido en tales contiendas y perseguido de muerte tuvo que refugiarse á tierra de Moros conservando á Tarifa. Intercedieron algunos señores y alcanzaron su indulto, por cuyo favor entregó la plaza y se retiró á vivir tranquilo en el aljarafe de Sevilla, en un torreon solitario. Quebrantado el edificio con algunos terremotos, no pudo Fernan Arias restaurarle por su miseria ; cuyo accidente ocasionó un total hundimiento y la muerte del mismo caballero y de su familia entre los escombros. Habia Gonzalo conservado por merced de la reina á Zahara y vivia en ella afligido con la desventura de su familia y sin recursos para abastecer el castillo de vivères, ni sostener el necesario presidio. » (Bernaldez. Lafuente Alcantara.)

FIN DE LAS NOTAS.

MAHOMA.

MAHOMA.

Mahoma nació en la Meca el año 578 de Jesucristo, el 53 antes de la egira, el 6163 del pecado de Adan (segun Abú-'l Feda). Fué hijo de Abdalláh, y nieto de Abdel-Motaleb, y descendiente por padre y madre de la tribu nobilísima de los coreishitas. Entre los Arabes se conserva su genealogía desde Adan por Abrahan é Ismael.

El nacimiento del Profeta fué acompañado de raros prodigios. En el momento de nacer, una radiante claridad iluminó las ciudades y pueblos de los alrededores de la Meca. El fuego sagrado de Zoroastres que ardia hacia mil años se estinguió. El palacio de Cosroes, rey de Persia, se estremeció y cuatro de sus torres se desplomaron. Secáronse varias lagunas y brotaron en el desierto manantiales de frescas aguas. El reciennacido, poniéndose de rodillas y elevando las manos y la vista al firmamento, esclamó con voz varonil : *Dios es grande. No hay mas Dios que Dios, y yo soy su Profeta.* El sonido de su voz precipitó en los in-

fiernos á los espíritus de las tinieblas, y á los genios enemigos del género humano, que estaban guarecidos en los planetas y en los signos del zodiaco; y cuando su madre le tomó en sus brazos para darle el pecho, reconoció con asombro que habia nacido circuncidado. Por cuyas maravillas se le dió el nombre de Mahomet ó Mahomad, que significa lleno de gloria.

Su madre Amæna le confió á una nodriza campesina, llamada Halima, quien le pidió para criarle despues de haberlo rehusado otras nodrizas por razon de su pobreza; pues su padre Abdalláh, que murió á los dos meses de su nacimiento, no le dejó mas que á Baracca, esclava etíope, y cinco camellos, único caudal que poseía. Halima llevó consigo á Mahoma al desierto de los Saaditas, su pais, huyendo de la insalubridad del aire de la Meca, donde pasó los tres primeros años de su vida en compañía de otro hijo de Halima llamado Masruht. En esta época fué cuando, vagando por el campo los dos niños, les salieron al encuentro dos personages vestidos de blanco, quienes asiendo de Mahoma le tendieron en tierra y le abrieron el pecho; y uno de ellos, que era el Angel Gabriel, le sacó el corazon, le lavó y purificó, le inspiró la virtud, la fé y la sabiduría, y volviéndosele á colocar sin dolor dentro del pecho, desapareció con su compañero. Este prodigio, contado por Masruht, espantó de tal manera á la nodriza, que devolvió el niño á su madre.

Murió esta á poco, y Abdel-Motaleb recogió á su nieto en su casa, criándole como á sus propios hijos; pero muerto este á los cinco años, Abú-taleb, su tio, se encargó de él y le llevó á Siria para que se instruyura en el comercio. En

uno de los viajes que con él hizo, habiéndose hospedado en el Monasterio de Bosra, un santon llamado Bahira le predijo un brillante porvenir. Vuelto á la Meca, su conducta ejemplar, su talento y su varonil belleza le granjearon la voluntad de todos los amigos de su tio, hasta que sus invectivas contra la idolatría les hicieron recelar de su corazon ambicioso. En sus primeras controversias con los sábios prevalecieron siempre sus opiniones; y en las primeras campañas que hizo, teniendo aun solos quince años, la victoria siguió constantemente su partido.

Los coreishitas, que guardaban la Caaba ó casa de Dios, edificada, segun se dice, por Abrahan, quisieron construirla de nuevo con mas magnificencia. Hizose la argamasa con agua del pozo de Zemzem, que es la fuente que mostró el Angel á la madre de Ismael fugitiva; mas cuando llegó el caso de colocar la famosa *piedra negra,* todas las tribus se disputaron el honor de colocarla. Conocido es el orígen maravilloso de esta piedra sagrada. Cuando reconciliados Ismael y Abrahan construían la Caaba, faltándoles los andamios para levantar las paredes, el Angel Gabriel los trajo una larga piedra que se sostenia en el aire milagrosamente sin apoyo alguno, elevándose ó bajándose segun la necesidad de los arquitectos. Esta piedra era entónces un jacinto blanco; pero habiéndola tocado mas adelante una muger en estado impuro, se volvió negra. Despues de largas disputas sobre sus derechos al honor de colocar la santa piedra, las tribus árabes se convinieron en cederlos al primero que entrara en el templo. Mahoma, que acertó acaso á pasar por allí, hizo poner la *piedra negra* sobre una alfombra estendida, de cuyo borde asió

un hombre de cada tribu, y cuando la levantaron entre todos, él mismo la colocó en su lugar.

Imposible era que este jóven no llamara sobre sí la atencion universal. Una viuda noble y rica, que comerciaba con gran fortuna, le encargó de la direccion de sus negocios : entró Mahoma en casa de Cádiga, no como algunos dicen para conducir sus camellos, sino en calidad de asociado. Los intereses de Cádiga le obligaron á emprender un viaje á la Siria, y mientras atravesaba los abrasados desiertos de la Arabia, un Angel le hacia sombra con sus alas. Cuéntase que cerca de Bosra habiéndose sentado al pié de un árbol seco, reverdeció de repente llenándose de hojas y flores; y que este milagro convirtió á dos monges cristianos que reconocieron en Mahoma el Profeta de Dios. Volvió Mahoma felizmente de su viaje cargado de riquezas : Cádiga le ofreció su mano, y él la aceptó; tenia entónces Mahoma veinticinco años, y Cádiga cuarenta. Esta fué la primera que tuvo fé en la mision de su marido y él la amó constantemente, negándose mientras ella vivió á tomar otras mugeres, como la ley de su pais se lo permitia. Pasó en la soledad los quince años primeros de su matrimonio meditando la religion que debia someterle el Oriente. Estaban por entónces sumidos los Arabes en la mas ciega idolatría, y el templo de la Meca, consagrado en su orígen á un solo Dios, encerraba mas de escientos ídolo s. Mahoma, resuelto á destruir tan absurdas creencias, determinó componer el Korán para presentarse á su nacion protegido por un libro divino; y conociendo bien al pueblo para quien escribia, lo hizo en un estilo gracioso, lleno de brillantes imágenes y de seduc-

toras promesas que halagasen sus inclinaciones, publicándole diestra y políticamente en el espacio de veintitres años, por capítulos, y segun las circunstancias. Mahoma declaró que no sabia leer ni escribir; afectó el tono y maneras imponentas de los Profetas, y anuncio que el Angel Gabriel dictaba sus palabras (1).

A los cuarenta años de su edad juzgó llegado el momento oportuno para predicar su religion. Retiróse como lo hacia todos los años á una gruta del monte Hara : y allí en medio de la noche el Angel Gabriel descendió del cielo y le dijo : *lée.* — *No sé,* respondió Mahoma. — *Lée en el nombre del Dios Criador, lée,* replicó el Angel, presentándole los primeros versículos del capítulo 96 del Korán, que Mahoma repitió de memoria; y subiendo á lo alto de la montaña, oyó una voz celestial que le dijo estas palabras : *Mahoma, tú eres el Profeta de Dios, y yo soy su Angel Gabriel.* Hé aquí el maravilloso orígen del *Islamismo,* título que dió Mahoma á su doctrina, y que significa *consagrar á Dios.*

Aly, hijo de Abú-taleb, Zaid, Abú-becre, Otman, Aberhoman, Saad, Zobair, Telha, Abú-Obeïda, Saïd, Abdalláh, Amer, ciudadanos notables de la Meca, se unieron bien pronto al Profeta; reunió todos sus parientes, les anunció una nueva revelacion de Gabriel, y les dijo : « Os ofrezco la dicha en este mundo y la felicidad en el cielo. ¿ Quién de

(1) Una paloma, enseñada por él, venia á comer en sus hombros el trigo que colocaba dentro de su oido, con lo cual persuadió al pueblo que el Angel Gabriel le hablada al oido bajo la forma de este ave.

vosotros será mi visir (1)? ¿Quién de vosotros será mi kalifa (2)? » Viendo que todos callaban, Aly indignado levantóse y dijo : « Yo, Profeta; yo partiré contigo tus trabajos, y esterminaré á tus enemigos. » Abrazó Mahoma al ardiente Aly, y dijo : « ved aquí á mi hermano, á mi vicario y á mi kalifa; escuchadle y obedecedle. »

Esta primera prueba de Mahoma no obtuvo gran éxito · el pueblo se indignó contra el que destruía sus dioses; toda su familia le abandonó, y solo sus discípulos le quedaron fieles. Los coreishitas, que eran en la Meca lo que los levitas en Jerusalen, se reunieron para aniquilar al que derribaba sus altares. Declararon al viejo Abú-taleb, que sino hacia callar á su sobrino tomarian las armas para esterminar la secta naciente. Aterrado Abú-taleb se avocó con Mahoma, pero el Profeta le dijo : « Aun cuando armaran contra mí al sol y á la luna, y viera yo á estos dos astros venir contra mí, uno por la derecha y otro por la izquierda, no retrocedería. » Admiróse Abú-taleb de tan firme resolucion, y prometió á su sobrino no abandonarle jamás.

La tribu entre tanto reunida decretó el destierro de Mahoma y de todos los que habian abrazado el islamismo. El Profeta se retiró al monte Safa; Abú-gehel fué á buscarle allí y le llenó de injurias, á las que Mahoma no con-

(1) Consejero. Aly fué el primero que obtuvo este título.

(2) Sucesor. Aly no obtuvo este sino despues de Abú-becre, Otman, y Omar, á quienes los Persas miran como usurpadores. Esta diversidad de opiniones sobre el Kalifato produjo luego sangrientas guerras entre los otomanos, sectarios de Abú-becre, y los Persas, sectarios de Aly.

testó. Pero Hamza, su tio, decidido á vengarle, mató al insolente en medio de la asamblea de los coreishitas, y se hizo musulman : fué esta conversion un triunfo para el Profeta; y viendo sus enemigos que la persecucion no intimidaba á los sectarios del islamismo, deciderion echar mano de un hombre bastante determinado para quitar la vida á su gefe. El feroz Omar se ofreció á ello, y salió armado á buscar al Profeta en su retiro. Detúvose en el camino en casa de una hermana suya, á la cual encontró leyendo un capítulo del Korán. Esta lectura cambió de tal manera la disposicion de su ánimo, que haciendo lugar en él al entusiasmo el furor y la violencia, corrió al monte Safa, donde halló á Mahoma rodeado de cuarenta fieles. « Yo vengo á tí, le dijo Omar, para creer en Dios y en su apóstol; » y abrazando en aquel punto el islamismo, abandonó la idolatría, y fué el mas celoso defensor del Profeta, pero conservó siempre su natural ferocidad. Era esta tal, que le apellidaron El-faruk (el divididor), porque partió en dos de una cuchillada á un musulman que se atrevió á reclamar contra una sentencia de Mahoma. La desercion de Omar puso el colmo al miedo de los enemigos del Profeta; su persecucion se hizo general; toda la familia y los partidarios de Mahoma fueron proscriptos.

El decreto de proscripcion escrito en un pergamino se depositó en la Caaba; al cabo de tres años Mahoma, que no se habia apartado de Abú-taleb, le anunció que el cielo habia dado á un gusano victoria sobre el decreto de los coreishitas. Abú-taleb dijo á los principales del pueblo que un gusano habia roido toda la acta de destierro, á es-

cepcion de nombre de Dios. Los coreishitas acudieron al templo, abrieron la caja en que estaba al decreto, y hallaron con espanto que no quedaba de él mas que un poco de polvo, y el sitio en que estaban escritas estas palabras: « En tu nombre, oh gran Dios. » Abolióse desde este momento la ley de proscripcion, y Mahoma y los suyos volvieron á presentarse en público.

En esta época hizo Mahoma un gran milagro. Los coreishitas, para confundir al Profeta, le mandaron comparecer ante un sábio anciano encargado de examinar su mision. Este viejo, príncipe de su tribu, llamado Habib, habia sido judío, cristiano y mago, y conocia todas las religiones. Colocóse en un trono alzado en el campo y rodeado de todos los príncipes árabes. Presentóse Mahoma sereno delante de su juez, quien para prueba de ser enviado de Dios, le propuso que cubriese el cielo de tinieblas, y que hiciese bajar á la luna sobre la Caaba. Se hallaba el sol á tal punto en mitad de su carrera. Mahoma llamó á las tinieblas, y la noche se estendió por el firmamento; apareció en él la luna que, abandonando su marcado curso, se cernió en los aires, se paró sobre el techo del templo de la Caaba, dió siete vueltas á su alrededor y se situó despues sobre un monte vecino, desde el cual pronunció un discurso en alabanza del Profeta. Metióse en seguida por la manga derecha de su vestidura, salió por la izquierda, y se dividió en dos pedazos, que fueron uno por Oriente y otro por Occidente á reunirse en el cielo. Abú-'l Feda, el mejor historiador del Profeta, no hace mencion de semejante milagro. Mahoma mismo no se atribuyó jamás el poder de obrarlos, y dice en dife-

rentes capítulos del Koran, que él solo está encargado de la predicacion. Poco tiempo despues de abolida la ley de proscripcion perdió Mahoma á su tio Abú-taleb, cuyo afecto habia siempre conservado, aunque no pudo nunca reducirle á abrazar el islamismo. Cádiga su muger murió por el mismo tiempo. Los coreishitas hicieron morir á ambos, y Mahoma puso el colmo á su furor con la relacion de su prodigioso viaje nocturno, del que damos en seguida un resúmen.

VIAGE NOCTURNO DE MAHOMA.

Dormia yo (dice el Profeta) en el valle estendido entre las colinas Safa y Merva, cuando el Angel Gabriel me despertó. Traia con él á El-borak (resplandeciente), yegua de un gris plateado, cuya marcha es tan rápida que avanza en cada paso lo que la mejor vista no puede alcanzar. Sus ojos brillaban como estrellas. Desplegó sus dos inmensas alas de águila; acerquéme á ella y empezó á cocear, « *Estate quieta,* la dijo Gabriel, *y obedece á Mahoma.* » La yegua respondió : « El Profeta Mahoma no cabalgará sobre mí, si no me promete que entraré en el Paraíso el dia de la resurreccion. »Yo se lo prometi. Dejóse entónces montar, y en un instante nos hallamos á las puertas de Jerusalen.

Al entrar en el templo hallé á Abrahan, á Moisés y á Jesus. Oré con ellos, y acabada la oracion cayó del cielo de repente une escala de luz, por la cual atravesamos la inmensa estension del aire con la rapidez del relámpago.

Llegados al primer cielo, llamó el Angel á la puerta.

— ¿Quién va? preguntaron.

— Gabriel, respondió el Angel.

— ¿Quién es tu compañero?

— Mahoma.

— ¿Ha aceptado su mision?

— Sí.

— Sea, pues, bien venido.

A cuyas palabras la puerta, mas grande que la tierra, giró sobre sus goznes y entramos.

Este primer cielo es de plata pura; y en su hermosa bóveda estan colgadas las estrellas en gruesas cadenas de oro. En cada una de estas estrellas está de guardia un Angel, para impedir á los demonios que escalen el firmamento.

Un anciano decrépito vino á abrazarme llamándome el mayor de sus hijos; era Adan. No tuve tiempo para hablarle; distrájose mi atencion con una multitud de Angeles de todas formas y de todos colores; los unos tenian forma de caballos, los otros de lobos, etc. En medio de estos Angeles vi un gallo de una blancura mas brillante que la nieve, y de tan sorprendente magnitud que su cresta toca con el segundo cielo, distante del primero las jornadas de quinientos años. Todo esto me hubiera maravillado mucho, si Gabriel no me hubiese dicho que estos Angeles estan allí, bajo la forma de animales, para rogar á Dios por todas las criaturas de la misma especie, que viven sobre la tierra; y que este gran gallo es el Angel de los gallos, cuya principal obligacion es la de alegrar á Dios todas las mañanas con su canto y con sus himnos.

Dejamos atras el gallo y los Angeles animales para entrar en el segundo cielo, que es de acero limpio y pulimentado. Allí encontré á Noé, que me recibió con los brazos abiertos; Juan y Jesus se me acercaron en seguida, y me llamaron el mayor y el mas escelente de los hombres.

Subimos al tercer cielo, que está mas lejos del segundo que este del primero. Para soportar la brillantez deslumbradora de este cielo, hecho de piedras preciosas, es preciso ser á lo menos Profeta. Entre los seres inmortales que le habitan, vi un Angel cuya altura está fuera de toda comparacion, el cual tiene á sus órdenes cien mil Angeles, cada uno de los cuales es solo mas fuerte que cien mil batallones de hombres armados para el combate. Este Angel colosal se titula el confidente de Dios : su talla es tan prodigiosa, que tiene setenta mil jornadas de un ojo á otro. Tiene este Angel delante de sí un inmenso escritorio, sobre el cual, y en un gran libro, no cesa nunca de escribir y de borrar. Gabriel me dijo que, siendo al mismo tiempo secretario de Dios y Angel de la muerte, está continuamente ocupado en escribir los nombres de todos los que nacen, en calcular los dias que deben vivir, y en borrarles del libro conforme llegan al término que á cada cual fija su cálculo. Volaba el tiempo, y era fuerza aprovecharle; pasamos pues al cuarto cielo. Henoc, que se hallaba en él, se manifestó embelesado con verme. Este cielo es de plata tan fina y tan trasparente como el cristal mas puro; está poblado de Angeles corpulentos, uno de los cuales, menor que el Angel de la muerte, tiene sin embargo quinientas jornadas de altura. El destino de este

Angel es muy triste; su ocupacion es llorar los pecados de los hombres, y predecir los males que por ellos se les preparan.

Sus lamentaciones no me agradaban ciertamente para escucharlas por largo tiempo; así que entramos prontamente en el quinto cielo. Aaron salió á recibirnos y me presentó á Moisés, el cual se recomendó á mis oraciones. Este quinto cielo es de oro purísimo; los Angeles que le habitan casi nunca se rien; y tienen razon, porque son los guardadores de las venganzas divinas y del fuego asolador de su cólera celestial. Estan asimismo encargados de los suplicios de los pecadores endurecidos, y de preparar tormentos horribles para los Arabes que rehusen abrazar mi religion. El triste espectáculo de su presencia me hizo apresurar mi camino, y me remonté con mi guia al sesto cielo. Allí volví á encontrar á Moisés, que se echó á llorar al verme, porque, segun me dijo, yo habia de conducir al paraíso mas Arabes que él Judíos. Mientras que yo le consolaba sentíme arrebatar sin saber cómo, y con un vuelo mas rápido que el pensamiento llegué al sétimo y último cielo. No se puede formar idea de la riqueza de este hermoso paraíso; satisfaceos, pues, con saber que está hecho de *luz divina*. El primero de sus moradores que en él hallé es mayor que toda la tierra. Tiene este sér setenta mil cabezas; cada cabeza tiene setenta mil bocas; cada boca tiene setenta mil lenguas, que hablan continuamente, todas y cada una setenta mil idiomas diferentes, para celebrar las alabanzas de Dios.

Despues de haber admirado esta gigantesca y celestial criatura, arrebatado súbitamente por un soplo divino me

hallé sentado al pié del granado inmortal. Este hermoso árbol está plantado á la derecha del trono invisible de Dios; de ese trono ante el cual arden sin cesar catorce cirios, que tienen de altura las jornadas de setenta años. Las ramas del granado, que tienen de largas la distancia que hay del sol á la tierra, dan sombra á una multitud de Angeles mas numerosa que los granos de arena de todos los mares, de todos los rios y de todos los arroyos. En las ramas de este granado estan guarecidos los pájaros inmortales, ocupados en considerar los sublimes pasages del divino Korán. Las hojas de este árbol se parecen á las orejas del elefante ; sus frutos son mas dulces que la leche : uno solo bastaria para alimentar durante un dia á todas las criaturas de todos los mundos. Cada pepita encierra una Hurí ; estas vírgenes divinas estan destinadas á los placeres eternos de los musulmanes. Las hay de cuatro especies, blancas, de color de rosa, amarillas y verdes. Su cuerpo encantador tiene la transparencia del cristal. Sus ojos son tan hermosos que si una de ellas echase una mirada sobre la tierra en la noche mas tenebrosa, la alumbraria con mayor luz que el sol en su mayor brillantez. La saliva de una Hurí bastaria para hacer la mar tan dulce como la miel. Las Hurís se entregarán á las caricias de los fieles sin perder jamas su virginidad.

Cuatro rios brotan del pié de este granado ; dos corren hácia el Paraíso, y dos hácia la tierra ; estos dos últimos son el Nilo y el Eufrates, cuyo orígen no habia antes que yo conocido nadie. Aquí me dejó Gabriel por no serle permitido penetrar mas adelante, y cedió su lugar á Rafael, quien me condujo á la casa divina de la adoracion, donde

se reunen cada dia en peregrinacion setenta mil Angeles de la mas alta genarquía, y cada dia son diferentes. Esta casa, construida con jacintos rojos y cercada de lámparas que alumbran eternamente, se parece exactamente al templo de la Meca; y si, desde el sétimo cielo donde se halla, cayera perpendicularmente sobre la tierra, lo que puede muy bien acontecer algun dia, caeria necesariamente sobre el templo de la Meca; lo cual es tan cierto como estraordinario.

Apenas fijé la planta en la casa de la adoracion, un Angel me ofreció tres copas; la primera estaba llena de vino, la segunda de leche, la tercera de miel. Yo elegí la de la leche, y entónces una voz mas fuerte que diez truenos hizo resonar en los aires estas palabras: « ¡ Oh! Mahoma! bien has elegido; porque si hubieras bebido el vino, tu nacion hubiera sido tan viciosa como desdichada.»

Un espectáculo nuevo desvaneció mi vista. Con mas rapidez que puede concebir la imaginacion humana, Rafael me hizo atravesar dos mares de luz y otro de tinieblas de estension inmensurable, pasados los cuales me sentí en la inmediata presencia de Dios. El terror sobrecogió mis sentidos, y una voz mas estrepitosa que la del mar en la tempestad me dijo: «Llega, ¡ oh Mahoma! acércate al trono de la gloria.» Obedecí, y á un lado del trono leí estas palabras: *No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta.* Al mismo tiempo puso Dios su mano derecha sobre mi pecho, y la izquierda sobre mi espalda: sentí un frio agudo sobre mi cuerpo que me heló hasta la médula de los huesos; pero este dolor fué seguido felizmente de ines-

plicable delicia que embriagó mi alma, y que no puede ser conocida por los hijos de los hombres.

Tras este enagenamiento tuve con Dios una conversacion familiar y larga. En ella me dictó Dios los preceptos que os doy escritos en el Korán; ordenándome espresamente que os exhortara á sostener con las armas y á defender con vuestra sangre la santa religion que os predico.

Cuando Dios concluyó de hablar, Gabriel volvió á unirse conmigo: desplegó sus ciento cuarenta pares de alas brillantes como la luz del sol, y empezamos á descender de los siete cielos, deteniéndonos á cada paso para oir los cánticos que los espíritus celestiales elevaban en alabanza nuestra.

Habíame Dios ordenado orar cincuenta veces por dia, y al pasar por el cielo de Moisés le dí á conocer la órden que habia recibido: « Vuelve al Señor, me dijo el libertador de los Hebreos, ruega á Dios que dulcifique semejante precepto: tu pueblo no podrá jamás cumplirle. » Volví á remontarme al cielo del Altísimo, y le rogué que disminuyera el número de oraciones, que redújo á cuarenta. El sábio Moisés me aconsejó que le hiciese nuevas instancias y despues de repetidos viajes mios, Dios redujo á cinco el número de las oraciones diarias.

Vueltos en fin á Jerusalen volvió á elevarse al firmamento la escala de luz que nos habia llevado hasta él: El-borak me esperaba; todavía era de noche; volvióme á llevar, agitando dos veces solamente sus inmensas alas de águila, al lugar donde me habia encontrado. Entónces dije á Gabriel: « Mucho temo que mi pueblo se niegue á dar crédito á la relacion de este viaje. — Pierde cuidado, me

respondió el Angel; el fiel Abú-becre, y el fiero y justo Aly mantendrán la verdad de estos prodigios (1). »

Creyeron muchos desde luego esta maravillosa relacion y los doctores mahometanos la exornaron despues con voluminosos comentarios; mofáronse empero de ella los coreishitas poniéndola en ridículo, lo cual hizo perder á Mahoma algunos discípulos, á quienes la firmeza de Abú-becre hizo volver á su creencia. De todos modos motivó este relato nuevas y violentas persecuciones.

Progresaba sin embargo el nuevo culto en Medina y la mayor parte de la ciudad habia ya abrazado el islamismo. Mosaab, su gefe, condujo en peregrinacion á la Meca sesenta y tres de sus principales moradores. Juraron ser fieles á Mahoma, y el Profeta les prometió el Paraíso. Mandó á los nuevamente convertidos que escogiesen doce de entre ellos para velar sobre el pueblo de Medina. « Yo os constituyo defensores del pueblo con el mismo poder que tuvieron los discípulos de Jesus, porque yo soy el defensor y el gefe de todos los verdaderos creyentes. »

Preveyendo la tempestad que fermentaba contra él en la Meca, persuadió á todos los musulmanes á que se retirasen á Medina; hizo conducir allí á su familia, y se quedó solo en la Meca con Abú-becre y Aly, no queriendo huir él mismo sino de un peligro real. Creyéndole abandonado

(1) Dicen algunos autores musulmanes que salió Mahoma de su habitacion para ir al paraíso, y que recorrió todos sus siete cielos con tan prodigiosa velocidad, que despues de haberlos visitado exactamente, volvió á su lecho á tiempo aún de impedir que se vertiera enteramente un vaso de agua, que el Angel Gabriel habia volcado con una ala al levantar su vuelo.

los coreishitas se reunieron en una asamblea, y doctores hay que aseguran que el diablo, habiendo tomado la figura de un anciano, fué tambien de esta reunion, y que refutó todas las opiniones de los que propusieron alguna avenencia entre los partidos. Decretóse pues la muerte de Mahoma, y la ejecucion de este decreto se aplazó para la noche siguiente. Conociendo el Profeta el peligro en que su vida se hallaba, mandó al generoso Aly que envolviéndose en su caftan verde se acostase en su lecho en lugar suyo, y aprovechándose de las tinieblas fugóse de la ciudad con Abú-becre. Esta es la época célebre en que empiezan los orientales á contar su era llamada la *egira,* que vale tanto como la *fuga.*

Llegó la noche, y á la hora convenida entraron los asesinos en casa del sentenciado con los puñales en la mano; mas detuviéronse al encontrar á Aly solo y cubierto con las vestiduras del Profeta. Asegúrase que el fiel amigo de Mahoma les adormeció echándoles polvo sobre la cabeza, pronunciando al mismo tiempo algunos versículos del Korán. Convencido Mahoma de que sería perseguido, echó por un camino estraviado, y ocultóse en una caverna. Cuando los asesinos que le buscaban se disponian á entrar en ella para registrarla, encontraron obstruida su entrada con una espesa tela de araña sobre la cual habia puesto sus huevos una paloma. Volviéronse, pues, atrás, y el Profeta continuó su camino. Soraka, sin embargo, seguido de unos cuantos, alcanzándole bien pronto, dió sobre él lanza en mano. Mahoma le llamó por su nombre: á su voz el caballo de Soraka cayó derribado en tierra boca arriba, con cuyo milagro, aterrado el asesino se hizo musulman.

El viérnes siguiente entró Mahoma en Medina, conducido por sus discípulos bajo un dosel de flores. En el sitio en que se detuvo su camello, hizo construir una mezquita. Ocupóse seriamente en asegurar su poder, atrajo para siempre á su partido á Abú-becre dándole por esposa á su hija Aiesha : mandó á sus discípulos que se amaran como hermanos, y á todos los creyentes que volvieran el rostro hácia el templo de la Meca para hacer oracion, dando al *Muezin* la fórmula con que debia convocar al pueblo para hacerla (1). Instituyó el ayuno ó cuaresma del mes de ramadan, porque en él recibió del cielo el primer capítulo del Korán, que está escrito en él eternamente, aunque hay doctores que afirman que Dios escribió sus augustas páginas en la piel del cordero que le sacrificó Abrahan en lugar de su hijo Isaac. Publicó finalmente el capítulo que manda combatir contra los idólatras, y por primera vez defendió su religion con las armas en la mano. Con trescientos trece hombres, dos caballos y setenta camellos, salió al campo contra dos mil coreishitas idólatras; arengó á sus soldados llenándoles de sagrado entusiasmo, y los mostró tres mil Angeles prontos á combatir por ellos, triunfando así de sus enemigos. Jelâl-êd-dyn asegura que esto fué un milagro portentoso, y dice que los Angeles vestidos de largos y flotantes mantos, ceñida la frente con turbantes

(1) « Dios es grande. No hay mas Dios que Dios. Mahoma es su Profeta. Venid à orar. Venid á adorarle. Dios es grande. Dios es único. » Estas son las palabras que dice el Muezin al pueblo desde los alminares de las mezquitas cinco veces al dia; al rayar el alba, al medio dia, á las tres de la tarde, al ponerse el sol, y dos horas despues.

amarillos, y montados en caballos manchados de blanco y negro, pelearon á la cabeza de los creyentes; y añádese tambien que dos idólatras que presenciaron el combate desde una colina, vieron un nublado preñado de escuadrones de Angeles, y oyeron los relinchos de sus caballos y la voz de Gabriel que animaba á *Haisum* su hermosa yegua de batalla.

Colígese claramente que Mahoma fué recibido en triunfo en Medina despues de esta victoria. Aumentaron otras muchas el número de sus partidarios, y Aly se distinguió tanto en todas ellas, que el Profeta le dió por muger á su querida hija Fátima. Tenia esta quince años, y eran tales sus perfecciones, que mereció ser contada por una de las cuatro mugeres perfectas que dió á la tierra el Criador (1). La noche en que se consumó este matrimonio, el Profeta llevó á Fátima á casa del jóven Aly. El iba delante de ella; Gabriel á su derecha, Miguel á su izquierda, y les seguian setenta mil Angeles que les cantaron himnos hasta la mañana siguiente.

Renováronse bien pronto los combates, y alentóse el islamismo con nuevas victorias: los creyentes sin embargo sufrieron una gran derrota; Mahoma mismo salió herido en el rostro, y el valiente Hanza perdió la vida; pero Gabriel reveló al Profeta que Hanza moraba en el sétimo cielo. Mahoma hizo sepultar á los muertos, mandó orar por

(1) Estas cuatro mugeres son: la hija de Faraon, la Vírgen María, Cádiga y Fátima. Esta última fué madre de doce Profetas, sin perder por eso su virginidad; y su cuerpo fué arrebatado al cielo despues de su muerte.

ellos, los colocó en el número de los mártires, y volviendo á caer de repente sobre sus enemigos, los desbarató. Inauditos horrores se cuentan de estas guerras. Viendo Mahoma los terribles efectos de la embriaguez en las tribus árabes, prohibió el vino. Promulgó muchas leyes prudentes, que dejó consignadas en su Korán. Salió ileso de multitud de traiciones, burladas por su intrepidez y sangre fria. Un idólatra cayó sobre él espada en mano mientras reposaba en un lugar apartado. Miróle Mahoma fijamente y sin moverse; el asesino, admirado de su tranquilidad, se detuvo fingiendo que jugaba con su espada, y preguntó al Profeta si no habia tenido miedo : « ¿Y qué teniayo que temer? » respondió el Profeta. Huyó atónito el idólatra, y los Arabes aseguran que un Angel le derribó en tierra cuando iba á herirle.

Los enemigos del Profeta venian sobre Medina para sitiarla. Mahoma mandó cavar un foso al rededor de la ciudad, y siendo el suelo una durísima peña, volvióla blanda derramado sobre ella una bocanada de agua, lo cual se atribuyó á milagro. Fatigábase el bravo Salman para romper una enorme piedra : Mahoma, tomando de sus manos el martillo, dió sobre ella tres golpes y despidió la piedra tres relámpagos ; y preguntándole la significacion de estos relámpagos, respondió : « El primero me pronostica la sumision de la Arabia feliz, el segundo la conquista de la Siria y del Occidente, el tercero la del Oriente.»

Sitiaron al fin los enemigos á Medina, y dicese que el Profeta alimentó á los sitiados con un cesto de dátiles que multiplicó maravillosamente. Con un cordero asado y un pan de cebada dió otra vez de cenar á mas de tres

mil hombres, que quedaron hartos. Su tranquilidad sobrenatural consternó á sus enemigos, que levantaron el sitio: persiguiólos Mahoma, y derrotólos completamente. Enamoróse de Zainab, la bella esposa de Zaid, su hijo adoptivo; este, que lo supo, la repudió, y el Profeta se casó con ella, despues de haber autorizado este matrimonio por un capítulo del Korán. Andando el tiempo, su favorita Aiesha fué acusada de adulterio con Sawan, general del cuerpo de reserva. Tenia Aiesha quince años, era hermosa y elocuente, y supo justificarse; Mahoma hizo bajar del cielo el capítulo 24 del Korán, *que no deja mancha alguna en la reputacion de Aiesha.* La Meca capituló, las guerras continuaron, y cada paso del Profeta se marcaba con un prodigio: entre ellos se cuenta la cura maravillosa de los ojos de Aly con un poco de saliva. Casóse despues con dos judías, Riana y Safía, que se hicieron musulmanas por el honor de ser mugeres de un Profeta. Algunos autores dan á Mahoma quince mugeres legítimas, otros veintiseis; pero solo doce son conocidas.

Zainab quiso envenenarle con un cordero asado. Mahoma conoció el veneno, que era violentísimo, al primer bocado. Bashar, uno de sus compañeros, murió en cuanto lo probó; y los doctores musulmanes aseguran que la paletilla del cordero reveló á Mahoma el autor de este atentado. Preguntó á Zainab el motivo que tenia para atentar á su vida; Zainab respondió: « Pensé que, si eras Profeta, conocerias al momento el veneno, y que, sinó lo eras, libraria al pueblo de tu tiranía. » Mahoma perdonó generosamente á Zainab, contentándose con volverla á enviar á casa de su padre. La malignidad del veneno abrevió

sin embargo su vida, causándole vivos dolores hasta su muerte.

Aumentaba su poder, á pesar de todo, de dia en dia. Despues de haber sometido á los Arabes y deshecho á los Judíos, envió á los reyes sus embajadores, sirviéndose de un sello que decia *Mahoma enviado de Dios*. En calidad de tal escribió á Cosroes, rey de Persia, que indignado le trató de esclavo. Murió Cosroes á poco, y su muerte se atribuyó á milagro. Su hijo Siraes le asesinó, y abrazó despues el mahometismo. El Profeta escribió á varios soberanos de Oriente, y los que no se convirtieron al islamismo respetaron al fundador.

Prosiguió en sus conquistas con fortuna, y hallándose harto poderoso para mandar como señor en la Meca, derribó las estátuas de los ídolos, quitó del templo los retratos de mugeres, que los Arabes adoraban creyendo que los Angeles eran mugeres hermosas, cuya opinion, generalmente recibida en Arabia, contribuyó sin duda á que fuese bien admitida la creencia de las Hurís. Su vida fué un combate perpetuo; sucumbieron en él sus mas bravos compañeros; Zaid, Abdallah y Jafar murieron en el mismo dia defendiendo el estandarte sagrado. Mahoma dijo á sus discípulos que lloraban : « No lloreis por Jafar, ¡ oh musulmanes! porque su suerte es envidiable; Dios le ha dado dos alas, y con ellas recorre la estension inmensa de los cielos, franqueados á sus caprichos. » La guerra no le distrajo de la religion. Cuando cumplió sesenta y tres años, tomó siete piedras, se las tiró á Satanas, sacrificó á Dios setenta y tres víctimas, é hizo bajar del cielo estas célebres palabras : « *Hoy he sellado vuestra religion.* » Y

se afirma que la camella que montaba el Profeta se prosternó doblando las rodillas, abrumada bajo el peso de esta revelacion. Dió libertad á sus esclavos, ordenó todos sus negocios, y sostuvo su dignidad de Profeta hasta su muerte que aconteció poco mas tarde. Cuando sintió debilitarse su cabeza, mandó á Aiesha que quedase sola con él; y esta contó que el Angel Gabriel visitaba continuamente al Profeta en sus tres postrimeros dias, y que este Angel le dijo al fin del tercero : « *Mahoma, el Angel de la muerte pide permiso para entrar; tú eres el único mortal con quien ha tenido semejante atencion, y no la usará con ningun otro.* » Mahoma respondió : « *que entre.* » Presentóse el Angel, y cumplió respetuosamente su mision.

Consternóse el pueblo con la noticia de su muerte. El Profeta no ha muerto, dijo Omar; ha ido á hablar con Dios como Moisés por cuarenta dias; y amenazó con la muerte al que creyera lo contrario. Fué sin embargo preciso calmar la fermentacion : Abú-becre reunió los capítulos del Korán, los publicó en coleccion, celebró las exequias del Profeta de Dios con fastuosa pompa, y sostuvo bizarramente la religion mahometana. Sofía, tia suya, pronunció su oracion fúnebre sobre su tumba, que está en la Meca. Abú-becre fué elegido kalifa á pesar de la adopcion de Aly, y los demas gefes se repartieron el imperio, que abarcaba ya la mayor parte del Oriente.

Tenia Mahoma mediana estatura : la cabeza grande; espesa la barba; el color tostado; los ojos negros; las mejillas graciosas; y el cuello elegante y blanco como el marfil. Dotado de superior inteligencia, de claro juicio y de prodigiosa memoria, su conversacion era agradabilísima,

y su carácter siempre igual. Justo y equitativo con todos, hablaba poco, escuchaba con paciencia, y no se despedia nunca el primero, ni retiraba su mano de la de quien le daba la suya hasta que este se la dejaba libre. Vivia con suma sencillez. Decia que Dios habia criado dos cosas para la felicidad de los hombres, las mugeres y los perfumes; y que despues de haber hecho la creacion, hizo la muger y descansó. Procuró Mahoma dar á su Korán todo el encanto de que es susceptible su lengua, la mas rica y armoniosa de todas las de la tierra, y que por la composicion de sus verbos es capaz de seguir el pensamiento en su mas poética estension, y de esplicarla con la mas precisa claridad. La lengua árabe imita con la maravillosa armonía de sus sonidos el murmullo de las aguas, el canto de las aves, los ahullidos de las fieras, el rumor de los vientos, y el estallido del trueno; y todos los relatos de Mahoma tienen doble interés en su lengua original. Compónese el Korán de ciento catorce capítulos, divididos en versículos, cuyo número debe saber todo buen musulman. Cada capítulo tiene un título, que muchas veces no tiene relacion con la materia que en él se trata, y todos, fuera del noveno, llevan por epígrafe estas palabras, que son el lema ó divisa de los musulmanes. « *En nombre de Dios clemente y misericordioso.* » Publicó Mahoma este libro por capítulos, segun la necesidad que tenia de hacer hablar al cielo en su favor, en el espacio de veintitres años, parte en la Meca y parte en Medina. Dictó el Profeta sus versículos á sus secretarios, que los escribieron en hojas de palmas y en pergaminos que se guardaban revueltos en una caja. Reuniólos Abú-

becre en un volúmen, muerto Mahoma; pero tan sin órden, que el último capítulo que hizo el Profeta bajar del cielo es el noveno de su coleccion; y los primeros versículos que le fueron revelados por Gabriel, resultan los primeros del capítulo 96. Esta confusion oscurece muchas veces el mérito del Korán, en el que á cada paso encuentra el lector sublimes pasages. La mayor parte está escrita en la prosa rimada de los Arabes; pero muchas veces, remontándose Mahoma á mas elevado estilo, describe en sonoros y magestuosos versos al Criador, que desde el trono de los mundos da leyes al universo. Sus versos son armoniosos y fáciles cuando pinta los placeres eternos del Paraíso; vigorosos y enérgicos cuando describe los eternales castigos.

Tienen los musulmanes ademas consignados sus dogmas en otros libros, y uno de los mas seguidos por sus teólogos es *la Esposicion de la fé musulmana por Mohammed-Ben-Pir-Ali* El-berkevi, traducido recientemente al francés por Mr. Garcin de Tassy, cuyas curiosas noticias orientales se han aprovechado para esta biografía de Mahoma. En esta esposicion citada de la fé musulmana se lee: que Dios no tiene ni compañero ni igual; que él solo debe ser adorado; que ni ha nacido ni ha engendrado; que no tiene ni muger, ni hijo, ni hija; que es invisible, inmutable y eterno; que todo lo sabe, y todo lo ve, y todo lo siente, hasta los pasos de la negra hormiga sobre una piedra negra en la noche mas tenebrosa; que es omnipotente; que el Korán es la palabra de Dios, cuyo libro es eterno é increado; que los Angeles ni comen, ni beben, ni tienen sexo; que el Angel Gabriel baja en una hora del

cielo á la tierra; que el Angel Azrael tiene la comision de recibir las almas; que Israfil tocará dos veces la trompeta al fin del mundo; al sonido de la primera perecerá todo, y á la segunda, que sonará cuarenta años despues, todo resucitará; que los libros escritos por Dios son el Korán, el Peutatéuco, el Evangelio, el Salterio y otros, hasta ciento cuatro; pero que el Korán es el mas sublime y divino de todos; que Eblís es el gefe de los demonios, Adan el primer Profeta, y Mahoma el último; que dos Angeles, llamados Monkir y Nekir, interrogan á los muertos en sus sepulcros, y que á sus preguntas es preciso contestar con estas palabras: «Nuestro Dios es Dios, Mahoma nuestro Profeta, y el islamismo nuestra religion; » que las almas tienen que pasar por un puente mas estrecho que el filo de una espada, llamado Siráth, y los que no puedan pasar caerán en el infierno; que los infieles arderán eternamente; que todo está escrito en el cielo, y que nadie puede evitar su destino á pesar de lo que el diablo tienta á los hombres; que no es permitido á nadie desenvainar la espada contra los Reyes, por tiranos que sean; que es preciso no escuchar á la puerta, ni mirar por el ojo de la cerradura, ni procurar en manera alguna descubrir los secretos del pudor: que el que diga « yo creo en todos los Profetas, pero dudo si Adan lo es, » es infiel; que es infiel asimismo el que crea que las contribuciones son propiedad del Sultan, porque pertenecen al pueblo, que pertenece á Dios; que si alguno dijere « mas vale ser cristiano que judío, » es infiel, porque es preciso decir « los judíos valen menos que los cristianos; » que hay ciento veinticuatro mil Profetas, y que al pasar por el valle de Mina es

preciso hacerlo tirando piedras en memoria de Abrahan, que al ir á sacrificar á su hijo, echó de allí á pedradas al demonio que le tentaba para que no obedeciese á Dios, etc., etc.

Los curiosos detalles sobre el antiguo culto de las estrellas, establecido en Arabia antes de Mahoma, y las poéticas noticias sobre las costumbres de los Arabes, sus ayunos, sus oraciones y ceremonias religiosas, sobre las Huríes, los genios, los demonios, el paraíso, etc., pueden encontrarse en la lectura del Korán, y en las notas eruditas que en su traduccion francesa ha puesto el sábio orientalista Sabary.

AL LECTOR.

A pesar del esmero con que se han corregido las pruebas, se han deslizado en este tomo algunas erratas independientes de la imprenta francesa, en la cual he prohibido que hubiera mas corrector español que yo para mi obra. Son, sin embargo, tan insignificantes que me limito á marcar las que alteran el sentido.

PAGINAS.	LINEA.	DICE.	LEASE.
32	4	disintos	distintos
Idem	6	bajo sus	entre sus
47	6	الاة	اللّه ،

Se ha olvidado asimismo en la página 245, verso 1°, el número de llamada y la nota correspondientes al nombre de Zoraya, la cual hé aquí :

Llamo *lucero de la aurora*, *albor del dia,* y *luz de la mañana* á Zoraya, siguiendo la interpretacion de todos los autores en su mayor latitud. Zoraya, en árabe, es ثريا *pléyade:* vulgarmente la constelacion de *las siete cabrillas.*

J. Zorrilla.



